

MEDEA BENJAMIN

Las guerras de los drones

Matar por control remoto

Prólogo de Barbara Ehrenreich



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

PORTADA		
PRÓLOGO		
INTRODUCCIÓN		
UNA SÓRDIDA HISTORIA DE AMOR CON DRONES		
EXTERMINADORES		
UN MERCADO EN EXPANSIÓN		
DRONES POR AQUÍ, DRONES POR ALLÁ, DRONES POR DOQUIER		
PILOTOS SIN CABINA		
VÍCTIMAS POR CONTROL REMOTO		
¿ES LEGAL MATAR CON DRONES?		
LA MORALIDAD MUERDE EL POLVO		
LOS ACTIVISTAS CONTRAATACAN		
LA OPOSICIÓN A LOS DRONES SE GLOBALIZA		
CONCLUSIÓN		
AGRADECIMIENTOS		
BIBLIOGRAFÍA	Y	DIRECCIONES RECOMENDADAS
LIBROS/INFORMES		
NOTAS		
CRÉDITOS		

PRÓLOGO

Los drones, en muchos aspectos, plantean los mismos problemas morales que cualquier otra arma de acción a distancia. Permiten a los soldados matar con un riesgo mínimo para ellos, reduciendo de ese modo el coste humano de la agresión. Un caso clásico es el antiguo desprecio por los arqueros, tal como lo vemos en la *Ilíada*, en la que los cabecillas griegos se burlan del príncipe troyano Paris porque éste confía en el arco y las flechas. Los hombres de verdad no temen el combate cuerpo a cuerpo; sólo los cobardes atacan de lejos, a menudo escondidos detrás de árboles o rocas.

Ni que decir tiene que los drones son el arma definitiva de acción a distancia, ya que permite al agresor destruir blancos situados en Pakistán o Afganistán mientras él se encuentra en Nevada, a miles de kilómetros. Pero no es esto sólo lo que los vuelve excepcionalmente perniciosos: también los misiles pueden ser lanzados desde muy lejos por individuos que no necesitan ver el alcance de la violencia que infligen, y lo mismo cabe decir de los bombardeos aéreos. Si queremos acabar con la guerra tenemos que dirigir los tiros hacia todo el arsenal que la posibilita e incluso incita a ella –fusiles, artillería, aviones de combate, bombas– y hacia las industrias que lo fabrican.

Sin embargo, en este libro, tan persuasivo como escrupulosamente documentado, Medea Benjamin deja claro que los drones no son un artilugio militar de alta tecnología como cualquier otro. En realidad incluso cuesta afirmar que su utilidad primaria sea «militar» en el sentido tradicional del término. Los drones han posibilitado un programa de atentados a la carta que se ha justificado por la «guerra contra el terrorismo» de Estados Unidos, pero que por lo demás burla las leyes tanto internacionales como estadounidenses. Como demuestra Benjamin, es la CIA y no el Pentágono quien orquesta casi todos los ataques de drones en Asia Occidental, sin que nadie rinda cuentas. Ha habido objetivos, entre

ellos ciudadanos estadounidenses, que han sido condenados, sin que mediaran pruebas ni juicios, al parecer por voluntad de la Casa Blanca. Y quienes movilizan los drones gozan de absoluta impunidad en lo que se refiere a las muertes de civiles que acaban considerándose bajas accidentales.

Una de las revelaciones más inquietantes de Benjamin es la impresionante expansión de la industria de los drones en los últimos años, hasta el extremo de que hay ya cincuenta países que poseen estos aparatos. El presente libro describe las angustiosas posibilidades que supone esta proliferación demencial. No sólo podemos esperar que los drones caigan en manos de países «malintencionados» o de grupos terroristas; también hemos de prepararnos para el posible uso interior de drones de vigilancia, incluso de drones armados en la frontera mexicana y tal vez dispuestos a disparar contra civiles que se manifiesten en las calles estadounidenses.

Si lo hubiera escrito cualquier otra persona, este libro habría podido ser muy deprimente. Pero por suerte, Medea Benjamin es no sólo una periodista de primera clase, sino también una de las antibelicistas activas más destacadas. El libro termina con la descripción del movimiento internacional contra los drones, en el que Benjamin ha desempeñado un papel fundamental. Cuando el lector cierre el libro no permanecerá indiferente y sabrá qué hacer para comprometerse en la lucha.

BARBARA EHRENREICH

Alexandria, Virginia, enero de 2012

INTRODUCCIÓN

Conocí a Roya en una polvorienta carretera de Peshawar, el primer día que estuve en la frontera afgano-pakistaní. Corría el año 2002, habían transcurrido sólo unas semanas desde la invasión estadounidense de Afganistán y yo viajaba como representante de Global Exchange, la ONG pro derechos humanos que yo había fundado con otras personas en 1988. Una muchacha se me acercó con la cabeza ladeada y la mano extendida para pedirme dinero.

Conocí su historia con ayuda de un intérprete. Roya tenía trece años, la misma edad que mi hija menor. Pero su vida no podía haber sido más diferente de la que había llevado la adolescente que estudiaba en un instituto de enseñanza media de San Francisco y de la de cualquiera de sus amigas. Roya nunca había tenido tiempo para practicar deportes ni para ir a la escuela. Nacida en el seno de una familia pobre que vivía en la periferia de Kabul, su padre era vendedor ambulante. Su madre había tenido cinco hijos en total y elaboraba dulces que vendía el padre.

Un día que su padre estaba fuera vendiendo caramelos, Roya y sus dos hermanas volvían a casa cargadas con cubos de agua cuando oyeron un zumbido espeluznante y acto seguido una explosión; del cielo había llovido algo devastador que destruyó la casa de las muchachas y despedazó a su madre y a sus dos hermanos, cuyos miembros ensangrentados saltaron por los aires.

Los norteamericanos, al parecer, creyeron que la casa de Roya formaba parte de un cercano complejo de viviendas que albergaba talibanes. Su madre y sus dos hermanos habían resultado víctimas accidentales o, en la fría jerga militar, «daños colaterales» de la guerra de Estados Unidos contra el terrorismo.

Cuando el padre de Roya volvió a casa, recogió con mucho cuidado todos los fragmentos que encontró de su pulverizada familia, los enterró inmediatamente de acuerdo con la tradición islámica y cayó en un profundo estado de estupor.

Roya pasó a ser la cabeza de la familia. Abrigó a sus hermanas, recogió a su padre y huyó. Sin dinero ni provisiones recorrieron el macizo de Hindukush, cruzaron el desfiladero del Jáiber y entraron en Pakistán.

Una vez en Peshawar, la familia consiguió sobrevivir con apenas un dólar diario que las muchachas obtenían mendigando. Roya me condujo a la choza de adobe y de una sola habitación para que conociera a su padre. Aunque alto y fuerte, con manos encallecidas de obrero, ya no trabaja. Ni siquiera pasea ni habla. Se limita a estar sentado, mirando el vacío. «A veces sonrío», dijo Roya en voz baja.

En Afganistán vi más vidas destruidas por los bombardeos estadounidenses. Unas bombas daban en el objetivo fijado, pero causaban terribles daños colaterales. Otras caían donde no debían caer, por culpa de errores humanos, de defectos de las máquinas o de información equivocada. Cierta vez que se celebraba un banquete de bodas en una aldea, los norteamericanos pensaron que era una reunión de talibanes. Cuarenta y tres personas celebraban alegremente el acontecimiento y antes de que se dieran cuenta, sus fragmentados cadáveres colgaban de las ramas de los árboles.

En otra pequeña población fueron exterminados cuarenta vecinos en mitad de la noche. ¿Su delito? Vivir cerca de las cuevas de Tora Bora, donde se suponía que se ocultaba Osama bin Laden. Los informativos estadounidenses notificaron las muertes alegando que eran de combatientes talibanes. Pero una mujer a la que conocí – que había perdido a su marido y a sus cuatro hijos, así como las dos piernas– nunca había oído hablar de Al Qaeda, ni de Estados Unidos, ni de George Bush. Sangrando profusamente, sólo deseaba morir. No soportaba la idea de sobrevivir mutilada, viuda, sin familia ni ingresos.

Sin que lo supiera la mayoría de los estadounidenses, en sólo tres meses, entre el 7 de octubre de 2001 y el primero de enero de 2002, murieron más de mil civiles afganos como consecuencia directa de la campaña de bombardeos organizada por Estados Unidos, y otros 3.200 por lo menos morirían de «hambre, frío, enfermedades derivadas o heridas sufridas mientras huían de las zonas de guerra»,

según el Project on Defense Alternatives.¹ Esto supera la cantidad de personas que murieron en los atentados del 11 de septiembre.

El presidente Bush podía haber tomado varias decisiones a raíz de los espantosos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Habría podido calificar los ataques de crimen contra la humanidad, lo cual habría exigido una acción policial coordinada internacionalmente para capturar a los autores y llevarlos ante la justicia. Por el contrario, optó por invasiones territoriales con tropas armadas hasta los dientes y por ataques aéreos que lanzaron miles de bombas y misiles que oscurecieron el cielo.

El gobierno estadounidense dijo a sus ciudadanos que no debían preocuparse por quiénes estuvieran en el punto de impacto de los ataques aéreos. Los militares tenían ahora bombas inteligentes, misiles guiados por láser y unos modernísimos aviones no tripulados llamados drones que les permitían lanzar ataques con una precisión asombrosa. Los funcionarios del gobierno repetían que los combatientes de Al Qaeda que habían atacado el país o que planeaban futuros ataques recibirían su merecido, y que se evitarían cuidadosamente las bajas civiles.

Cuando me di cuenta de que todo esto era mentira, juré que haría lo posible para que el gobierno estadounidense indemnizara en lo posible a las víctimas inocentes de nuestros ataques. También juré que nunca más me dejaría engañar por el bulo de que las guerras de alta tecnología eran más humanas.

Se produjo entonces la invasión de Irak de marzo de 2003, una guerra basada en mentiras sobre la presunta participación de Sadam Husein en el 11 de septiembre y sobre la «inminente amenaza» que representaba para la seguridad de Estados Unidos su supuesta posesión de armas de destrucción masiva. Los militares estadounidenses alardeaban de que a diferencia de lo sucedido en la Guerra del Golfo de 1991, en la que el noventa y tres por ciento de las bombas lanzadas fueron bombas «tontas», es decir, bombas tradicionales de caída libre, el setenta por ciento de las armas explosivas que iban a lanzarse doce años después serían bombas

«inteligentes» guiadas por láser o misiles de precisión.² Además, se nos dijo que se esperaban daños colaterales mínimos.

Debo confesar que cuando recorrí las calles de Bagdad unos meses después de la invasión, me maravilló la capacidad de aquellas armas para destruir selectivamente. Veía edificios reducidos a escombros mientras que los que los flanqueaban seguían en pie. Con aquellos proyectiles de alta tecnología, los militares podían concentrarse en objetivos clave: ministerios, centrales eléctricas, potabilizadoras de agua, alcantarillado, depósitos de comida, centrales de autobuses, puentes, centros de comunicaciones. Pero según nos contaron los iraquíes, apuntar a un objetivo con exactitud no minimizaba necesariamente las bajas. ¿Qué ocurría con los trabajadores que estaban en aquellos edificios? ¿Y con la gente que pasaba casualmente cerca de allí? ¿Y con los centenares de miles de iraquíes, sobre todo niños, que morían por la consiguiente falta de agua potable y de atención médica? Y esta cruel destrucción se produjo en un país que no había tenido nada que ver con Al Qaeda ni con el 11 de septiembre.

Al volver a Estados Unidos movilicé los recursos de Global Exchange para convencer al Congreso de que creara un fondo para indemnizar a las víctimas inocentes de nuestros ataques. Nuestra colaboradora Marla Ruzicka, una de las jóvenes más vehementes y comprometidas que he conocido, trabajó febrilmente en este proyecto y fundó un grupo llamado CIVIC, siglas de Campaña por las Víctimas Inocentes en Conflictos. En abril de 2005, Marla murió trágicamente en Irak por culpa de una bomba caminera; tenía sólo veintiocho años. Un fondo de compensaciones creado por el Congreso en honor suyo ha repartido ya más de 40 millones de dólares entre familias y comunidades de víctimas inocentes.

Aunque ayudar a las personas perjudicadas por error era una empresa importante, me pareció más importante aún acabar con las guerras. A este fin fundé con mi colega Jodie Evans el grupo pacifista CODEPINK, dirigido por mujeres. Pensábamos que los individuos que habían atacado nuestro país el 11 de septiembre debían ser detenidos y conducidos ante la justicia, pero el 11 de

septiembre por sí solo no justificaba ninguna declaración de guerra. Alentamos al gobierno a que estudiara el hecho de que nuestra presencia militar en todo el mundo, con más de ochocientas bases en el extranjero, exacerbaba las actitudes antiestadounidenses (fue uno de los motivos que dio Osama bin Laden para justificar los ataques del 11 de septiembre). Hicimos hincapié en que el país podía ahorrar un dinero muy necesario y en que Estados Unidos aumentaría su seguridad si cerraba las bases y utilizaba su potencia militar para la defensa interior.

Convocamos manifestaciones multitudinarias, incitamos a la desobediencia civil, viajamos a zonas de guerra para tener experiencia de primera mano y organizamos agotadoras huelgas de hambre para que se retirasen las tropas de Irak y de Afganistán y que la energía creativa de la comunidad internacional se invirtiera en misiones conciliadoras en las que las mujeres de los países afectados tuviesen un lugar destacado. Pedimos igualmente que se revisara otra insensata política estadounidense, el apoyo unilateral al gobierno israelí, dado que era una postura que infringía los derechos humanos de los palestinos y exacerbaba el antiamericanismo que propiciaba los ataques terroristas.

A pesar de nuestros esfuerzos, quedó claro que la administración Bush no iba a cambiar de opinión. En consecuencia, durante las elecciones presidenciales de 2008 fueron muchos los antibelicistas que apoyaron la campaña de Barack Obama, aunque más tarde descubrieron que el candidato de la paz se metamorfoseaba en el presidente de la guerra. Aunque Obama retiró nuestras tropas de Irak en diciembre de 2011 (en realidad se vio obligado por un acuerdo firmado durante el mandato de Bush), aumentó gradualmente nuestra presencia militar en Afganistán.

Adoptó igualmente otra táctica que contribuyó a alejar la guerra de la conciencia pública: la guerra de los drones. El avión que mata por control remoto –y que tiene otros nombres, más esotéricos, como vehículo aéreo no tripulado (UAV), sistema aéreo no tripulado (UAS) y avión pilotado a distancia (RPA)– pasó a ser el arma elegida.

Los miembros de la comunidad pacifista de Estados Unidos vieron con horror que estos francotiradores del cielo se desplegaban desde

Afganistán e Irak hasta Pakistán, Yemen, Somalia, Filipinas y Libia. En vez de detener el azote de la guerra, el aparato militar del premio Nobel de la Paz Barack Obama se limitó a cambiar de táctica, sustituyendo las botas en el suelo por asesinos en el aire.

En realidad, el presidente Obama llevó a cabo su primer ataque con drones a los tres días exactos de estrenar la Casa Blanca. Fue en Pakistán, el 23 de enero de 2009. Pero en vez de caer sobre una guarida talibán, los misiles cayeron sobre la casa de Malik Gulistan Khan, un anciano miembro de una comisión pacifista local, favorable al gobierno. El resultado fue que murieron él y cuatro miembros de su familia. Su hijo Adnan, de dieciocho años, dijo: «En el ataque perdí a mi padre, a tres hermanos y a un primo.» El tío de Adnan afirmó: «No habíamos hecho nada, no teníamos ninguna conexión con combatientes. Nuestra familia apoyaba al gobierno y él era miembro de una comisión pacifista local.» Informes posteriores confirmaron la versión de la familia.³

Se diría que esta tragedia habría tenido que bastar para que el presidente Obama se replanteara su política. No fue así. La verdad es que sólo años más tarde, en un chat de Google celebrado el 30 de enero de 2012, Obama llegó a admitir públicamente que Estados Unidos tenía un programa encubierto con intervención de drones en Pakistán. Al responder a un comentario sobre ataques de drones que mataban a personas inocentes, Obama quiso tranquilizar a la ciudadanía alegando que nadie tenía que temer que murieran civiles. «Los drones no han causado un elevado número de bajas civiles. Sus intervenciones han sido sobre todo ataques de precisión contra Al Qaeda y sus secuaces», dijo a los oyentes. «Es importante entender que tenemos todo esto bajo un control muy estricto.» Que se lo digan a los miles de familiares que lloran a sus muertos.

Hablando para el *New York Times*, un alto funcionario de la lucha antiterrorista, que prefirió guardar el anonimato, fue más allá para acallar las discrepancias, dando a entender que quienes criticaban el empleo de los drones porque mataban civiles estaban apoyando a Al Qaeda. «Hay que preguntarse por qué unas operaciones tan delicadas que persiguen terroristas que traman matar civiles han

quedado a merced de la desinformación. No nos hagamos ilusiones: hay toda una serie de elementos a quienes nada les gustaría más que difamar estas operaciones y contribuir al éxito de Al Qaeda.»⁴

Una razón por la que la ciudadanía estadounidense apoyaba el empleo de drones era que hasta el momento ninguno había visto ni oído hablar de las víctimas de sus ataques en la prensa mayoritaria. Pero la situación empezó a cambiar en 2013, gracias a las filmaciones, informes y noticias de prensa que dieron a conocer a los ciudadanos norteamericanos un indicio de las tragedias personales implicadas.

En octubre de 2013, la familia Rehman –un varón adulto con dos criaturas– se desplazó desde Waziristán del Norte, un territorio tribal de Pakistán, hasta el Capitolio de Washington para contar la desgarradora historia de la muerte de la abuela, de sesenta y siete años. Ver a la preciosa Nabila, de nueve años, contar que su abuela había saltado en pedazos mientras estaba fuera recogiendo quingombó, ablandó el corazón incluso de los políticos más endurecidos de la capital y la prensa informó de la tragedia de la familia con sincera simpatía. Un mes más tarde fue al Congreso una delegación yemení de abogados y parientes de víctimas de ataques de drones que también conquistó el apoyo de los medios.

Estas visitas coincidieron con un alud de informes de instituciones prestigiosas que censuraban las guerras con drones. Tres de ellos, escritos por ONG como Human Rights Watch,⁵ Amnistía Internacional⁶ y Al Karama, presentaron casos detallados de bajas civiles y condenaron al gobierno estadounidense por creerse por encima de la ley y las responsabilidades. Otros dos documentos habían sido encargados por Naciones Unidas. Uno se debía a Christof Heyns,⁷ informador especial de la ONU para los casos de ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias. El otro era de Ben Emmerson,⁸ el informador especial sobre derechos humanos y contraterrorismo. Heyns advertía que aunque los drones tengan mejor puntería que otras armas, son más fáciles de usar y podrían «reducir los obstáculos sociales frente al uso de una fuerza mortal». Añadía que el argumento «sólo drones» corría el riesgo de pasar por

alto enfoques pacíficos como las detenciones y procesos de personas concretas, las negociaciones y el establecimiento de alianzas.

Emmerson remachaba que las naciones tienen la obligación de capturar a sospechosos de ser terroristas siempre que sea posible y que sólo deberían usar la fuerza como último recurso. Censuraba la falta de transparencia de Estados Unidos, calificándola de principal obstáculo para evaluar el impacto civil de los ataques de los drones. Sostenía que los países deben ser transparentes en lo referente a la compra y uso de los drones, a las bases legales y criterios para elegir objetivos, y a su impacto. «La seguridad nacional no justifica guardar secretos sobre los datos estadísticos y metodológicos del uso de los drones», añadía.

Más contundente quizá que los informes de Naciones Unidas fue el debate que motivaron en la Asamblea General de la propia ONU. El 26 de octubre de 2013 los representantes de un nutrido grupo de países guardaron turno para denunciar la política estadounidense sobre los drones. Venezuela calificó los drones de «claramente ilegales» y dijo que eran una forma de «castigo colectivo». Brasil alentó a los informadores de Naciones Unidas a que adoptaran una postura más enérgica. China dijo que los drones constituían una «laguna en el derecho internacional» y subrayó que las naciones debían «respetar los principios de los estatutos de Naciones Unidas, la soberanía de los países y los legítimos derechos de los ciudadanos de todos los Estados».

El representante de Pakistán salió al paso de los informes periodísticos que sostenían que el gobierno pakistaní aprobaba en secreto los ataques. Alegó que los drones ponían en peligro a todos los pakistaníes y que radicalizaba a la población, y pedía «el cese inmediato de los ataques de los drones dentro de las fronteras de Pakistán».

La oposición de la ONU refleja la oposición de la mayoría de los ciudadanos de todo el mundo. Una encuesta del centro Pew Research, realizada en junio de 2012 en veinte países, de Alemania a México, pasando por China, dio como resultado una negativa mundial a los drones de Estados Unidos. Los índices condenatorios fueron abrumadores en países islámicos como Egipto, Jordania y

Turquía, oscilando entre el ochenta y uno y el ochenta y nueve por ciento.⁹ La mayoría de los ciudadanos de todo el mundo no cree que Estados Unidos, ni ninguna otra nación, tenga derecho a atacar a quien se le antoje y donde se le antoje.

La oposición pública se ha vuelto más tangible, sobre todo entre la población que vive en los puntos de impacto de los misiles de los drones. En Pakistán ha habido nutridas e irritadas manifestaciones de protesta, sin olvidar un costoso, violento y espontáneo bloqueo popular de una base estadounidense. En Yemen, a raíz de la matanza de los asistentes a un banquete de bodas, perpetrada el 12 de diciembre de 2013, la cámara legislativa votó mayoritariamente por la prohibición de los drones en el espacio aéreo yemení (medida que Estados Unidos ignoró por completo). Karzai, el presidente pakistaní, amenazó con expulsar a todos los soldados estadounidenses si los drones de Estados Unidos seguían matando civiles.

En Estados Unidos se han extendido por doquier los movimientos de oposición y se producen manifestaciones periódicas ante la Casa Blanca, las sedes de la CIA y el FBI, las bases militares desde donde se pilotan los drones y las oficinas centrales de los fabricantes. En Europa se ha formado una organización en 2014 para impedir que los países europeos intervengan en las guerras de los drones.

El gobierno estadounidense no ha hecho oídos sordos a las presiones. Ha dado algunos pasos para reducir las bajas civiles y ha reducido los ataques en relación con el récord alcanzado en 2010. Aunque esta reducción es una victoria parcial, los drones siguen causando estragos entre las poblaciones civiles y todavía no ha habido ninguna declaración de responsabilidades por los centenares de vidas inocentes destruidas en estos años. Además, con la proliferación de los drones por todo el mundo (gracias a la liberalización de las restricciones para las ventas en el extranjero, a la aparición de fabricantes a escala mundial y a la introducción de drones domésticos destinados a actividades comerciales y al cumplimiento de la ley), será inevitable que aumente su uso. El

único mecanismo que puede frenar esta tendencia es la movilización de una comunidad global contra el uso de drones armados.

Este libro, dedicado a Roya y a todas las víctimas inocentes de las guerras de los drones, pretende impulsar en la medida de lo posible dicha movilización.

UNA SÓRDIDA HISTORIA DE AMOR CON DRONES EXTERMINADORES

En la Cena de Corresponsales de Radio y Televisión de 2004, el presidente Bush bromeó acerca de buscar armas de destrucción masiva debajo de los muebles del Despacho Oval, dado que no se habían encontrado en Irak. El tiro le salió por la culata cuando los padres que habían perdido a sus hijos combatiendo en Irak replicaron diciendo que les había parecido una broma pesada y de mal gusto. El senador John Kerry afirmó que Bush mantenía una actitud «sorprendentemente desdeñosa» hacia la guerra y quienes luchaban en ella.

Seis años después, en la Cena de Corresponsales de la Casa Blanca, el presidente Obama gastó su propia broma sobre armas y guerras, aunque fue menos graciosa. Cuando el grupo pop Jonas Brothers estaba a punto de tocar en la abarrotada sala, Obama arrugó la frente y les aconsejó que no se acercaran a sus hijas. «Sasha y Malia son grandes entusiastas, pero cuidado, chicos, no os hagáis ilusiones. Os lo diré con dos palabras: drones Predator. Nunca se sabe por dónde llegan.»

Para los ciudadanos de Pakistán, donde los drones estadounidenses no han hecho más que lanzar misiles Hellfire, la broma de Obama se perdió con la traducción.* Según Khawar Rizvi, periodista pakistaní, pocos pakistaníes habían oído hablar en toda su vida de los Jonas Brothers y menos aún habrían entendido la referencia del presidente a sus hijas. «Pero hay algo que sí sabemos. No hay nada gracioso en los drones Predator», concluyó Rizvi.¹

Lo mismo opinaba Faisal Shahzad, un pakistaní de treinta años que vivía en Bridgeport, Connecticut. El primero de mayo de 2010, un día después de que el presidente Obama gastara su bromita de los drones, Shahzad trató de explosionar un coche bomba en Times Square. El aprendiz de terrorista había aparcado el explosivo Nissan Pathfinder en medio del cruce de calles más concurrido de Nueva

York, un sábado a las seis y media de la tarde, el momento de más tráfico. Por suerte, la bomba no explotó y los artificieros de la policía, alertados por los vendedores locales de camisetas, la desactivaron sin que hubiera víctimas.

Cuando la policía le interrogó sobre sus motivos, Shahzad habló de los ataques de los drones estadounidenses en Pakistán.

«¿Saben cuál habría sido la mejor conclusión del chiste sobre los drones Predator que Barack Obama contó anoche en la cena de los corresponsales de la Casa Blanca?», sugirió el periodista Jonathan Schwarz cuando se enteró de la amenaza de bomba.² «Que la bomba de Times Square hubiera estallado en el momento previsto y se hubiese puesto, efectivamente, como represalia por los ataques de los drones Predator. La noche siguiente, cuando estuvieran limpiando las calles de Nueva York de sangre y vísceras, el jefe de los talibanes pakistaníes habría podido contar otro chiste sobre matar gente con coches bomba en una lujosa cena de etiqueta en Peshawar. Luego, Estados Unidos habría reventado con sus drones a más civiles pakistaníes. Y el ciclo de las bromas volvería a comenzar.»

Dicen algunos que el nombre de *drone* (en inglés «zángano», «zumbido», «bordoneo») procede del zumbido que algunos de estos aparatos producen cuando vuelan. Según otra tradición militar, procede de un aparato automatizado que los artilleros usaban como blanco de entrenamiento durante la Segunda Guerra Mundial.³ Estados Unidos fabricó 15.000 pequeños drones en una planta del sur de California para hacer prácticas de tiro antiaéreo durante el conflicto. Muchos llevaban franjas negras en la parte posterior del fuselaje, lo cual los hacía parecidos a los machos de las abejas.

La tecnología para poner en el aire aparatos teledirigidos existe desde hace decenios. Los primeros vehículos aéreos no tripulados que probaron los militares se remontan a la Primera Guerra Mundial. En los años treinta, Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania y luego la Unión Soviética y otros países utilizaron drones como blancos de ejercicios antiaéreos. Durante la Segunda Guerra Mundial y la de Corea el ejército de Estados Unidos utilizó aparatos no

tripulados como misiles guiados. En el curso de un fallido experimento con drones en la Segunda Guerra Mundial, el hermano mayor del luego presidente Kennedy, Joe, piloto naval, murió con veintinueve años en una operación secreta contra los alemanes. Hasta la guerra de Vietnam no se utilizaron aviones no tripulados para obtener información.⁴

Cualquiera que desee construir un aparato no tripulado puede comprar las partes en una tienda de aeromodelismo y ensamblarlas en su garaje. En realidad, el prototipo del dron más conocido actualmente, el Predator, fue construido en un garaje del sur de California por el ingeniero israelí Abraham Karem, en los años ochenta.⁵

Abraham Karem había trabajado en la construcción de aparatos no tripulados para un contratista de la defensa israelí ya en los años setenta y se trasladó al sur de California en 1980 para fundar su propia empresa.

Gracias a las subvenciones de la Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados del Departamento de Defensa estadounidense y de la CIA, Karem empezó a construir su último modelo en su garaje de tres plazas. En 1981 dio a conocer lo que llamó Albatros, un avión no tripulado con una autonomía de vuelo de hasta cincuenta y seis horas, y luego una versión posterior, llamada Gnat 750, que contaba con un potente ordenador para el control de vuelo.

Pero Karem estaba sin un céntimo y vendió su empresa a Hughes Aircraft, que a su vez la vendió a General Atomics, conservando a Karem como consultor.

En 1993, el director de la CIA James Woolsey, descontento de la información que recibía de los satélites que sobrevolaban Bosnia, recurrió a Karem y a General Atomics. Un año más tarde, el Gnat 750 volaba sobre Bosnia con una tripulación que no iba a bordo, pero que lanzó el aparato desde un aeropuerto abandonado de Albania.

Los datos que recogía, sin embargo, tenían que recorrer un camino tortuoso para llegar a la CIA, ya que tenían que pasar primero por un avión tripulado, luego por una estación de tierra y

finalmente por un satélite. En consecuencia, los ingenieros equiparon el dron con su propio sistema de comunicaciones por satélite.

Así nació el dron Predator, que se empleó en las guerras de los Balcanes para recoger información sobre las migraciones de refugiados y las defensas aéreas serbias. Sin embargo, hasta la campaña de la OTAN en Kosovo de 1999 a nadie se le ocurrió la idea de equipar estos aviones con misiles. De aviones espías pasaron a ser drones exterminadores.⁶

Los drones se usan hoy con fines exterminadores y no exterminadores. Operaciones militares aparte, en la actualidad se están diseñando aviones no tripulados para todo, desde seguir el rastro a los contrabandistas de droga y controlar la frontera México-Estados Unidos, hasta monitorizar operaciones de búsqueda después de algún terremoto y fumigar cosechas con pesticidas. Pero la fuerza impulsora de los drones es la militar.

El uso de drones por las fuerzas armadas israelíes para recoger información, como señuelos y para destruir objetivos concretos tiene una larga historia. Se remonta a la ocupación de la península del Sinaí en los años setenta y tuvieron un uso más intensivo en la guerra del Líbano de 1982 y en los posteriores conflictos en los territorios palestinos.

El aparato no tripulado que estrenaron los israelíes a fines de los años setenta y en los ochenta pasó con el tiempo a formar parte del inventario de Estados Unidos. Gratamente impresionado por el uso israelí de estos artefactos durante las operaciones militares de 1982 en el Líbano, el entonces secretario de la Marina estadounidense John Lehman decidió enriquecer su departamento con la oportuna tecnología. Un aparato comprado a Israel, el Pioneer, se utilizó posteriormente para recoger información durante la Operación Tormenta del Desierto. Según el informe de una investigación del Congreso efectuada en 2003, «a raíz de la Guerra del Golfo, funcionarios del ejército reconocieron el valor de los aparatos no tripulados y el Predator de la fuerza aérea pasó a ser un aparato no

tripulado en rápido desarrollo al que no tardaron en añadirse más aplicaciones».⁷

Pero fueron los atentados del 11 de septiembre contra el World Trade Center los que motivaron el uso masivo de los drones por los militares norteamericanos y la aparición de todo un arsenal de armas robóticas. Los centenares de miles de millones de dólares que el Congreso destinó a las guerras en Afganistán e Irak permitieron al Pentágono gastar a manos llenas para comprar toda clase de armas robóticas que los contratistas militares, desde General Atomics hasta Northrop Grumman, habían construido.

Las diversas ramas de las fuerzas armadas llenaron el carrito de la compra con todos los robots que encontraron: pequeños aparatos de vigilancia capaces de subir escaleras y paredes, artilugios reptadores que se deslizan por la hierba, tanques no tripulados y pertrechados con armas de 12,7 milímetros y aparatos terrestres que transportan la impedimenta de los soldados.

Se apoderaron de todos los modelos de dron que había en los escaparates y encargaron otros distintos. Adquirieron el Raven de 1 metro de longitud, que se acciona lanzándolo con fuerza al aire, como un avión de papel; el Predator de 8 metros, con sus misiles Hellfire, y más tarde la versión Reaper, más potente; y el Global Hawk, de 12 metros, con aplicaciones de vigilancia que parecen de ciencia ficción.

Las compañías no podían construir estas máquinas a la velocidad con que las pedía el Pentágono. El Pentágono tenía menos de cincuenta drones en el año 2000; diez años después poseía casi 7.500. Casi todos eran minidrones para la vigilancia de los campos de batalla, pero también había unos 800 aparatos mayores cuyo tamaño oscilaba entre el del avión privado y el del avión comercial. El entonces secretario de Defensa, Robert Gates, dijo que los cazas de combate de la siguiente generación, los F-35, que tardaron décadas en completarse a un coste superior a 500 millones de dólares la unidad, serían los últimos tripulados del Pentágono.⁸

Entre 2002 y 2010, el inventario de aparatos no tripulados del Departamento de Defensa se multiplicó por más de cuarenta.⁹

Incluso durante la crisis económica que empezó a gestarse en 2007 y recortó las dotaciones de servicios gubernamentales como los suplementos alimenticios para las mujeres embarazadas y el mantenimiento de los parques nacionales, el Departamento de Defensa siguió gastando dinero a espuertas en drones y más drones. En 2012, año de máximos recortes presupuestarios para reducir el déficit, los contribuyentes estadounidenses tuvieron que aflojar 3.900 millones de dólares para la compra de aparatos no tripulados, y eso sin contar el presupuesto para drones propios que tenían la CIA y el Departamento de Seguridad Nacional.¹⁰

Casi todos los drones militares siguen estando en uso con fines de vigilancia. Los fotosensores de los aparatos no tripulados se han vuelto cada vez más potentes y hoy permiten a los pilotos de tierra observar individuos desde una altura de 10.000-20.000 metros. Las cámaras infrarrojas y ultravioletas captan ondas de luz situadas en los márgenes del espectro visible por el ojo humano. Las imágenes ultravioletas son útiles en el espacio para el seguimiento de cohetes; las imágenes infrarrojas revelan el calor emitido por un objeto, procedimiento ideal para localizar cuerpos humanos en la oscuridad.

Un motivo de la enorme demanda de drones era que podían pasar del sencillo rastreo y seguimiento de objetivos a su destrucción real. Se atribuía a los drones de Afganistán la muerte de importantes combatientes talibanes y de Al Qaeda. En la invasión de Irak se utilizaron para todo, desde el rastreo de partidarios de Sadam Husein hasta la voladura de dependencias gubernamentales. En 2003, el general T. Michael Moseley, jefe de estado mayor de la fuerza aérea estadounidense, dijo: «Hemos pasado de utilizar aparatos no tripulados en misiones de información, vigilancia y reconocimiento, antes de la Operación Libertad Iraquí [Segunda Guerra del Golfo], a utilizarlos en misiones de caza y exterminio.»¹¹

Otro motivo de esta demanda desmedida fue la naturaleza misma de las guerras afgana e iraquí. Los militares estadounidenses habían tenido muchas dificultades para localizar a sus enemigos, pues multitud de combatientes locales se camuflaban entre la población

civil. Los drones permitieron a los militares practicar una vigilancia continua y atacar con rapidez.

Los drones armados se utilizan de tres formas. Proporcionan apoyo aéreo cuando las tropas de tierra atacan o son atacadas; patrullan los cielos en busca de actividades sospechosas y, si las encuentran, atacan; y llevan a cabo asesinatos selectivos de presuntos combatientes.

La principal ventaja del uso de drones es justamente que no tienen tripulación. Como los operadores están seguramente parapetados en lejanas instalaciones con aire acondicionado, no hay pilotos que corran peligro de ser abatidos o de resultar mutilados en un aterrizaje forzoso. No hay pilotos que puedan caer prisioneros de las fuerzas enemigas. Ninguno que pueda originar problemas diplomáticos si es abatido en un «país amigo» mientras bombardea o espía sin permiso oficial. Si un dron se estrella o es abatido, el piloto, que está en su país, se limita a levantarse para estirar las piernas y tomar un café.

Los drones se consideran ideales para las «misiones 3D», es decir, acciones demasiado «aburridas, sucias o peligrosas» para los aparatos tripulados. En las misiones arriesgadas pueden volar bajo y despacio sobre territorio hostil y, en caso de necesidad, permanecer inmóviles durante horas o todo el día. Con sus magníficos sensores pueden seguir, desde una altura de varios kilómetros, la trayectoria de una furgoneta sospechosa o localizar a un francotirador en un tejado. La cámara infrarroja del Predator puede incluso localizar el rastro térmico de un cuerpo humano desde una altura de 3.000 metros. El piloto de un dron puede observar desde Nevada, a 13.000 kilómetros de distancia, cuándo un afgano enciende un cigarrillo, se sienta en el banco de un parque para hablar con los amigos o va al lavabo, sin imaginar en ningún momento que lo están observando.

Como no necesitan espacio para que quepan tripulantes ni ha lugar a que éstos se aburran, los aparatos no tripulados pueden resistir muchísimo. El Reaper puede permanecer en el aire unas dieciocho horas y los vehículos aéreos híbridos resisten semanas. En el futuro, los aparatos no tripulados de gran altura que utilicen

energía solar –o sean movidos por láseres terrestres, o se recarguen desde el aire– podrán volar indefinidamente.

Un aparato no tripulado puede desplazarse a zonas lejanas a las que no pueden o no quieren llegar nuestras tropas ni las del país anfitrión. Pueden transmitir datos a las tropas terrestres de manera inmediata. Pueden zigzaguear, descender en picado y ejecutar a gran velocidad acrobacias que podrían resultar peligrosas para un piloto humano.

Los defensores del dron remachan que su capacidad para permanecer horas en el aire, encima del objetivo, permite evaluar concienzudamente los posibles daños colaterales antes de pasar a la acción, y que su capacidad para guiar armas hacia objetivos seleccionados con precisión matemática reduce las bajas civiles. La verdad es que en comparación con los bombardeos de saturación de la Segunda Guerra Mundial o con los bombardeos a discreción de Vietnam, incluso con las «bombas tontas» lanzadas por los norteamericanos en la Guerra del Golfo, los misiles de los drones son más precisos, aunque estos misiles también pueden ser lanzados por aparatos tripulados.

Los drones, además, son mucho más baratos que los aparatos tripulados a los que están reemplazando. Los cazas F-22 de Lockheed Martin cuestan alrededor de 150 millones de dólares la unidad, mientras que los F-35 se quedan en 90 millones y los F-16 en 55. En cambio, el Predator valía 5 millones de dólares en 2011 y el Reaper 28,4 millones, aunque éste es un aparato lento y vulnerable y difícilmente podría reemplazar al F-22, que es rápido, silencioso y muy superior en el combate con otros aviones.¹²

Sin embargo, estas cifras podrían llamar a engaño. El coste de abastecer de combustible, manipular y mantener los drones no se conoce con exactitud, ya que la CIA, responsable de su creciente empleo en guerras no declaradas en lugares como Pakistán y Yemen, incluye esos costes en su «fondo de reptiles», que es material clasificado. Pero se estima que cada hora que un dron está en el aire cuesta entre 2.000 y 3.500 dólares, y el número de horas de vuelo se ha disparado. El tiempo que la fuerza aérea dedicó a

misiones aéreas entre 2001 y 2010 aumentó en un tres mil por ciento. Los Predator y los Reaper que operaron en Irak y Afganistán estuvieron en el aire veinticuatro horas al día, los siete días de la semana. Y dispararon miles de misiles Hellfire que costaban 68.000 dólares la unidad.

Otro elevado coste asociado a los drones es el del personal. Aunque pueda parecer ilógico, se necesita mucha más gente para operar un aparato no tripulado que para dirigir un avión pilotado normal. Según la fuerza aérea, hacen falta nada menos que 168 personas para mantener en el aire un solo Predator durante veinticuatro horas. Para dirigir el dron de vigilancia Global Hawk, que es más grande, se necesitan 300. Por el contrario, un caza F-16 necesita menos de cien personas por misión.¹³

Los aparatos no tripulados necesitan atención y control constantes por parte del personal de tierra. Necesitan pilotos en tierra, tripulación para el despegue y el aterrizaje, técnicos y mecánicos en tierra que mantengan los muy usados aparatos, y más tripulación en Estados Unidos para dirigir el rumbo y manipular los sensores. Además, necesitan analistas de información para examinar los incesantes procesos de vigilancia y para estudiar la ingente cantidad de datos que generan. Sólo la fuerza aérea procesa diariamente cerca de 1.500 horas de vídeo en movimiento y otras 1.500 de imágenes fijas. Todo esto, en 2010, exigía unos diecinueve analistas por dron.¹⁴

Esta sobrecarga de información representará un trabajo mucho más intensivo con el uso de tecnología aún más precisa, como la «Gorgon Stare» («Mirada de la Gorgona»), que puede filmar una ciudad entera, y se necesitan 2.000 analistas para procesar el material que se recibe en tiempo real de un solo dron.¹⁵ En 2010, la fuerza aérea había convertido ya siete escuadrones de la Guardia Nacional Aérea en unidades de información, para ayudar a analizar las filmaciones de los drones, y estaba adiestrando a otros 2.000 analistas de información de la fuerza aérea.¹⁶ En consecuencia, el coste de los drones no debe incluir sólo este enorme gasto, sino

también los servicios de miles de miembros de apoyo de la Guardia Nacional y otros elementos.

La Oficina de Presupuestos del Congreso puso en duda en 2011 la idea de que los drones fueran baratos. En su estudio se subrayaba que la intención inicial era que se tratara de aparatos de bajo coste y básicamente desechables. «Desde 2011, sin embargo, no está claro que los costes vayan a ser más bajos. Aunque no haya pilotos a bordo, los sofisticados sensores que llevan los sistemas aéreos no tripulados son muy caros y no pueden considerarse desechables.»¹⁷ Las cámaras electroópticas de infrarrojos que transportan los pequeños aparatos no tripulados cuestan varias veces lo que los propios drones. Y en el otro extremo del espectro del tamaño, los sensores del abultado Global Hawk se llevan más de la mitad del coste del vehículo. En términos generales, conforme la tecnología se vuelva más sofisticada, es de esperar que aumente el precio de los drones de alta tecnología.

El estudio del Congreso señalaba otros problemas relacionados con los drones que afectaban en gran medida al precio de coste final. Se estrellan, y mucho. «Una pérdida de aparatos demasiado elevada podría invalidar sus ventajas económicas porque obligaría a las fuerzas armadas a comprar grandes cantidades de aparatos de reemplazo», concluía el informe.¹⁸

En 2009 la fuerza aérea admitió algo inaudito: más de la tercera parte de sus Predator de espionaje se había estrellado, sobre todo en Irak y en Afganistán.¹⁹ Desde julio de 2010 se habían perdido 38 aparatos –Predator y Reaper– en operaciones de combate en Afganistán y en Irak, y otros nueve se habían estrellado durante operaciones de entrenamiento en suelo estadounidense.²⁰ La fuerza aérea de Estados Unidos dijo que en total había habido 79 drones accidentados.²¹

En septiembre de 2010 se estrelló un Predator en las montañas de Afganistán por culpa de un desperfecto en el sistema de lubricación que ocasionó un fallo del motor. Unos meses antes se había estrellado otro aparato a causa de un fallo en el sistema eléctrico. Un desastre ocurrido cerca de la base aérea de Kandahar se atribuyó

a un piloto que operaba a distancia y apretó un botón que no debía. Otro dron se estrelló mientras aterrizaba en las Seychelles, la nación isleña del océano Índico donde Estados Unidos tiene una flota de drones. En el famoso caso del RQ-170, el sofisticado avión espía norteamericano que fue apresado por el gobierno iraní, los iraníes alegaron que lo derribaron bloqueando su GPS, mientras que en Estados Unidos sostuvieron que el aparato había sufrido un «problema técnico».

Los investigadores de la fuerza aérea adujeron que los accidentes se habían debido a una serie de causas, a saber, contratiempos con los ordenadores, errores humanos, chapuzas en la coordinación, tecnología desfasada y manuales de vuelo inadecuados. Esto fue así sobre todo en los años que siguieron a 2001, cuando se ponían drones en servicio sin las comprobaciones ni el entrenamiento de rigor.

Los drones también pueden «independizarse», cuando el control remoto pierde la comunicación con ellos. En 2009 la aviación militar norteamericana tuvo que abatir un dron en Afganistán porque se había independizado con una carga de armas explosivas. En 2008 se independizó otro dron, éste de fabricación israelí y utilizado por cascos azules irlandeses destacados en el Chad. Tras perder la comunicación, decidió volver a Irlanda por iniciativa propia y se estrelló por el camino.

El dron multimillonario de la Marina tiene la desdichada tendencia a autodestruirse si el piloto pulsa por casualidad el espaciador de su teclado. Según informó Fox News: «Un helicóptero Fire Scout MQ-8B no tripulado puede despegar solo, volar solo y, mediante un solo error, explotar solo.»²² Según un informe del Departamento de Defensa fechado el 24 de junio de 2011, un piloto de la Marina que operaba un helicóptero no tripulado pulsó casualmente el espaciador con un cable de sus auriculares. La tragedia se evitó en el último momento, pero el MQ-8B de la Marina tiene tantos defectos que fracasó en las diez misiones de prueba a que fue sometido en la base aeronaval del sur de Maryland. Un pequeño problema técnico permitió que un aparato volara sin control desde la base hasta un

espacio aéreo restringido cerca de Washington, D.C., aunque el control se recuperó poco después.²³

Otros problemas que presentan los drones son los fallos en la seguridad. Muchos Reaper y Predator no codifican las filmaciones que transmiten a las tropas terrestres norteamericanas. En verano de 2009, las fuerzas estadounidenses descubrieron «muchos días y muchas horas» de filmaciones de drones en ordenadores portátiles de combatientes iraquíes. Un software de 26 dólares les había permitido captar el metraje.²⁴

En teoría, ninguna cabina de control remoto está conectada con Internet, lo que significa, también en teoría, que está a salvo de virus y otras amenazas contra la seguridad de la red. Pero una y otra vez aparecen puentes sobre los llamados «baches de aire» entre el material clasificado y las redes públicas, sobre todo porque se usan discos y unidades extraíbles de almacenamiento de datos.

Por ejemplo, a finales de 2008 estas unidades contribuyeron a introducir el troyano agent.btz en cientos de miles de ordenadores del Departamento de Defensa. Tres años después, el Pentágono seguía eliminando virus de las máquinas.

En septiembre de 2011 los ordenadores de la base aérea Creech (Nevada) fueron infectados por un virus que registraba las teclas pulsadas por los pilotos para mandar a distancia misiones que sobrevolaban Afganistán y otras zonas en guerra.²⁵ Los especialistas en seguridad de la red militar no supieron si el virus se había introducido adrede o por casualidad. Lo que sí supieron, sin embargo, fue que la infección se había extendido a todas las máquinas de Creech, tanto a las clasificadas como a las no clasificadas, lo que planteó la posibilidad de que los datos secretos se hubieran robado y transmitido por la red pública a alguien ajeno a la cadena de mando militar.

Por último, hay serias dudas sobre la precisión de las bombas lanzadas por los drones. El teniente general de aviación David Deptula dijo que si los Predator lanzan más de 600 Hellfires, más del noventa y cinco por ciento de los proyectiles da en el blanco fijado, y que los pocos errores registrados habían de atribuirse a fallos

mecánicos, a pérdida de la teledirección o a los movimientos del objetivo en el último instante.²⁶ Pero si los Hellfires eran tan seguros hay que preguntarse por qué el Congreso financió a Lockheed Martin para que perfeccionara el Hellfire con el modelo Hellfire II «Romeo», que en teoría tiene un mejor sistema de teledirección, mejor mantenimiento y mejores mecanismos para evitar fallos en los sistemas. Si necesitan perfeccionamientos, ¿cuál es la precisión real de estas «armas de precisión»?

Aunque gran parte de la información sobre los ataques de los drones es material clasificado, parece que un aspecto de los problemas de seguridad y fiabilidad tiene que ver con las condiciones climatológicas. La nubosidad, la lluvia, la niebla y el humo pueden reducir la precisión. Así pues, hay errores de equipo y defectos de diseño, como por ejemplo los problemas que plantea la fijación del objetivo por láser cuando parte de la energía láser es desviada del objetivo, despistando así al sensor de búsqueda.

Para compensar estas deficiencias, la fuerza aérea desarrolló una táctica llamada «de doblete» que consistía en disparar dos misiles Hellfire por cada objetivo fijado. Claro que esto aumenta la posibilidad de que haya más bajas civiles, porque los individuos que corren a ayudar a los alcanzados en el primer impacto acaban saltando por los aires con el segundo. Un estudio realizado por la Oficina de Periodismo de Investigación, con sede en el Reino Unido, encontró pruebas de que al menos cincuenta civiles habían muerto a causa de los segundos impactos cuando iban a socorrer a las víctimas de los primeros.²⁷

Naturalmente, cuando el objetivo se localiza mal, incluso las bombas más precisas causarán tragedias. Estados Unidos opera en regiones, de Afganistán a Somalia, cuyas complejidades sociales no acaba de entender. La información defectuosa podría ser fruto de la desinformación proporcionada deliberadamente por agentes locales que tratan unas veces de arreglar viejas rencillas tribales y otras de ganar dinero vendiendo datos falsos.

La información defectuosa también podría deberse a simples equivocaciones. A pesar de las cámaras superalucinantes que hay en

uso, las imágenes que captan pueden malinterpretarse. Un camión que transporta cajas de fruta podría parecer un camión cargado con cajas de explosivos. Un hombre alto y barbudo con túnica podría parecerse a muchos otros hombres altos y barbudos con túnica. En febrero de 2002 se informó de que el piloto de un dron había matado a un afgano alto que según él era Osama bin Laden, aunque luego resultó que era un inocente aldeano que recogía chatarra.²⁸ En 2003, durante la invasión de Irak, se lanzaron misiles Patriot semiautomatizados contra presuntos cohetes iraquíes; el resultado fue que se abatieron aviones aliados. En teoría había que suprimir a los operadores humanos en estos casos, pero no se suprimieron.²⁹

Y en el primer caso conocido de muertes por fuego amigo procedente de aparatos no tripulados, un ataque producido en Afganistán el 6 de abril de 2011 mató accidentalmente a un marine estadounidense y a un enfermero de la Marina. Jeremy Smith, sargento jefe del cuerpo de marines, de veintiséis años, y el enfermero Benjamin D. Rast, de veintitrés, fueron abatidos por un dron Predator al ser confundidos con talibanes por los mandos. Cuando enseñaron la filmación del ataque al padre de Jeremy, Jerry Smith, éste no vio las imágenes de alta resolución que habrían sido de esperar de los sofisticados drones. Lo único que distinguió fueron manchas y sombras oscuras. «Nadie habría dicho que eran seres humanos, eran sólo manchas», dijo el agraviado padre. El informe no acusaba a nadie de negligencia culpable o de descuido en sus obligaciones, sino que responsabilizaba a las malas comunicaciones, a las suposiciones erróneas y a «una falta de conocimiento general de la situación».³⁰

Por desgracia, en toda Asia y Oriente Medio hay cementerios llenos de testigos de ataques equivocados con drones. Los drones no se llaman Predator (Depredador) y Reaper (la Parca) gratuitamente. Son máquinas de matar. Sin juez ni jurado, siegan vidas en un instante, vidas de personas que alguien, en algún lugar, considera terroristas, y vidas de quienes están por casualidad en el mismo punto de mira.

Pensemos en lo aterrador que resulta vivir bajo la continua

amenaza de un ataque de drones. Unas veces los veremos pasar volando por el cielo; otras desaparecerán pero seguiremos oyendo su escalofriante zumbido.

Los ataques de los drones dejan tras de sí una larga estela de sufrimiento humano: viudas, criaturas huérfanas, jóvenes vidas destruidas para siempre, mutilaciones a perpetuidad. Encoferizan a las poblaciones locales, alimentan sentimientos antiamericanos e incitan a cometer actos violentos de venganza.

Como dijo la abogada norteamericana de origen pakistaní Rafia Zakaria: «En algún lugar de Estados Unidos hay un operador de drones sentado en una cabina, delante de una consola con la que gobierna una nave sin piloto, armada con bombas mortales. Al igual que en un videojuego, apunta, dispara y alcanza objetivos que ve en un mapa vía satélite. [...] Unas veces se alcanza el objetivo, otras la información es defectuosa y es una familia que duerme, o los asistentes a un banquete de bodas, quienes pagan el error de cálculo. Sin embargo, en todas las ocasiones son los talibanes quienes capitalizan las matanzas y ganan nuevos reclutas que vigorizan a los antiguos. El terror y el terrorismo se extienden así no sólo en la aldea donde ha tenido lugar el ataque de los drones, sino mucho más allá y en un radio mucho mayor, en los bazares de Peshawar, en las calles de Lahore y en los despachos de Islamabad donde los reclutas mencionados se vengan de los ataques de los drones.»³¹

Y mientras muchos son víctimas de los drones, unos cuantos se llenan los bolsillos de dólares.

UN MERCADO EN EXPANSIÓN

Después de un ataque no hay más que pedazos de carne humana por todas partes. No se ven cadáveres enteros. Los vecinos recogen los pedazos y maldicen a Estados Unidos. Dicen que América nos está matando en nuestro propio país. En nuestras propias casas y sólo porque somos musulmanes.

NOOR BEHRAM, fotógrafo pakistaní¹

El sector industrial estadounidense está en crisis, si es que no ha muerto ya. Gracias a las amnistías fiscales y a los engañosos acuerdos que llevan la etiqueta de «libre comercio», se ha dado a las empresas toda clase de incentivos para buscar en el extranjero mano de obra más barata, eliminando los empleos de clase media mientras los altos ejecutivos ricos se enriquecen cada vez más. Amplias zonas de Detroit, antes una ciudad dinámica que albergaba las empresas más grandes del país, parecen hoy una ciudad fantasma.

Pero hay un sector industrial que no se ha visto afectado: el de las empresas que se benefician fabricando el instrumental de alta tecnología de la guerra moderna, el último gran producto que exporta Estados Unidos. Lo que el antiguo presidente Dwight D. Eisenhower llamaba «complejo militar-industrial» ha sabido mantenerse en esta era de austeridad prácticamente indemne. Y cuando nos fijamos en los drones, el complejo está en pleno auge.

«Es un mercado en expansión», se jactó el principal comprador de armas del Departamento de Defensa, Ashton B. Carter.² Él debería de saberlo, con el fondo de 5.000 millones de dólares que tiene asignado el Pentágono para comprar drones. Se espera que el gasto global en investigación y fabricación de drones entre 2011 y 2020

supere los 94.000 millones de dólares, según un analista que observa la industria aeroespacial. Otros países, sobre todo Israel y China, se llevarán un pedazo del pastel. Pero se trata de un terreno en el que las compañías estadounidenses siguen estando en cabeza hasta la fecha.

Ninguna se ha beneficiado más de la fiebre de los drones que General Atomics, que tiene su sede en San Diego. Aunque no tan bien conocida en su condición de megacontratista militar como Lockheed Martin o Boeing, la empresa, que empezó construyendo reactores nucleares en 1955, ha experimentado una masiva expansión gracias a la creciente confianza de las fuerzas armadas en los aparatos aéreos no tripulados. El Predator de esta compañía acabó convirtiéndose en la fachada global de la nueva era de la guerra robotizada. Su sucesor, el Reaper (llamado inicialmente Predator B y que vuela más alto y más rápido, y carga muchas más armas), es hoy el principal vehículo aéreo no tripulado de la fuerza aérea.

General Atomics llegó a la industria de los drones en los años noventa, cuando compró a Hughes Aircraft la empresa constructora de aparatos no tripulados que había fundado el ingeniero israelí Abraham Karem. Aunque es una empresa privada, General Atomics se habría arruinado muy pronto si no hubiera sido por el incesante chorro de contratos que firma el gobierno. De los 661,6 millones de dólares que ingresó en 2010 –su cifra de negocios en 1980 fue de 115 millones–, el noventa por ciento procedía directamente de las ventas efectuadas al Pentágono.³ Entre 2000 y 2010 vendió material a las fuerzas armadas estadounidenses por un valor superior a los 2.400 millones de dólares. La mayor parte procedía de los drones.

Con el mercado de los drones al rojo vivo, los ingresos de la compañía están llamados a subir como la espuma. Y General Atomics está preparada.

Según informó *Los Angeles Times*, sus siete edificios, que se alzan en un creciente polígono de Poway, California, de más de cuarenta hectáreas, se cree que serán «el mayor centro del mundo dedicado a la construcción de drones».⁴ Los empleados de General Atomics,

que rondan los 5.000 en total, se afanan por satisfacer la demanda actual mientras trabajan en la siguiente generación de vehículos exterminadores no tripulados. «Ataviados con batas azul claro, los empleados trabajan las veinticuatro horas del día, encajando láminas de metal en los aparatos a golpe de martillo o soldando piezas electrónicas en placas base.»

Entre 1994 y 2010, la empresa vendió a los militares estadounidenses más de 430 drones, entre Predator y Reaper. También empezó a vender a los aliados de la OTAN.

La fuerza aérea de Estados Unidos encargó en 2011 una versión de prueba del último dron de General Atomics, el más eficaz, el Predator C Avenger, capaz de volar más rápido (740 km/h), más alto (20.000 metros) y llevar una carga mayor (una tonelada) que el Predator y el Reaper.⁵

¿Cómo se las arregló esta pequeña compañía para derrotar a competidores mucho mayores que ella en la carrera por la fabricación de drones, pese a que sus primeros aparatos no tripulados, usados en los Balcanes, eran de control problemático y propensos a estrellarse?

«A pesar de nuestro tamaño, poseemos un capital político más importante de lo que podría pensarse», explicó James Blue, alto ejecutivo de la empresa, a una publicación del ramo allá en 2005.⁶

Ese capital político no llegó únicamente por los méritos de los productos que fabrica la compañía de Blue. Y no llegó gratis.

General Atomics se dedicó durante años a cultivar con mucha delicadeza a miembros clave del Congreso, invirtiendo en donativos y fiestas para las campañas políticas. Según informó en 2006 el Centro para la Integridad Pública, la compañía gastó más que ninguna otra empresa de Estados Unidos en la financiación de viajes al extranjero de miembros de la cámara legislativa, sus familias y su personal.⁷ Entre 2000 y mediados de 2005, gastó «aproximadamente 660.000 dólares en 86 viajes» a todas partes, desde Turquía hasta Australia, donde la empresa quería colocar sus últimos aparatos no tripulados y necesitaba obtener del gobierno

estadounidense autorización para negociar con países ajenos a la OTAN.

«La verdad es que es útil y muy beneficioso, cuando hay que hablar con funcionarios del gobierno, que vengan con nosotros miembros del Parlamento y comenten con ellos las propiedades [del avión]», explicó Tom Cassidy, alto ejecutivo de la filial constructora de drones, General Atomics Aeronautical Systems. Ex almirante de la Marina, lo cual sin duda le sirve de mucho a la hora de vender sus mercancías, Cassidy fundó la filial de General Atomics en 1992 con tan sólo media docena de ingenieros.

General Atomics no quería vender sólo a los militares estadounidenses y a los aliados de la OTAN, sino que también presionaba para que el gobierno le autorizase a vender a otros aliados de Estados Unidos, entre ellos los regímenes represivos de Oriente Medio. «Hay interés en Pakistán, Arabia Saudí, Egipto y los Emiratos Árabes Unidos», declaró Frank Pace, presidente de la filial de sistemas aéreos de la compañía, según el servicio de noticias Bloomberg. «Arabia Saudí es un país grande y para cubrir bien todo el territorio podría adquirir 50 aparatos.»⁸

En julio de 2010, el gobierno estadounidense aprobó la exportación a Oriente Medio y sur de Asia una versión del modelo señero del dron Predator. La venta del Predator sólo estaba permitida antes a los países de la OTAN, Japón, Australia y Nueva Zelanda. En teoría, estas versiones de exportación estaban diseñadas sólo para misiones de vigilancia y reconocimiento, pero no costaba mucho adaptarlas para acoplarles una bomba.

Por supuesto, tener congresistas en el bolsillo era igualmente útil para vender mercancías en casa. La oficina del antiguo congresista Randy Cunningham, alias «Duke», un republicano de San Diego caído en desgracia y condenado por aceptar sobornos de contratistas militares, recibió más de 53.000 dólares de General Atomics en viajes a Europa y Australia entre 2002 y 2005, según el Centro para la Integridad Pública.

Como presidente de la poderosa subcomisión parlamentaria que asignaba los gastos militares, Cunningham fue un peón útil para la

firma, ya que presionó en julio de 2001 al entonces secretario de Defensa Donald Rumsfeld para que acelerase la financiación del dron Predator de General Atomics. Desde entonces, los ingresos de la compañía se dispararon, entre otras cosas gracias a un contrato de 2010, por valor de 195 millones de dólares, para construir un dron destinado al ejército de tierra, y a otro contrato de 2011, de 148,2 millones de dólares, para suministrar a la fuerza aérea dos docenas de Reaper MQ-9.

En total, la compañía ha gastado más de 21 millones de dólares en dar jabón a funcionarios públicos desde 1998, según el Centro para la Política Responsable.⁹ Sin embargo, esta pequeña compañía entró en 2008 en la lista de *Defense News* que cataloga a los cien principales contratistas del gobierno. Habría que trabajar mucho para encontrar un rendimiento tan descomunal de las inversiones fuera del complejo militar-industrial.

General Atomics no es el único pequeño contratista militar que lo ha conseguido. Aunque su nombre suene a ambientador –y de hecho empezó asesorando sobre la calidad del medio ambiente–, AeroVironment ha acabado devorando un gigantesco pedazo del pastel de los drones.

Al igual que General Atomics, es una compañía relativamente pequeña. En 2001, sus ingresos anuales no llegaban a 30 millones de dólares. En menos de un decenio, su cifra de negocios subió a 300 millones, el ochenta y cinco por ciento de los cuales procedía de la venta de drones al gobierno estadounidense.

En comparación con Boeing, Lockheed Martin y empresas parecidas, esta compañía del sur de California (Simi Valley) sigue siendo una hermana menor. Al especializarse en minidrones, AeroVironment entró por la puerta grande en la industria de los aparatos no tripulados.

El 1 de septiembre de 2011 la compañía anunció la firma de un contrato de 4,9 millones de dólares con el ejército de tierra estadounidense para construir un dron de dos kilos y medio* llamado Switchblade. Como la herramienta que le da nombre, el Switchblade («navaja automática») es un aparato multiuso. Según la

propia empresa constructora, está diseñado para que el combatiente disponga de una «bala mágica» susceptible de dispararse desde el aire o desde tierra y capaz de fijar el blanco en cuestión de minutos.

«Los inigualables servicios para el combate de un aparato tan flexible como el Switchblade, su seguridad y el control de sus efectos hacen de él un arma ideal para la guerra actual y para las fuerzas armadas estadounidenses del futuro», dijo Bill Nichols, de la oficina de Armamento para Enfrentamientos Directos del ejército de tierra.

Pero Nichols se olvidó del detalle más sustancioso: el minidrón en cuestión también puede ser útil como bombardero suicida robotizado. En palabras del *New York Times*, no se ha fabricado sólo para vigilar, sino también para «transportar una carga explosiva hasta un objetivo».¹⁰ Dicho de otro modo, el Switchblade es un caza kamikaze sin piloto, una tecnología que los militares temen que esté «pronto al alcance de cualquier red terrorista».

En el mismo mes de septiembre de 2011, la fuerza aérea estadounidense entregó 6,9 millones de dólares a AeroVironment para construir otro dron, el Raven, que cabía en una mochila. A su vez, el ejército de tierra entregó a la misma empresa 16 millones para que se encargara del apoyo logístico del Raven.¹¹ El mes siguiente la empresa recibió otro espaldarazo: 7,3 millones del ejército de tierra para que entregara el Puma, un dron de vigilancia más grande, de seis kilos.¹²

Otro juguetito de AeroVironment, el dron de vigilancia Hummingbird, fue considerado por la revista *Time* uno de los mejores inventos de 2011. Construido como prototipo para la Agencia de Investigaciones de Proyectos Avanzados del Departamento de Defensa, era capaz de volar en todos los sentidos, incluso hacia atrás. Podía quedarse quieto en el aire, dar vueltas de derecha a izquierda y al revés, y estaba equipado con videocámara. Era asombrosamente ligero –pesaba menos que la pila de un reloj despertador–, pero costaba una barbaridad, cuatro millones de dólares, al menos en su fase experimental.

Con el Hummingbird, el Raven, el Wasp, el Puma y el Switchblade, AeroVironment se afianzó como gigante de los minidrones.

Pero no crean ustedes que los peces gordos de la industria de la defensa se habían quedado en la cuneta. Fijémonos en Raytheon, que presume de tener más de 12.000 empleados y es uno de los cinco principales contratistas de Estados Unidos a escala nacional. Raytheon suministra a los militares material de software que les permite obtener «acceso en tiempo real a información comprometedor» recogida por drones en todo el mundo.¹³ Es la tecnología que ayuda al piloto de dron situado en el desierto de Nevada a decidir cuándo lanzar un misil Hellfire. Puesto que el sistema permite al personal militar recoger información de una serie de drones fabricados por otras empresas, Raytheon puede llevarse el gato al agua incluso cuando la competencia le quita de las manos una contrata relacionada con aparatos no tripulados.

Raytheon fabrica además una bomba de 250 kilos, llamada Paveway, para uso de drones más grandes como el Predator. Y está perfeccionando un misil de 50 kilos, llamado Monsoon, para competir con el omnipresente Hellfire, que también pesa 50 kilos y lo fabrica la empresa rival Lockheed Martin.

Pero Raytheon ha descubierto que la pequeñez tiene sus ventajas y está desarrollando bombas para drones de poco peso. El *Arizona Daily Star*, de Tucson, ciudad donde se construyen los misiles y drones de Raytheon, informaba en 2010 de que la empresa estaba «compitiendo a la chita callando por tener un papel fundamental en la guerra por control remoto contra las sublevaciones y el terrorismo», mediante la fabricación de misiles cada vez más pequeños.¹⁴ Raytheon es responsable del Griffin, que no llega a pesar ni un tercio de los 50 kilos que pesa el misil Hellfire. En 2010 la compañía había recibido ya del ejército de tierra estadounidense más de 40 millones de dólares en contratas por el Griffin.

Más pequeño aún fue el Small Tactical Munition, de 6 kilos y 60 centímetros de largo, diseñado, en palabras del director del programa Cody Trestchok, para satisfacer la «creciente necesidad» de que hubiera misiles en drones más pequeños que hasta entonces se hubiesen empleado sólo para vigilancia.¹⁵ Raytheon diseñó

igualmente su propio dron Cobra para transportar esta pequeña bomba.

Al informar del satisfactorio resultado de las pruebas a que fue sometido el Cobra en septiembre de 2011, Spencer Ackerman señaló en *Wired*: «El armamento teledirigido puede ampliar espectacularmente la guerra de drones, ya que capacitan a unidades del tamaño de un batallón para aniquilar a personas con drones pequeños, al igual que los pilotos que dirigen por control remoto los clásicos Predator y Reaper.»¹⁶

Raytheon fabrica asimismo un sistema para abatir drones enemigos con láser. Pero Raytheon, la empresa más grande de todo el sur de Arizona, no se contenta con fabricar software, misiles y láseres para los drones de otras compañías, y los medios para abatirlos. Según informó el *Daily Star*, está desarrollando una tecnología que permita a los «drones volar indefinidamente», pues tiene una patente para construir «un sistema que consiga que un vehículo aéreo no tripulado se ponga en contacto con otro dron en vuelo para repostar combustible».¹⁷

Y ojo con lo que *Popular Science* llama «Bombardero Supersónico Convertible». Previsto para terminarse en 2020, será un bombardero no tripulado de Raytheon –llamado también Switchblade– con alas adaptables que en teoría le permitirán «merodear en la periferia del territorio enemigo durante más de doce horas y, al recibir una orden, salir disparado hacia un objetivo a una velocidad superior a la del sonido».

Raytheon hará bien en darse prisa, porque el mercado, como el cielo, está cada vez más abarrotado.

A Boeing, contratista militar con sede en Chicago, con más de 165.000 empleados y una cifra de negocios que superó los 64.300 millones de dólares en 2010, no le gusta ceder terreno en el lucrativo mercado de los drones frente a Raytheon y empresas semejantes, y menos aún ante compañías enanas como General Atomics. Puesto en acción en abril de 2011, su prototipo Phantom Ray tiene aproximadamente el tamaño de un caza de combate. Pero a diferencia de los drones actualmente en uso, éste vuela solo.

«Los aviones no pilotados del tamaño de un caza y con capacidad autónoma de vuelo son una realidad», dijo el director del programa Craig Brown después del primer vuelo de prueba. «Hemos subido el listón.»

Según *Los Angeles Times*, el Phantom Ray se diferencia de los drones armados existentes en que no necesita un piloto humano que haga algo más que trazar la ruta de vuelo.¹⁸ Podría «llevar a cabo una misión dirigido casi totalmente por un ordenador».

Aunque todavía no hay comprador para el Phantom Ray, cuyo precio se estima en 60-70 millones de dólares, la empresa constructora confía en que lo habrá.

«El motivo para habernos embarcado en este proyecto es, básicamente, dejar claro que Boeing es una empresa altamente competitiva en este ramo», explicó en 2009 Darryl Davis, presidente de la división de investigación y desarrollo de Boeing's Phantom Works.¹⁹ «Lo importante no es reaccionar, sino ponerse por delante en el mercado.»

Pero Boeing no es la única empresa que se ha lanzado a esta aventura de construir robots asesinos que vuelan solos. General Atomics ya tiene un modelo, Gray Eagle, que actualmente está en servicio en Irak. «Piensa por sí mismo», alardeó James Bouchard, ejecutivo de General Atomics, en un comunicado de prensa titulado: «Armado y peligroso: Gray Eagle se vuelve mortal».²⁰

Ni siquiera hace falta tener carnet de piloto para hacerlo funcionar. «Es un aparato muy autónomo», dijo con entusiasmo el capitán Mike Goodwin. «Es lo último y lo mejor.»

Pero Boeing está en una categoría propia cuando se trata de construir un aparato no tripulado de alto secreto y diseñado para lanzarse al espacio. Su Orbital Test Vehicle X-37B había estado desarrollándose durante diez años en el taller «Phantom Works» de la Boeing cuando la NASA seleccionó a esta compañía para que diseñara y construyera el vehículo en 1999. La NASA pagó a Boeing más de 400 millones de dólares por la nave espacial, que tiene capacidad para permanecer más de 270 días en las alturas. Se lanzó de Cabo Cañaveral, la base aérea de Florida, en abril de 2010, para

que fuese plataforma de prueba de experimentos secretos, y aterrizó 244 días después en la base aérea californiana de Vandenberg. Aunque los detalles del vuelo son material clasificado, se informó del éxito de la prueba, a pesar de que cuando tomó tierra saltó la rueda izquierda del tren de aterrizaje principal, causando daños en siete puntos del fuselaje.

Pese a sus elevadas facturas, Boeing fue contratada para construir otro vehículo, que se lanzó en marzo de 2011. Una vez más, se prohibió que los ciudadanos conocieran los detalles de la misión.

También Northrop Grumman participó en la carrera de los drones. Su aparato distintivo, el Global Hawk, acabó generando polémicas por su excesivo precio. Al principio formaba parte de un programa de la fuerza aérea que contaba con un presupuesto de 12.000 millones de dólares y que se proponía reemplazar la avejentada flota de aviones espía U-2 de los años cincuenta por modernos aparatos no tripulados. Según los militares, el Global Hawk era un «sistema aéreo no tripulado de gran altitud y larga resistencia», capaz de supervisar grandes extensiones de territorio, sin nada que ver con los aparatos más pequeños, de limitada potencia visual.²¹ Según el *New York Times*, el avión de vigilancia no tripulado Global Hawk se estaba construyendo en la fábrica que la compañía tenía en Palmdale, California. Lo curioso era que en la fábrica había «sólo cincuenta personas», lo que sugería que las inversiones en el terreno militar no eran el mejor medio de crear puestos de trabajo en una época de recesión global.²²

«El Global Hawk es un producto impresionante», contó al *Times* el analista industrial Richard Aboulafia, «pero también muy caro.» Desde 2001 el coste del programa Global Hawk ha aumentado más del doble, como suele ocurrir con los programas militares. Hoy se espera que cada avión cueste la friolera de 218 millones de dólares. En cambio, el dron armado de mayor tamaño, el Reaper, cuesta 28 millones, y el Predator unos 4,5 millones.

Invertir 218 millones en algo es mucho invertir. Pero invertir 218 millones en un avión que «las pruebas del Pentágono indicaron [...] que no era suficientemente seguro para llevar a cabo una vigilancia

completa» es una insensatez. Por desgracia, también es típico del Pentágono derrochar el dinero de los contribuyentes para nada o casi nada.

Una comparación entre el programa Predator/Reaper y el Global Hawk pone de manifiesto que este último es una calamidad.²³ En abril de 2010 el Predator/Reaper de General Atomics superó la cota del millón de horas de vuelo, con más de cuatrocientos aparatos fabricados que habían realizado casi 80.000 misiones, la mayoría en combate. Compárese este historial con los cuatro Global Hawks en servicio, que en total sumaban menos de 2.000 misiones en combate.

«Una vez más nos las vemos con un sistema que no ha satisfecho las exigencias de efectividad e idoneidad, pero de cuya pronta producción y despliegue en masa no dudamos», alegó Thomas P. Christie, antiguo controlador de calidad del Pentágono.²⁴

O quizá sí. Refiriéndose a las restricciones presupuestarias, el Pentágono anunció en enero de 2012 que iba a cambiar sus planes de reemplazar la flota de aviones espía U-2 por aparatos Global Hawk. Un funcionario del Departamento de Defensa dijo que el coste de éstos era tan elevado «que se habían quedado sin compradores en el sector de la fotografía aérea».²⁵ Por lo visto, ni siquiera los 165 millones de dólares que Northrop Grumman gastó en sobornar a funcionarios entre 1998 y 2011 pudieron conseguir que el Pentágono hiciera la vista gorda ante los monstruosos costes y problemas que acarreaba el dron favorito de la compañía.²⁶ Para que luego digan que los aparatos no tripulados son la panacea barata y eficiente de todas las necesidades militares del siglo XXI.

El gigante de Bethesda (Maryland), el contratista militar Lockheed Martin, con más de 130.000 empleados y unas ventas que en 2010 superaron los 45.800 millones de dólares, también se allanó el camino²⁷ con los 142 millones que gastó en cabildeos entre 1998 y 2011,²⁸ y le rindieron lo suyo, pues las tres cuartas partes de sus ingresos proceden de ventas a los militares.²⁹

Un regalo que sigue dando de sí es el de los misiles Hellfire, el arma predilecta que los aparatos no tripulados han estado lanzando

del cielo a 68.000 dólares el chupinazo. Lockheed ha desarrollado una versión aún más mortífera que la empresa llama cariñosamente Hellfire Romeo. Con algunas insinuaciones eróticas, Lockheed presume de que Romeo puede «acoplarse a los objetivos antes o después del lanzamiento», «arremeterles de lado y por detrás sin maniobrar para ponerse en posición», y gracias a sus viriles cualidades para teledirigir y navegar es capaz de «aumentar el ángulo de impacto y multiplicar la destrucción».³⁰ Hablando de este superhombre de los misiles, el director editorial de *Jane's Missiles and Rockets* fanfarroneaba diciendo: «Antes había que utilizar un tipo concreto de misil para destruir un tipo particular de objetivo: tanque, camión, soldados a pie. Éste permite al aparato acometer "objetivos imprevistos" conforme aparecen en el campo de batalla.»³¹

Para demostrar que el tamaño no lo es todo, Lockheed Martin ha entrado igualmente en el sector de los drones pequeños y ha desarrollado un prototipo de dron llamado Samarai Monocopter que la revista *Popular Mechanics* dice que está inspirado en «la caída helicoidal de las sámaras de arce». Lo cual sería muy bonito y muy poético si su finalidad no fuese constituir «una potente [...] herramienta para los soldados» en el campo de batalla.³²

La contribución de Lockheed al nuevo universo de la guerra no se detiene aquí. La empresa fabrica asimismo su propio aparato no tripulado de vigilancia en sus instalaciones de Palmdale, California, llamadas «Skunk Works» (Talleres Mofeta). Entre los drones de Lockheed destaca el sigiloso modelo Sentinel RQ-170, usado sobre todo por la fuerza aérea estadounidense y más conocido, a causa de su gran tamaño, con el nombre de «Bestia de Kandahar». Aparte de reconocer la maciza envergadura (unos trece metros) de este dron, los militares se han mostrado típicamente parcos en lo concerniente a su papel en el campo de batalla. Pero según Marc Ambinder, del *National Journal*, fue este mismo dron de Lockheed Martin el que llevó a cabo las misiones de vigilancia que permitieron que las fuerzas de operaciones especiales de Estados Unidos mataran al dirigente de Al Qaeda, Osama bin Laden.³³ Menos emocionante para

la empresa es que este mismo modelo fue el que se vio en las manos del gobierno iraní, en las pantallas de televisión de todo el mundo.

Lo que las grandes compañías como Lockheed, Boeing y Northrop Grumman aportan al mercado de los drones y que General Atomics y otras empresas pequeñas no pueden aportar es la capacidad para fabricar aparatos supersónicos de alta efectividad. Este hecho señala la transición del uso de drones contra campesinos afganos a su uso contra fuerzas militares con armas modernas como las de Irán, Corea del Norte y China. Según el experto en robótica Mark Gubrud: «Lo que acecha en segundo plano es el fantasma de la guerra de drones contra drones, o quizá de enfrentamientos militares robotizados, en que haya potencial para respuestas automáticas que inicien o desencadenen conflictos entre grandes potencias y entre países con armas nucleares.»³⁴ Preparémonos, pues, para un mundo de dron-comedrón... financiado con los impuestos que pagamos.

Además de todos los fabricantes de drones del sector privado que dependen del gobierno, éste también invierte por su cuenta en investigación y producción propias.

En la base de la fuerza aérea Wright-Patterson, de Dayton, Ohio, los militares trabajan en los llamados «microvehículos aéreos», que se parecen e imitan a las aves pequeñas y a los insectos mayores. El británico *Daily Mail* informó de que los investigadores del gobierno esperaban que este vehículo diminuto no tardaría en ser capaz de «encontrar, seguir y apuntar a adversarios que operan en entornos urbanos complejos».³⁵

El trabajo en las instalaciones de Dayton, que forman parte del Laboratorio de Investigación de la fuerza aérea, comenzó en mayo de 2010. Tras la ceremonia del 27 de mayo, que inauguró unas instalaciones que «parecían una fortaleza», una noticia aparecida en un periódico especializado de la localidad señalaba que la fuerza aérea «insistía en que quería un vehículo diminuto capaz de bajar hasta una calle de cualquier ciudad o colarse por una ventana

abierta para espiar o atacar a objetivos enemigos».³⁶ Para conseguir este resultado, los científicos del gobierno tenían a su disposición, en las instalaciones, un campo interior de pruebas con 60 cámaras de captura de movimiento cuya función era reproducir el entorno urbano.

Los militares esperaban que la tecnología del asesinato en frío atrajera un flujo continuo de científicos deseosos de abrirse camino inventando artilugios mortales como los de las películas de James Bond.

«No lo consideramos necesariamente un conjunto de bienes [de la fuerza aérea]», dijo Douglas Blake, subdirector de la Junta Directiva de Vehículos Aéreos, al *Daily Mail*. «Preferimos considerarlo un conjunto de bienes de la comunidad.»

Antaño, las bibliotecas y los parques se consideraban bienes comunitarios. En los tiempos de la guerra contra el terrorismo, las instalaciones donde se prepara la nueva generación de drones miniaturizados son los nuevos campos de béisbol.

Los esfuerzos por construir drones diminutos se basaban en trabajos anteriores realizados por la supersecreta Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados del Departamento de Defensa (DARPA) con «un ejército de bichitos biónicos», señalaba el *Daily Mail*.³⁷ Fundada en 1958 en respuesta al satélite Sputnik lanzado por los soviéticos en 1957, la DARPA es, según la propia agencia, el «principal motor de innovaciones» del Departamento de Defensa estadounidense y acomete «proyectos de duración limitada que sin embargo crean cambios revolucionarios duraderos».³⁸ No son baladronadas, pues se atribuye a la DARPA, no a Al Gore, la creación de Internet.

A este fin la DARPA suele emplear métodos exclusivos para desarrollar la siguiente generación de hardware militar. En marzo de 2011, por ejemplo, la agencia organizó una competición pública con participación colectiva, «UAVForge», para diseñar un minidrón que fuera «tan pequeño y ligero que pudiera llevarse en una mochila» y pudiese posarse en cualquier sitio, como un buitre, durante dos

horas como mínimo mientras enviaba imágenes a sus operadores remotos.³⁹

La persona o grupo que diseñara el dron más eficaz ganaría 100.000 dólares, una forma relativamente barata de que el gobierno construyera su siguiente artilugio de guerra. Dejar el diseño de los drones al criterio del público tenía además la ventaja añadida de que normalizaba la guerra de los drones entre la ciudadanía. Como dijo a los medios Jim McComick, de la DARPA: «Queremos ampliar la puerta para que entren los aficionados y los científicos anónimos», pues la finalidad era el «intercambio de ideas entre una comunidad internacional informalmente relacionada que está unida por intereses comunes y se guía por el pensamiento innovador y creativo».

Por el modo en que la DARPA planteaba la investigación colectiva de los drones, casi se habría dicho que quería fundar una comuna hippie. Pero los militares estadounidenses no son precisamente fanáticos de la paz, el amor y la comprensión, y su intención va más allá de la simple fabricación de drones de vigilancia ligeros.

La fuerza aérea trabaja actualmente en una tecnología llamada Gorgon Stare (Mirada de la Gorgona), por el nombre del monstruo de la mitología griega «cuyos ojos inmóviles convertían en piedra a quienes miraban». Esta tecnología promete ampliar considerablemente la capacidad observadora de los drones Reaper que Estados Unidos utiliza en Afganistán y otros países en su guerra contra el terrorismo.

Como sugiere su curioso nombre, Gorgon Stare es un sistema de 15 millones de dólares la unidad que utiliza múltiples cámaras infrarrojas y convencionales y que según la fuerza aérea ampliará espectacularmente las imágenes que captará el dron que sobrevuele el campo de batalla.⁴⁰ En teoría, el sistema permitirá a los drones monitorizar todos los movimientos que se produzcan dentro de un área de cuatro kilómetros cuadrados, mientras que la tecnología de observación utilizada hasta 2010 sólo permitía monitorizar menos de un kilómetro cuadrado.

Pero hay un problema: la tecnología podría no ser tan buena como se anuncia. Según la versión preliminar de un informe de la fuerza

aérea conseguida por la revista *Wired*, las pruebas efectuadas en diciembre de 2010 con la tecnología Gorgon Stare, que iba a desplegarse en el campo de batalla afgano por esas fechas, no resultaron «operativamente efectivas» ni «operativamente apropiadas».⁴¹

No hay que ser un experto militar para saber que no sirve. Y no hay que ser profeta para adivinar que esta mala noticia no impedirá a los militares invertir en el proyecto más dólares de los contribuyentes. A decir verdad, la fuerza aérea respondió al informe de *Wired* reafirmando su dedicación a Gorgon Stare porque «hay vidas que dependen de la calidad de la información» que promete proporcionar.

Se espera que esta descomunal atención a los vehículos no tripulados continúe durante la presente década, con Estados Unidos acaparando el setenta y siete por ciento de la investigación y el desarrollo internacionales y alrededor del sesenta y nueve por ciento de los dólares destinados a la compra de bienes y servicios.⁴²

Esto no quiere decir que otros países no estén sufriendo su propia fiebre drónica. Por ejemplo Israel.

«Nuestro objetivo es que por cada compañía que esté en el campo de batalla haya un vehículo no tripulado», explicó al *Wall Street Journal* en 2010 el teniente coronel Oren Berebbi, director de la división tecnológica de las fuerzas armadas israelíes. «Podemos llevar a cabo una cantidad creciente de misiones sin poner en peligro a ningún soldado.»⁴³

La verdad es que vivimos un momento glorioso para fabricar drones. Giora Katz, vicepresidente de Rafael Advanced Defense Systems Ltd., cuya sede está en Israel, dijo al *Journal* que espera que en 2025, si no antes, la tercera parte del hardware militar israelí sea no tripulado. «Estamos entrando en la era robótica.»

Y como sus colegas estadounidenses, los fabricantes de drones israelíes –los más destacados son Aeronautics Defense Systems, Elbit Systems e Israel Aerospace Industries– no se limitan a fabricar artículos para el mercado interior. La historia beligerante de Israel y su incesante economía de guerra, más su temprano uso de aparatos

no tripulados, que se remonta a la ocupación de la península del Sinaí en los años setenta, los ha hecho muy competitivos para la exportación. Los militares, los medios y las compañías de armamento israelíes hacen publicidad de la «eficacia probada en combate» que caracteriza a la tecnología de Israel. El Hermes 450 de Elbit Systems –un aparato que se ha vendido por lo menos a una docena de países– se anuncia como «en funcionamiento en las fuerzas armadas israelíes», hecho realizado con un sello amarillo en la cubierta del folleto que dice «PROBADO EN COMBATE».⁴⁴

El gobierno israelí firmó en 2009 un acuerdo para vender drones a Rusia por valor de 50 millones de dólares.⁴⁵ Tras cerrar la operación se habló inmediatamente de realizar otra, ésta por valor de 100 millones.⁴⁶ En 2011, Israeli Aerospace Industries, propiedad del Estado, entregó una docena de drones a Rusia en cumplimiento de parte de un contrato valorado en 400 millones.⁴⁷

Hasta 2011 Rusia estaba deseosa de hacerse con el Heron, un dron grande y armado de fabricación israelí. Más o menos del tamaño de un Boeing 737, el Heron puede permanecer en el aire durante casi un día entero sin necesidad de repostar.

Como cualquier otro traficante, Israel empezó dando a probar a Rusia una muestra y Rusia se enganchó. Y no fue el único país. «Israel es el principal exportador de drones del mundo, con más de mil vendidos en cuarenta y dos países», señaló Jacques Chemia, ingeniero jefe de la división de drones de Israel Aerospace Industries, en 2011.⁴⁸

Turquía utiliza drones de fabricación israelí para vigilar a los kurdos del norte de Irak. La India ha comprado drones mortales dentro de su larga competición armamentística con su vecino Pakistán,⁴⁹ que ya fabrica su propio dron armado.⁵⁰

Los británicos han colaborado con los israelíes en la fabricación del muy esperado y muy aplazado dron Watchkeeper, que se basa en el israelí Hermes 450 y sale de una compañía que israelíes y británicos tienen en copropiedad. El gobierno británico, por su cuenta, y en colaboración con la empresa privada BAE Systems, desarrolló el Mantis, un dron dotado de capacidad para volar independientemente

(sin piloto remoto) siguiendo una ruta programada de antemano. Los británicos también se embarcaron con Francia en una iniciativa conjunta para fabricar un vehículo no pilotado.

Aunque Israel y Estados Unidos encabezan la tecnología de los drones, podrían ser alcanzados y superados muy pronto. China sorprendió a muchos agentes occidentales cuando, según informó el *Wall Street Journal*, presentó no menos de veinticinco modelos de vehículos no tripulados en una exposición comercial celebrada en noviembre de 2010, cuatro años después de haber presentado su primer prototipo.⁵¹ «El patente progreso de China seguramente ha incitado a otros países, en particular a India y Japón, a acelerar la fabricación de aparatos propios o los planes de compra», informaba el *Journal*. Lejano seguidor de Estados Unidos en lo referente a gastos militares generales, China ha fabricado ya dos drones, el Pterodactyl y el Sour Dragon, que imitan las características del Predator armado y su hermano vigilante, el Global Hawk, respectivamente.

Ya han entrado en el juego incluso potencias militares menores. Irán, por ejemplo, ha empezado a desplegar ya sus drones de reconocimiento –uno fue abatido en Irak en 2009–⁵² y seguramente están ya en funcionamiento los modelos armados.⁵³ Un servicio estatal de noticias informó en marzo de 2011 de que Irán había diseñado un «platillo volante no tripulado», equipado con un par de cámaras de diez megapíxeles para la vigilancia aérea.

Estados Unidos incentivó el programa drónico iraní, aunque involuntariamente, cuando en diciembre de 2012 fue abatido un Sentinel RQ-170 que entró en el espacio aéreo iraní, según parece como parte de un plan de espionaje conjunto de la CIA y los militares. En un abrir y cerrar de ojos, la tecnología supersecreta en la que Estados Unidos había invertido millones de dólares y años de trabajo cayó en manos de un enemigo oficial.

«Es malo; lo tendrán todo», confesó un funcionario estadounidense a *Los Angeles Times*. «Y los chinos y los rusos también lo tendrán.»⁵⁴ La tecnología era tan valiosa que la administración Obama acarició la idea de lanzar un ataque aéreo o

de enviar un equipo de operaciones especiales a Irán para destruir el dron abatido.⁵⁵ Irán, Rusia y China ya pueden agradecer el regalo a los contribuyentes de Estados Unidos.

En Sudáfrica, mientras tanto, dos compañías –Paramount Group y Aerosud Holdings Ltd.– presentaron en septiembre de 2011 «un prototipo de avión que según se dice combina las funciones de un dron, un helicóptero de ataque y una nave de vigilancia», asegura el *Wall Street Journal*.⁵⁶

De América a Asia, se han gastado miles y miles de millones de dólares en maquinaria, software y salarios con el único fin de construir robots voladores de la muerte, con mejores prestaciones que los precedentes. Los mejores centros de investigación, las mejores universidades dependen de las contratas militares. Pero sólo cuando recordamos las cosas en que no se han invertido ese tiempo y ese dinero –asistencia médica, educación, infraestructuras– nos damos cuenta del coste real de este militarismo. En vez de investigar una mejor tecnología solar o la siguiente generación de marcapasos, muchos científicos destacados de todo el mundo prefieren dedicar sus energías a inventar las últimas y mejores máquinas de matar no tripuladas.

El antiguo presidente Eisenhower habló del enervante efecto de dedicar dinero a la guerra y a la preparación de la guerra en un discurso de 1953 que todavía tiene vigencia pese a los años transcurridos. Dirigiéndose a un grupo de directores de prensa, Eisenhower censuró el derroche de dinero y recursos humanos que suponía idear cosas que el país no debería usar nunca.

«Todas y cada una de las armas de fuego que se han fabricado, todos y cada uno de los buques de guerra que se han botado, todos y cada uno de los cohetes que se han lanzado representan a la postre un robo a quienes pasan hambre y no reciben comida, a quienes tienen frío y carecen de ropa para abrigarse», señaló Eisenhower. «Un mundo en armas no malgasta dinero únicamente. Malgasta el sudor de sus trabajadores, la inteligencia de sus científicos, las esperanzas de sus jóvenes.»

En este preciso momento, algunos de los científicos

estadounidenses más brillantes están ocupados en la invención de nuevas armas de guerra para beneficiar a los que comercian con la muerte. Como preguntaba Eisenhower, «¿Acaso el mundo no sabe vivir de otro modo?»

DRONES POR AQUÍ, DRONES POR ALLÁ, DRONES POR DOQUIER

El congresista republicano de California Brian Bilbray ha dicho que los drones son tan populares que un Predator podría ser elegido presidente.¹

WILLIAM BOOTH, *The Washington Post*

Los drones alcanzaron la madurez con la guerra estadounidense contra el terrorismo, es decir, durante la guerra de Irak. Paradójicamente, esa guerra se endosó a los ciudadanos estadounidenses y a la comunidad internacional alegando la supuesta amenaza que representaban los drones... en malas manos.

En un informe presentado el 5 de febrero de 2003 ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el entonces secretario de Estado norteamericano Colin Powell quiso colocar la inminente guerra a un mundo escéptico arguyendo que Irak poseía drones que podían utilizarse para atacar a Occidente con agentes químicos o biológicos. Esta afirmación fue desmentida casi en el momento mismo de formularse, porque los drones sólo existían con fines de reconocimiento, pero la patraña consiguió lo que se proponía: sólo un lunático no temería a un loco armado con máquinas voladoras mortales, declararon los órganos mediáticos.² El resto es historia sangrienta.

La guerra de Irak proporcionó a los militares estadounidenses una plataforma para perfeccionar sus propios drones de la muerte. En 2003 y 2004, según *USA Today*, el ejército de tierra lanzó aparatos no tripulados que volaron alrededor de 1.500 horas mensuales; a mediados de 2006, las horas mensuales de vuelo habían ascendido a 9.000.³ A los ojos de muchas personas –quiero decir fuera de los

estudios de la Fox y de la CNN—, el loco armado con robots voladores mortales no era Irak, sino Estados Unidos.

A pesar de todos los cazadores-ejecutores Predator y Reaper, los más pequeños y baratos Raven y los Global Hawk de vigilancia, era como si la fuerza aérea no tuviera suficientes aparatos no tripulados para hacer la guerra en Irak y en Afganistán. «La necesidad es muy superior a la capacidad del Departamento de Defensa para proporcionar estos instrumentos», declaró en 2008 a un periodista de AP el teniente coronel Larry Gurgainous, de la fuerza aérea.⁴

En 2010, la fuerza aérea lanzaba cada día sobre territorio hostil de Afganistán por lo menos veinte drones Predator, que aportaban filmaciones de unas quinientas horas diarias.⁵ Casi todos los drones se utilizaban con fines de vigilancia. «Por ejemplo, todos los días analizamos imágenes en las que hay que diferenciar la agricultura convencional de las plantaciones de adormidera», explicó un oficial al *Christian Science Monitor*.⁶

Pero también se utilizaban para identificar a combatientes talibanes de bajo nivel en las zonas más recónditas y para prestar apoyo a las tropas norteamericanas en las refriegas. Según cifras de la fuerza aérea, en 2007 hubo setenta y cuatro ataques de drones, ciento ochenta y tres en 2008 y doscientos diecinueve en 2009.

Los drones espías se utilizaban para todo en Irak, desde proteger campos petrolíferos hasta rastrear a supuestos insurgentes y diferenciar entre la «producción de plásticos y la producción de explosivos caseros».⁷ Se enviaban drones mortíferos para atacar edificios gubernamentales de Bagdad y para acabar con guerrilleros que abrían fuego contra posiciones estadounidenses.⁸ Los militares norteamericanos en Irak acabaron por confiar más en los drones cuando empezaron a retirar tropas en 2008. La administración Bush lanzó una cantidad no superada de ataques mortales más o menos cuando estaba a punto de ponerse fin al aumento de la presencia norteamericana en Irak (que había sido ordenado por el propio presidente), y tanto los políticos estadounidenses como los iraquíes buscaban la forma de reducir dicha presencia sin mermar su eficacia.

Los drones demostraron igualmente su utilidad después de la

aparente «retirada» de Irak en diciembre de 2011. Obedeciendo el Acuerdo sobre la Situación Militar gestionado por la administración Bush, la retirada supuso la salida del país de la mayoría de las unidades de combate, pero se quedaron más de 11.000 funcionarios del Departamento de Estado –y la mayor embajada del mundo en Bagdad–, así como una fuerza privada de 5.000 mercenarios para protegerlos. Y una flota de aparatos aéreos no tripulados.

Según informó el *New York Times* y el presidente Obama reconoció en enero de 2012, los drones estadounidenses de vigilancia seguían surcando el espacio aéreo nominalmente iraquí mucho después del momento previsto para que los últimos norteamericanos salieran del país.⁹ El pretexto: proteger a todo el personal del Departamento de Estado que se había quedado para inmiscuirse en los asuntos de Irak. Y la trampa: no eran los militares quienes operaban aquellos drones, sino el propio Departamento de Estado, ese brazo del gobierno que en otros tiempos estaba relacionado con la diplomacia, no con drones.

Cuando se puso al descubierto esta manipulación, el Departamento de Estado juró y perjuró que su flota de aparatos no tripulados sólo tenía funciones de vigilancia, que ninguno estaba armado y que ni siquiera habrían podido armarse. Los iraquíes, sin embargo, no acabaron de creérselo.

«De vez en cuando oímos decir que un dron ha exterminado a media aldea de Pakistán o de Afganistán, con el pretexto de que perseguía a terroristas», contó al *Times* el empresario iraquí Hisham Mohammed Salah. «Nuestro temor es que ocurra en Irak con otro pretexto.»

Mientras la fuerza aérea perseguía y mataba en Afganistán y en Irak, donde Estados Unidos hacía oficialmente la guerra con tropas terrestres, otras agencias –no necesariamente militares– llevaban los drones asesinos a otros lugares como Pakistán, Yemen, Filipinas y Somalia, donde Estados Unidos no estaba oficialmente en guerra. En cosa de diez años, la fuerza aérea, la CIA, el Mando Conjunto de Operaciones Especiales (JSOC) y grupos mercenarios como Blackwater (que hoy, en plan universitario, se autodenomina

Academi), construyeron una red internacional de bases para pilotar, probar, mantener, armar y lanzar drones. Muchos apartados de este plan siguen siendo secretos, sobre todo los dirigidos por la CIA y el JSOC, así que es difícil evaluar su alcance global.

Desde octubre de 2011 el gobierno estadounidense tenía en funcionamiento no menos de sesenta bases de drones en todo el mundo, incluido Estados Unidos, según el periodista Nick Turse: desde recónditas regiones de Afganistán y Pakistán hasta Etiopía, Yibuti, Uzbekistán, Qatar, Turquía y los Emiratos Árabes Unidos.¹⁰ Un artículo del *Washington Post* donde se denunciaba el aparato global de Obama que orquestaba las matanzas con drones, decía que la red incluía «docenas de instalaciones secretas, entre ellas dos centros operativos en la Costa Este, cabinas virtuales de la fuerza aérea situadas en el suroeste y bases clandestinas en al menos seis países de dos continentes».¹¹

El despliegue de drones más amplio –y mortal– ajeno a una zona de guerra está a cargo de la CIA. La CIA no reconoce públicamente la existencia de este despliegue. Cuando la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU) quiso recabar información sobre las matanzas con drones de la CIA, la agencia adujo –y los tribunales estuvieron de acuerdo– que incluso la «cuestión de la existencia o inexistencia» de un despliegue así era material clasificado. No obstante, el escuadrón drónico de la muerte se ha convertido quizá en el secreto peor guardado del mundo, después del arsenal de armas nucleares de Israel.

Por ejemplo, en octubre de 2010, mientras pronunciaba un discurso oficial ante un público lleno de soldados estadounidenses destacados en Italia, Leon Panetta, secretario de Defensa y antiguo director de la CIA, se permitió gastar una broma sobre el despliegue en cuestión.

«Evidentemente, en este cargo dispongo de muchísimas más armas que cuando estaba en la CIA», dijo a los soldados, según Associated Press.¹² «Aunque los Predator tampoco eran moco de pavo.»

Aquel mismo día, Panetta señaló que en Libia habían intervenido

tropas estadounidenses para influir en el cambio de régimen, sirviéndose del dron de vigilancia Global Hawk y del Predator, un aparato cazador/ejecutor con el que, según dijo, «estuve muy familiarizado en mi anterior empleo».

Panetta no fue recriminado por revelar información secreta ni por bromear sobre lo que muchos expertos en temas jurídicos califican de crímenes de guerra. En la retorcida cultura imperial de Washington, D.C., cuando un militar de baja graduación como Bradley Manning filtra información clasificada con la intención manifiesta de revelar al mundo la existencia de crímenes de guerra, se arriesga a ser condenado a cadena perpetua. Cuando Panetta se permite indiscreciones jocosas, o el propio presidente Obama bromea sobre matar a los Jonas Brothers con drones Predator, el sistema no formula acusaciones, sino que se troncha de risa.

Antes del 11 de septiembre, la CIA, herida por los escandalosos atentados que había cometido en el pasado, sólo utilizaba drones para la vigilancia. La semana anterior al ataque del 11-S, el director de la CIA George Tenet dijo, según sus consejeros antiterroristas, que sería «un error terrible» que la CIA «disparase un arma como ésta».¹³ Después del ataque, todo cambió. La agencia pidió, y recibió del presidente Bush, un comunicado secreto autorizándola a apuntar a Al Qaeda con sus armas prácticamente en cualquier lugar del planeta. Con luz verde para matar, la CIA puso en marcha sus drones.

Iniciado con Bush y ampliado con Obama, el programa de la CIA se considera secreto y la agencia se niega a revelar dónde se aplica, quién lo dirige, cómo se seleccionan y sancionan los objetivos y cómo se ha matado a muchas personas. La agencia repite que revelar cualquier dato ayudaría al enemigo. Cuando Philip Alston, ex informador especial de la ONU, quiso obtener respuestas a determinadas preguntas básicas –de las administraciones Bush y Obama–, «no me hicieron el menor caso», dijo.¹⁴

El principal centro de atención de la CIA ha sido Pakistán, donde sus misiles atacan a objetivos sospechosos de ser agentes de Al Qaeda, así como a combatientes de base a quienes se cree

implicados en ataques fronterizos contra tropas o instalaciones estadounidenses en Afganistán.

Según la Oficina de Periodismo de Investigación, entre 2004 y 2011 la CIA llevó a cabo más de trescientos ataques de drones en Pakistán, con un punto máximo de 118 ataques en 2010, en los que murieron entre 2.372 y 2.997 personas. A finales de 2011 la CIA suspendió los ataques con misiles para distender las relaciones diplomáticas con el gobierno pakistaní, crispadas a raíz de la muerte de veinticuatro soldados pakistaníes, bombardeados por error por helicópteros estadounidenses en noviembre de aquel año. En enero de 2012 se reanudaron los ataques, en contra de la voluntad del gobierno y la población pakistaníes, lo que motivó que los funcionarios de información del país asiático declarasen que los ataques de los drones estaban a punto de romper definitivamente las ya tensas relaciones entre los dos países.

El socio militar de la CIA, el JSOC, es incluso más secreto y está menos sujeto a responsabilidades que la agencia de espionaje.

Fundado en 1980, el JSOC está especializado en operaciones secretas a pequeña escala. Desde el 11 de septiembre su misión prioritaria ha sido identificar y destruir a terroristas localizados y células terroristas en todo el mundo. Se le atribuye la supervisión de la operación que acabó con Osama bin Laden. Además de enviar tropas en secreto, tiene un equipo exterminador de drones que trabaja con mercenarios. Ha llevado a cabo ataques mortales en Yemen y Somalia, pero al igual que la CIA se niega a revelar cualquier aspecto de sus operaciones antiterroristas.

El JSOC informa directamente al presidente y, en palabras de Marc Ambinder, reportero del *National Journal*, «opera en todo el mundo amparándose legalmente (o extralegalmente) en directivas presidenciales secretas».¹⁵ John Nagl, ex consejero de contrainsurgencia del general Petraeus, dijo que la dinámica de capturar y eliminar propia del JSOC era como la de «una máquina asesina del antiterrorismo a escala casi industrial».¹⁶

Los objetivos del JSOC proceden de una lista secreta denominada JPEL (Lista Unificada de Elementos Prioritarios). Según Matthew

Hoh, un ex marine y oficial del Servicio Exterior que dimitió en 2009 porque pensaba que la táctica de Estados Unidos no hacía más que estimular la insurgencia, en la lista figuran fabricantes de explosivos, jefes, financieros, personal que coordina transportes de armas e incluso gente de relaciones públicas.¹⁷

Otro socio clave en las guerras de los drones es el contratista privado. «Con una división secreta en la sede central de Carolina del Norte, la compañía llamada anteriormente Blackwater desempeña un papel en los más importantes planes antiterroristas de Washington: el uso de drones pilotados a distancia para matar a cabecillas de Al Qaeda», informaba el *New York Times* en agosto de 2009.¹⁸ «Las operaciones de la división se llevan a cabo en bases clandestinas de Pakistán y Afganistán, donde los contratistas de la empresa montan y cargan en Predator pilotados a distancia misiles Hellfire y bombas teledirigidas por láser de 250 gramos, un trabajo que antes realizaban empleados de la [CIA].»

Unos meses después de publicarse el artículo del *Times*, Jeremy Scahill, de *The Nation*, revelaba que las relaciones entre Blackwater y el plan secreto del gobierno estadounidense para cometer atentados con drones son mucho más estrechas. Según su informe, la compañía estaba estrechamente vinculada con el programa de drones que dirigía no sólo la CIA, sino también el ultrasecreto JSOC.

«Es Blackwater el que dirige el programa tanto para la CIA como para el JSOC», decía Scahill citando una fuente del espionaje militar estadounidense. De acuerdo con dicha fuente, aunque muchos ataques de drones en territorio pakistaní se atribuían a la CIA, el responsable de la mayor parte de las bajas civiles era el programa paralelo de Blackwater-JSOC.

Cuando mueren civiles, alegaba la fuente de Scahill, «la gente dice: “Ah, es la CIA que vuelve a hacer trabajos sucios por su cuenta”. Sin embargo, la mitad de las veces es el JSOC [el que elimina] a alguien identificado a través de HUMINT [información humana] o ellos mismos han seleccionado la información o la han compartido, y señalan a la persona en cuestión y así es como funciona esto».

Aunque la CIA no es precisamente conocida por respetar la vida de los extranjeros, el programa de drones Blackwater-JSOC es en teoría incluso más arrogante a la hora de matar civiles, dado que está menos sometido al control del Congreso.

«Los asesinatos selectivos no son actualmente el tema favorito de los ciudadanos y la CIA lo sabe», añadió la fuente, según Scahill. «Los contratistas y sobre todo el personal del JSOC que trabaja con instrucciones secretas no están [controlados por el Congreso], así que no se preocupan. Si buscan a una persona y en el edificio hay otras treinta y cuatro, morirán las treinta y cinco. Así es como piensan.»

En Yemen, tanto la CIA como el JSOC desarrollaron una campaña secreta de bombardeos encaminada a borrar de la península arábiga a los sospechosos de pertenecer a Al Qaeda. Las dos organizaciones tenían sus propios equipos de aparatos voladores asesinos, con objetivos separados pero que coincidían parcialmente. A diferencia de las condiciones vigentes en Pakistán, donde la CIA contaba con autorización presidencial para lanzar ataques a discreción, cada ataque efectuado en Yemen necesitaba la aprobación de la Casa Blanca y los objetivos previstos se tomaban de una lista aprobada de guerrilleros que los agentes del espionaje estadounidense creían que planeaban atentados contra Occidente.¹⁹

La CIA organizó el primer ataque de drones en Yemen en noviembre de 2002 y acabó con el dirigente de Al Qaeda Abu Ali Al-Harithi, sospechoso de ser responsable del ataque suicida de 2000 contra el destructor estadounidense *Cole* y de otros cinco atentados. Durante el mandato de Obama ha habido unos quince ataques en Yemen desde enero de 2012, aunque no está claro cuántos se llevaron a cabo con drones ni cuántos con aviación convencional y misiles crucero.

Un ataque de drones efectuado en mayo de 2010 mató por error en la península arábiga a un mediador clave entre el gobierno yemení y Al Qaeda, Jaber al-Shabwani, vicegobernador de Maarib. Murió mientras conferenciaba con un cabecilla de Al Qaeda para llegar a un acuerdo con el gobierno. También sucumbieron en el

ataque tres guardaespaldas suyos y dos espías de Al Qaeda en la península arábiga.²⁰

El gobierno yemení pidió disculpas por la muerte de Shabwani, pero la matanza movilizó a los miembros de su tribu, que atacaron instalaciones del gobierno, entre ellas un campamento militar, un oleoducto y cables de alta tensión.²¹ El 30 de enero de 2012 un ataque de drones mató en el sur de Yemen por lo menos a veinte supuestos guerrilleros de Al Qaeda, entre ellos cuatro cabecillas locales.

El ataque más destacado que se produjo en Yemen fue en septiembre de 2011, cuando la CIA lanzó un Predator para matar a dos ciudadanos estadounidenses, Anwar al-Awlaki y Samir Khan, presuntos propagandistas de una organización terrorista yemení inspirada en Al Qaeda.²² Estas muertes constituyeron el primer caso conocido en que el gobierno estadounidense mataba a sus propios ciudadanos sin acusarlos de nada y sin dejar que los juzgaran sus compatriotas. Menos de un mes después moría también en un ataque con drones un hijo de Awlaki de dieciséis años.²³

Lo paradójico es que las leyes estadounidenses prohíben que la CIA espíe a ciudadanos de Estados Unidos, actividad que es competencia del FBI. La agencia, por lo visto, puede matar estadounidenses en el extranjero por orden del presidente sin que a nadie se le ocurra acusar a ningún alto cargo.

Según un comunicado telegráfico del Departamento de Estado hecho público por el sitio web WikiLeaks, que se dedica a denunciar injusticias y corrupciones gubernamentales, los bombardeos de Yemen se perpetraron con autorización del incombustible dictador yemení, Ali Abdullah Saleh, que en enero de 2010 tranquilizó a los funcionarios estadounidenses en el sentido de que «seguiremos afirmando que las bombas son nuestras, no de ustedes».²⁴ Se cree que esta promesa es una de las razones por las que la población yemení, a pesar del fantasma de las represiones frecuentemente violentas y sanguinarias, se levantó en 2011 contra el régimen despótico de Saleh y obligó a éste a abandonar el país en enero de 2012.

La guerra de los drones en Yemen ha comprometido a otra explosiva región del mundo, Arabia Saudí. En verano de 2011 se informó de que los drones que surcaban los cielos yemeníes procedían de bases situadas en la península arábiga,²⁵ lo cual, según un alto oficial estadounidense, significaba Arabia Saudí.²⁶ Recuérdese que el mismísimo ex subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz había dicho que la presencia de fuerzas estadounidenses en Arabia Saudí había resultado un «potente motor de reclutamiento para Al Qaeda» y de hecho uno de los principales motivos de queja de Osama bin Laden.²⁷

Estados Unidos ha hecho despegar en Kuwait y Omán aparatos no tripulados que han surcado los cielos de todos los lugares del Golfo Pérsico y controla unas instalaciones de apoyo para sus guerras de drones desde una base aérea de Qatar.²⁸ Según Global Security, el Global Hawk se pilota desde los Emiratos Árabes Unidos desde los primeros días de la invasión de Irak, y se sirve de la base aérea de Al Dhafra, en las afueras de Abu Dabi.²⁹ El traslado se produjo a pesar de que los sectores islámicos de los Emiratos Árabes Unidos condenan los estrechos lazos del gobierno con Estados Unidos.

Según informó el *Washington Post* en septiembre de 2011, la administración Obama había lanzado drones sobre Somalia, país desgarrado por la guerra y el hambre, desde una base de Yibuti, diminuto país situado en el noreste de África, para combatir al insurrecto grupo islámico Al Shabab.³⁰ Los militares norteamericanos estaban presentes en Yibuti desde 2001, como base de apoyo de las operaciones de Estados Unidos en el llamado Cuerno de África.

En octubre de 2011, Jay Carney, secretario de prensa de la Casa Blanca, confirmó asimismo que Estados Unidos lanzaba drones desde una «instalación de Etiopía, como parte de nuestra asociación con el gobierno de Etiopía para fomentar la estabilidad en el Cuerno de África».³¹ Según Carney, los drones no estaban armados, sino que eran «naves de reconocimiento sin armas» destinadas a ser empleadas como parte de una «campaña amplia, sostenida e integrada para replicar al terrorismo».

Pero no había que preocuparse: aunque desde Etiopía todavía no

se estaban lanzando drones armados, el *Washington Post* y el *Wall Street Journal* informaron en otoño de 2011 de que Estados Unidos estaba lanzando aparatos no tripulados desde una base del archipiélago de la República de las Seychelles, país situado frente a la costa de África Oriental, y estaba pensando en armarlos.³²

Los funcionarios de Estados Unidos y de las Seychelles dijeron al principio que la misión primordial de los drones era rastrear piratas que operasen en aguas regionales. Pero los telegramas secretos de los diplomáticos norteamericanos revelaban que el plan era dirigir misiones antiterroristas contra Somalia, a unos mil trescientos kilómetros al noroeste.³³

Los telegramas, conseguidos por WikiLeaks, revelaban que los funcionarios estadounidenses habían pedido a los mandatarios del archipiélago que mantuvieran en secreto las misiones antiterroristas, una petición que el presidente satisfizo con muchísimo gusto. Apelando a la seguridad, un portavoz de los militares norteamericanos se negó a decir al *Washington Post* si los Reaper de las Seychelles habían estado armados alguna vez, aunque señaló que «podían configurarse tanto para la vigilancia como para el ataque».³⁴

Según informó la BBC en junio de 2011, Estados Unidos había ampliado su búsqueda hacia el interior de África, enviando cuatro drones a Uganda y a Burundi.³⁵

Esta constelación de bases de drones en África y la península arábiga tenía por objeto trazar círculos secantes de vigilancia en una región en que la CIA pensaba que podían seguir apareciendo ramas de Al Qaeda.

También en Libia se utilizaron drones, con 145 ataques lanzados los seis primeros meses de 2011 para derrocar el régimen de Gadafi, operación militar que la administración Obama negó que fuera una auténtica guerra.³⁶

Como la mayor parte de las tropas norteamericanas abandonaron Irak a fines de 2011, el gobierno estadounidense firmó un acuerdo con Turquía para lanzar drones Predator desde la base aérea turco-estadounidense de Incirlik, como parte de una operación

antiterrorista conjunta en el norte de Irak.³⁷ Desde 1984 el gobierno turco libraba una guerra particular contra la campaña separatista del proscrito Partido de los Trabajadores del Kurdistan (PKK), parte de cuyos militantes se refugiaban en el norte de Irak. El acuerdo sobre los drones con Turquía ponía a Estados Unidos directamente en el centro no sólo del conflicto turco-kurdo, sino también del conflicto turco-iraquí.

Pero la abrumadora superioridad de Estados Unidos en el uso de los drones tocaba a su fin. En 2011 los funcionarios estadounidenses expresaban ya públicamente su temor a que la tecnología en la que habían invertido decenios y miles de millones de dólares estuviera cayendo en manos de otros países, aliados o enemigos.

«Desde la Operación Tormenta del Desierto hasta el presente, Estados Unidos y sus aliados han tenido un acceso más o menos exclusivo a las sofisticadas tecnologías de los ataques de precisión», señalaba el subsecretario de Defensa William J. Lynn III en una conferencia sobre el futuro de la guerra, celebrada en Washington en junio de 2011.³⁸ En un par de décadas, añadió, «esa tecnología estará de manera creciente en poder de otras naciones [...] lo que representará un problema para nuestra capacidad de proyectar poder a zonas alejadas del globo».

Philip Alston, ex informador especial de Naciones Unidas sobre ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias, señaló que hacía tiempo que había comenzado la carrera armamentista acicateada por el amplio uso de vehículos aéreos no tripulados por parte del gobierno estadounidense para atentar contra sus presuntos enemigos. Más de cincuenta países poseían ya la tecnología y muchos –incluidos Israel, Rusia, Turquía, China, India, Irán, Reino Unido y Francia– o tenían drones armados o iban detrás de ellos.

Algunos de estos países no sólo poseían la tecnología, sino que ya la estaban utilizando.

Durante la invasión de la Franja de Gaza en 2008-2009, denominada «Operación Plomo Fundido», las fuerzas armadas israelíes desplegaron aparatos no tripulados en repetidas ocasiones

para acabar con presuntos miembros de Hamas, el gobierno palestino electo.

Según un telegrama del Departamento de Estado de Estados Unidos que se filtró a la prensa y fue reproducido por el periódico de Israel *Haaretz*, un dron israelí «disparado contra dos combatientes de Hamas delante de una mezquita, causó dieciséis bajas accidentales dentro del templo, al entrar la metralla por una puerta abierta en período de oración».³⁹ Por precisa que sea la tecnología, los falibles seres humanos son todavía quienes eligen los blancos y aprietan el gatillo.

Aparentemente, Israel terminó la ocupación militar de la Franja de Gaza en 2005. Pero gracias a la moderna tecnología de los drones, no necesita que sus botas pisen el terreno para dominar –y extinguir– la vida palestina.

«Para nosotros, los drones significan muerte», dijo Hamdi Shaqqura, del Centro Palestino para los Derechos Humanos en una entrevista con el *Washington Post*.⁴⁰ Según su grupo, los drones israelíes mataron al menos a 825 personas, la mayoría civiles, entre 2006 y 2011. Y eso afectó a casi todos los aspectos de la vida de los palestinos. Según un estudio, la mayoría de los niños que viven en Gaza padecen trastorno por estrés postraumático a consecuencia del continuo zumbido y bombardeo de las máquinas de muerte israelíes. Los palestinos tienen que contar con la presencia de drones incluso cuando hacen algo tan benigno y trivial como reparar un coche estropeado: nadie quiere que se apelotone la gente alrededor durante mucho tiempo cuando hay en el cielo aviones armados con misiles. «Cuando oímos drones», explicaba Shaqqura, «oímos la muerte.»

«Nos observan continuamente, sobre todo de noche», decía Nabil al-Amassi, un mecánico de Gaza y padre de ocho hijos. «Nadie puede dormir ni ver la televisión. Asusta a los niños. Cuando los oyen, dicen: “Éste nos alcanza”.»

Además de Israel y Estados Unidos, Gran Bretaña es el otro país que desde 2011 emplea drones armados en la guerra. El Reino Unido inventó el Phoenix en los años ochenta, un dron que utilizó

brevemente en la guerra de Kosovo y luego en Irak en 2003. Se perdían o estrellaban tantos que los soldados británicos lo llamaban «Al carajo», porque los aviones raramente volvían de las misiones.⁴¹ Para la ocupación de Afganistán, el Reino Unido compró Reaper fabricados en Estados Unidos y alquiló drones Hermes de Israel. Fue una medida provisional mientras se fabricaba el Watchkeeper, un dron financiado por empresas privadas británicas e israelíes que en teoría debía estar operativo en 2012.⁴²

Al igual que sus homólogos estadounidense e israelí, el gobierno británico considera la aviación no tripulada el arma del futuro. Según el *Guardian*, determinados funcionarios británicos dijeron que «casi la tercera parte de la [Real Fuerza Aérea] podría estar compuesta por aparatos dirigidos por control remoto en menos de veinte años».⁴³

En julio de 2011 los operadores de drones británicos cometieron un error que subrayaba la incesante falibilidad de las armas modernas: mataron a cuatro civiles en Afganistán con misiles disparados por drones Reaper pilotados desde una base aérea estadounidense de Nevada. (La Real Fuerza Aérea pilota Reapers desde la base Creech de Nevada desde fines de 2007.) Para que nadie creyera que el episodio tenía que ver con un fallo técnico, dada la creciente fe que se tenía en el todopoderoso dron, los mandos británicos se apresuraron a explicar que las muertes eran resultado de una información defectuosa y no de un problema de los aparatos.⁴⁴

El falible elemento humano no perjudica sólo a quienes están en los puntos de impacto de los liberadores misiles Hellfire de Occidente. Cuando los iraquíes tuvieron oportunidad de ver las señales de vídeo sin codificar que los aparatos no tripulados remitían a las tropas estadounidenses, pudieron escapar y eludir los atentados.⁴⁵ Los iraquíes también estuvieron, en 2002, en condiciones de utilizar un MIG-25 de la época soviética para abatir un dron estadounidense. En 2006 se dijo que la fuerza aérea siria había abatido un dron espía de Israel que volaba por el lado libanés de la frontera con Siria.⁴⁶ Y en el curso de un incidente apenas

aireado que ocurrió en febrero de 2011, cuando la policía yemení transportaba un dron Predator que se había estrellado en el sur de Yemen, los pistoleros de Al Qaeda atacaron y huyeron con el aparato.

Pero los que pasan por ser enemigos del gobierno estadounidense no se limitan a robar y abatir drones: también usan los que tienen.

Durante la guerra del Líbano de 2006, las fuerzas armadas israelíes afirmaron haber abatido varios drones de vigilancia que Hezbollah había recibido de Irán. Y los soldados estadounidenses abatieron en Irak otro dron iraní en marzo de 2009.⁴⁷

Así como la tecnología drónica estadounidense está cayendo en manos de regímenes poco amistosos, otra tecnología –como el todoterreno Hummer y otros artilugios militares anteriores– está volviendo a su lugar de origen. En un acto de presentación sobre el futuro de «la aviación pilotada a distancia», que se celebró en el cuartel general de la fuerza aérea estadounidense el 27 de septiembre de 2011, Mark T. Maybury, científico jefe de la casa, recomendó para la «seguridad interior» el futuro uso de drones equipados con mapas del país, a fin de poner de relieve la necesidad de «integrar [drones] en el espacio aéreo nacional».⁴⁸

El futuro ya está aquí.

En 2005 el Congreso autorizó a Protección de Aduanas y Fronteras (CBP) a comprar Predator desarmados. A finales de 2011, CBP tenía ocho drones Predator sobrevolando la zona suroeste de la frontera con México y el norte de la frontera con Canadá para localizar a contrabandistas e inmigrantes ilegales. CBP espera tener dos docenas de drones en 2016 «y la capacidad para enviar un dron a cualquier punto del territorio continental de Estados Unidos en menos de tres horas», según informó el *Washington Post*.⁴⁹ Y más allá, por lo que parece, pues la Administración para el Control de Drogas (DEA) ha desplegado ya varios drones en México para espiar a los poderosos cárteles de la droga de ese país.⁵⁰

En junio de 2011 el *Post* informó de que la flota de drones de CBP había «alcanzado un hito [...] 10.000 horas de vuelo». Pero no parece que hubieran servido de mucho. El periódico señalaba sin

mucho entusiasmo que los 4.835 inmigrantes indocumentados y los 238 contrabandistas de droga que el Departamento de Seguridad Nacional afirmaba que se habían capturado gracias a los aparatos no tripulados no constituían cifras «muy impresionantes». Lo impresionante era el coste: 7.054 dólares por cada inmigrante indocumentado o contrabandista que se capturó.

«El Congreso y los contribuyentes deberían exigir alguna clase de análisis que comparase los costes con los beneficios de los drones», dijo Tom Barry, del Centro para la Política Internacional, un gabinete de investigación con sede en Washington. «Yo creo que llegarían a la conclusión de que esos aparatos no valen el dinero que cuestan.»

Pero los políticos de Washington no parecen preocupados. Michael Kostelnik, de CBP, dijo al *Post* que nunca había sido presionado por ningún congresista para que diera alguna explicación por el uso de los drones del cuerpo. «En vez de eso preguntan: ¿por qué no tenemos más aparatos de éstos en mi distrito?»

La verdad es que muchos congresistas son panegiristas de la industria de los drones y han fundado su propio Congressional Drone Caucus (formalmente conocido con el nombre de Grupo de los Sistemas No Tripulados) para presionar con el fin de que haya más y mejores drones, de que se levanten las restricciones a la exportación y se suavice la ley de la Administración Nacional de Aviación (FAA) que limita el uso de los drones en el interior del país.⁵¹

La FAA es responsable de la seguridad del espacio aéreo nacional y en consecuencia cualquier entidad que desee operar un aparato no tripulado en territorio nacional debe obtener su autorización. La institución ha obrado con mucha cautela por temor de que muchos aparatos pilotados a distancia no dispusieran de la adecuada tecnología «de detección y evitación» para no chocar con otros aparatos en el aire. En 2012 sólo había un reducido número de agencias de seguridad del Estado que contaban con su autorización para usar drones y aun así con muchas condiciones.

Pero el Congreso, la industria y las agencias de seguridad del Estado presionaron cada vez más a la FAA para que abriera los cielos a los aparatos no tripulados. El 14 de febrero de 2012, día de San

Valentín, el presidente Obama dio a los fabricantes de drones un regalo de amor. Firmó un proyecto de ley que modificaba disposiciones anteriores y concedía 63.400 millones de dólares a la Administración Nacional de Aviación para que en menos de nueve meses preparase un plan globalizador que integrara plenamente los drones en el espacio aéreo estadounidense antes del 15 de septiembre de 2015. El proyecto de ley exigía asimismo un acceso acelerado para los usuarios públicos, como fuerzas de seguridad, bomberos y servicios de emergencia. Antes de tres meses debía permitírseles lanzar drones de menos de 2 kilos, siempre que se mantuvieran por debajo de los 120 metros de altitud y cumplieran otros requisitos.

El grupo drónico de presión que contribuyó a redactar el anteproyecto, la Asociación Internacional para la Promoción de Vehículos No Tripulados (AUVSI), saltó de alegría: las aerolíneas comerciales y los pilotos no. Éstos temían que la prisa por integrar los drones no sólo pudiera eliminar puestos de trabajo, sino también generar accidentes. «Hasta que la aviación no tripulada pueda demostrar que no va a chocar con otros aviones ni a estrellarse en tierra, no debería tener permiso para volar con otra clase de tráfico», adujo Lee Moak, presidente de la Asociación de Pilotos de Líneas Aéreas.⁵²

Incluso antes de entrar en vigor la nueva disposición, CBP hizo con sus drones algunos usos poco convencionales –otros dirían ilegales– para ayudar a las fuerzas de seguridad nacionales, estatales y locales. Según informaba *Los Angeles Times* en diciembre de 2011, Kostelnik, de CBP, había admitido que lejos de limitarse a vigilar la frontera, los Predator volaban «por muchas zonas de todo el país, para colaborar no sólo con personal del FBI, sino también con fuerzas de seguridad estatales y locales, y con servicios de emergencia en momentos de crisis».⁵³

Imagino que se consideró que había crisis cuando se enviaron drones a Nelson County, Dakota del Norte, para ayudar al sheriff Kelly Janke a buscar seis vacas perdidas en el rancho de la familia Brossart la tarde del 23 de junio de 2011. Los heroicos drones

ayudaron a encontrar y detener a los cuatrerros, y a recuperar las seis vacas.

Las fuerzas policiales, llenas de veteranos de Irak y Afganistán, están que muerden por conseguir el último equipo militar del siglo XXI. Y mientras esperan con ansiedad el visto bueno de la FAA, algunos departamentos han solicitado –y obtenido autorización para hacer pruebas con varios modelos de drones.

El Departamento de Policía de Miami-Dade, Florida, compró un dron de 10 kilos.⁵⁴ «Nos da una buena oportunidad para tener un ojo ahí arriba», explicó a los reporteros el director de la policía del condado de Miami-Dade, James Loftus. «No un ojo que vigila, no un ojo que espía. No confundamos las cosas. Un ojo que vigila para ayudarnos a hacer lo que tenemos que hacer, hablando con sinceridad, para que la gente esté segura.»

El Departamento de Policía de Miami obtuvo además en noviembre de 2011 la autorización de la FAA para poner en el aire dos drones de vigilancia, aunque no podían rebasar los cien metros de altitud; costaron 50.000 dólares cada uno y según se dijo parecían cubos de basura voladores.⁵⁵ «Ningún otro cuerpo de seguridad del país tiene estos aparatos», alardeó el sargento Andrew Cohen. «Estamos abriendo caminos nuevos.»⁵⁶

La comisaría del sheriff de Mesa County, Colorado, estuvo probando un minihelicóptero operado a distancia que podía llevar cámara de vídeo inalámbrica, cámaras de fotos fijas y equipo ligero para reproducir imágenes térmicas. La comisaría del sheriff estaba utilizando los experimentos de prueba para recoger información y obtener a la larga la autorización de la FAA para que las fuerzas de seguridad pudieran utilizar el helicóptero en miniatura en operaciones de búsqueda y rescate, para informar en tiempo real a equipos tácticos en situaciones de crisis o simplemente para fotografiar desde el aire el escenario de cualquier delito.

En octubre de 2011, un departamento de policía próximo a Houston, Texas, gastó 300.000 dólares concedidos por el Programa de Subvenciones de la Seguridad Nacional en un helicóptero no tripulado de veinte kilos y dotado con una potente cámara con

teleobjetivo y equipo de infrarrojos. Aunque desarmado –por el momento–, Michael Buscher, alto ejecutivo de la empresa fabricante Vanguard Defense Industries, explicó a los reporteros que el dron se había diseñado para portar armas y que en el futuro podría ir equipado con «lo que nosotros llamamos sistemas no mortales». Se refería a aparatos que inmovilizan a sospechosos lanzándoles una descarga eléctrica sobre el terreno y a tubos que disparan balas de goma, llamados tubos de aturdimiento.⁵⁷

«Habrá un tubo de aturdimiento donde realmente se puede atacar a alguien desde el aparato», explicó Buscher. «Un tubo de aturdimiento sirve básicamente para incapacitar al sospechoso.» Pero no hay nada que temer, aseguró a los periodistas el sheriff Tommy Gage. «No lo utilizaremos para invadir la intimidad de nadie. Se utilizará sólo en situaciones concretas con delincuentes», dijo. Situaciones como perseguir a sospechosos que huyen. O ayudar a equipos de operaciones especiales inspeccionando el terreno durante un punto muerto. O vigilar posibles transportes de droga.

«Hagamos lo que hagamos en el cumplimiento de nuestro deber, siempre habrá alguien que lo ponga en duda, pero en cualquier caso haremos lo que debemos hacer, eso se lo garantizo a ustedes», dijo Gage en una conferencia de prensa.

¿Se sintió más segura la gente? La ACLU no. Los organismos de control de los derechos civiles temen en concreto que los drones nos estén acercando más a una «sociedad vigilada» en la que las autoridades observan, siguen, registran y analizan todos nuestros movimientos. En un informe sobre la vigilancia aérea publicado en diciembre de 2011, la ACLU argüía que «es como si todas las piezas estuvieran preparadas para introducir a medio plazo programas de vigilancia aérea en la vida estadounidense, una medida que cambiaría profundamente el carácter de la vida pública del país». Lo cual es particularmente preocupante porque «nuestras leyes sobre la intimidad no tienen fuerza suficiente para garantizar que la nueva tecnología se usará responsablemente y será consecuente con los valores democráticos».⁵⁸ El informe concluía diciendo que dadas las últimas tendencias –desarrollo tecnológico, interés por la seguridad

corporativa, presión política y de la industria, falta de salvaguardas legales«está claro que los drones plantean una tremenda amenaza para la intimidad de los norteamericanos».⁵⁹

«El potencial para cometer abusos es grande», advirtió Glenn Greenwald, escritor y experto en derecho constitucional. «El aumento de vigilancia que nos auguran es considerable y el efecto que tendrán en la cultura de la intimidad personal –cámaras de vídeo de alta tecnología suspendidas en el aire acechándonos, invadiendo hogares y otros espacios privados– resulta sencillamente escalofriante.»⁶⁰

No menos escalofriante es la posibilidad de que la tecnología de los drones repercuta sobre Estados Unidos por algo más que el ansia de los cuerpos locales de seguridad por disponer de los últimos artilugios financiados por el Departamento de Seguridad Nacional. Esa tecnología podría repercutir sobre nosotros muy pronto, guste o no guste a los artífices de orientaciones políticas.

Como señaló Ralph Nader en una columna publicada en otoño de 2011, la tecnología de los drones se está «volviendo tan dominante y desborda hasta tal punto cualquier marco restrictivo legal o ético que su uso en todo el mundo por parte del gobierno estadounidense podría producir una reacción de terribles consecuencias».⁶¹ Dos días después de publicarse el artículo, un individuo de Massachusetts, Rezwan Ferdaus, de veintiséis años, fue detenido y acusado de preparar un ataque contra el Pentágono y el Capitolio de Washington con pequeños aparatos aéreos cargados con explosivos.⁶² El plan que confesó a los agentes consistía en utilizar tres aviones controlados a distancia, parecidos a los drones militares, dirigidos mediante un GPS.

Ferdaus, licenciado en física por la Universidad Northeastern, ya se había servido de su inteligencia para transformar ocho teléfonos móviles en sendos detonadores, que entregó a agentes infiltrados a quienes tomó por miembros de Al Qaeda. Parece que los agentes del FBI lo incitaron a ir más lejos y le proporcionaron fusiles de asalto, granadas, 12 kilos de explosivo plástico C-4 e incluso un aparato F-86 pilotado a distancia.

Según la acusación presentada, los aviones eran lo bastante grandes para llevar «diversas cargas (entre ellas una carga mortal de explosivos), podían despegar y aterrizar en una amplia variedad de entornos y seguir trayectorias no coincidentes con las aerolíneas comerciales para reducir la posibilidad de que los detectaran». La cúpula del Capitolio habría «saltado en pedazos», dijo el propio Ferdaus, según el acta de acusación.

Si hubiera conseguido construir y lanzar un dron-bomba suicida, podría decirse que Ferdaus se había limitado a derrotar al gobierno estadounidense en su propio juego. Menos de un mes antes de que se hiciera pública la supuesta conspiración, el ejército de tierra estadounidense anunció que iba a conceder a AeroVironment una contrata de 4,9 millones de dólares para que construyera un dron del tamaño de una mochila capaz de lanzarse en picado y estrellarse contra un objetivo al estilo kamikaze.⁶³

John Villasenor, catedrático de ingeniería eléctrica de la Universidad de California en Los Ángeles, explicó al *New York Times* que un dron así en manos de terroristas podía plantear un problema muy difícil de atajar. «Si van en vuelo rasante sobre los tejados y las copas de los árboles», alegó, «será casi imposible abatirlos.»

No hace falta recordar que los llamados expertos en terrorismo ya nos habían alertado durante años contra los extremistas que colocaban maletas-bomba en las ciudades. A pesar de que la clase política nos predica el miedo permanente, la verdad es que los ciudadanos de Oriente Medio tienen más razones para temer las armas de guerra del gobierno estadounidense que los ciudadanos estadounidenses para temer los artilugios mortales que manejan los terroristas.

Sin embargo, aunque el plan de Ferdaus se frustró y quizá se exageraron otras amenazas anteriores, había que aprender la lección: cuidado, Estados Unidos, que donde las dan las toman.

PILOTOS SIN CABINA

Muerte, destrucción, enfermedad, horror. A eso se reduce la guerra, Anon. Eso es lo que la convierte en algo que hay que evitar. Tú la volviste limpia e indolora. Tan limpia e indolora que ya no tenías ningún motivo para detenerla.

Star Trek

«Cuando vienes aquí estás preparado para entrar en el compartimento de tu vida que es el combate aéreo», dijo a *Los Angeles Times* el coronel retirado Chris Chambliss.¹ «Y cuando vas a casa te mentalizas para esa parte de tu vida que acaba siendo el fútbol.»

Y en el intermedio, matas.

Muchas personas identifican la trivial experiencia de ir y volver del trabajo y el continuo bregar con el esfuerzo por separar el tiempo que pasan en la oficina del tiempo que pasan en su domicilio. Pero para una creciente cantidad de estadounidenses el proceso de relajación que sigue a la jornada de trabajo es algo más que un esfuerzo por olvidarse de los balances económicos y la pequeña tiranía de la política de la empresa: en muchos casos es un esfuerzo por olvidarnos de las vidas que hemos aniquilado y de las vidas de los compañeros a los que no pudimos salvar.

En contraste con la imagen tradicional del combatiente que se mueve en un campo de batalla tangible, el coronel Chambliss, que estuvo destinado en la base aérea Creech, en Nevada, a unos cuarenta minutos de Las Vegas, podía ordenar desde muy lejos a un dron Predator que disparase un misil Hellfire contra un grupo de presuntos talibanes situado a miles de kilómetros de él, en Afganistán, y unas horas después volver a casa a tiempo para ver en

la tele un capítulo de *Friends*. Y como él hay millares de personas, militares y civiles por igual, que participan en el uso extensivo de aparatos no tripulados por parte del gobierno estadounidense, para atentar contra individuos considerados enemigos y que están en la otra punta del planeta.

Creech es un pequeño puesto avanzado en el estéril desierto de Nevada, a treinta kilómetros de una prisión estatal y junto a un casino de una sola planta. Dentro de un edificio destartado, en un pasillo sin distintivos ni indicaciones, hay una serie de habitaciones con torres de servidores y una «estación de control de tierra» para teledirigir drones situados a 12.000 kilómetros. Allí se sientan un piloto y un operador de sensores, los dos con trajes de vuelo, delante de una serie de pantallas.

El piloto empuña la palanca de mando para guiar al dron que sobrevuela Afganistán, Irak u otro campo de batalla. El operador de sensores controla las cámaras que le permiten ver el campo de batalla para procesar información y buscar objetivos. Este equipo no hace despegar ni aterrizar el dron: esto lo hace un equipo parecido que está en el escenario de la acción, más cerca del campo de batalla. Pero una vez en el aire, el que manda es el equipo de Estados Unidos.

Casi todos los drones militares de Estados Unidos se operan desde Creech y desde la base aérea de Nellis, situada a diez kilómetros al noreste de Las Vegas. Pero los drones armados se han operado a distancia y/o monitorizado desde docenas de bases semejantes, repartidas por todo el país: en Arizona, California, Florida, Indiana, Maryland, Missouri, Nuevo México, Nueva York, Ohio, las dos Dakotas y Texas.² Incluso la base aérea que Estados Unidos tiene en la isla de Guam (archipiélago de las Marianas) ha pasado a ser base de lanzamiento de drones destinados a Asia.

En la base de la fuerza aérea de Langley, Virginia, los soldados controlan la información en directo que reciben de drones que sobrevuelan Afganistán: es lo que llaman «Telemuerte».³ El *New York Times* informó de que los soldados revisan diariamente «mil horas de vídeo, fotos espía tomadas a 300 metros de altitud y

centenares de horas de “información de señales”, normalmente llamadas de teléfonos móviles». Durante jornadas que llegan a doce horas diarias, observan diez pantallas de televisión, inspeccionando el constante flujo de imágenes que les llegan del campo de batalla mientras por los auriculares están en comunicación con pilotos de drones en otras bases y cambian mensajes instantáneos con jefes de unidades situados en el escenario de la acción. «Tengo un teléfono pegado a un oído y hablo con un piloto por el micro de los cascos, y al mismo tiempo escribo en un chat y miro pantallas», explicó al *New York Times* un teniente de veinticinco años. «Es duro.»⁴

Mientras tanto, en el cercano cuartel general de la CIA, civiles que operan para la agencia de espionaje trabajan en estrecho contacto con agentes de campo y con contratistas militares privados para localizar en todas partes, desde Somalia hasta Pakistán, a destacados sospechosos de ser terroristas, como el ciudadano estadounidense Anwar al-Awlaki, y a todos los que simplemente encajan en el perfil «estilo de vida» del combatiente.⁵

Con la última generación de tecnología asesina ha aparecido también una nueva generación de pilotos, adiestrada en las formas de jugar y de realizar multitareas, propias del siglo XXI. Philip Alston, ex informador de Naciones Unidas, ha advertido que a propósito de los operadores de drones que se encuentran lejos de los campos de batalla y trabajan exclusivamente a través de pantallas de ordenador e información de audio remota, «existe el peligro de que desarrollen una mentalidad “Playstation” para matar»: pero es que esta tecnología se ha diseñado así en gran medida.⁶

Las propias personas que están profundamente implicadas en los programas de drones de los militares dicen que una de sus metas explícitas fue conectar con la cultura juvenil de los videojuegos.⁷ «Modelamos al controlador según la Playstation porque con eso han estado jugando toda su vida estos marines de dieciocho o diecinueve años», dice P. W. Singer en su libro *Wired for War*⁸ que le contó un experto en robótica que trabajaba para los marines.

Esto podría difuminar la línea que separa el mundo virtual del real.

Como dijo un piloto de dron en Qatar: «Es como un videojuego. Puede que sea un poco sanguinario. Pero es de puta madre.»⁹

No sólo han cambiado los controles de las máquinas de guerra de los militares, sino también la naturaleza del conflicto armado; no para los que viven en la zona de impacto de los misiles Hellfire, evidentemente, sino para los que aprietan el gatillo. Como señalaba Singer: «Para la última generación, “ir a la guerra” ya no significa viajar al quinto pino para combatir en trincheras llenas de barro, sino ir todos los días a la base en su Toyota Camry para sentarse delante de una pantalla de ordenador y mover un ratón.»

Además de distanciar a los soldados de las consecuencias de sus actos, la aparición de la guerra con drones teledirigidos ha cambiado la forma del entrenamiento militar de la nueva generación de pilotos, cambio que ha causado lo que el informador sobre tecnología Noah Schachtman llama «choque de culturas militares entre videojugadores adolescentes y pilotos veteranos por conseguir el control de los drones». Al fin y al cabo, los pilotos de los drones no corren peligro de morir en combate; de aquí la despectiva etiqueta de «combatientes de oficina» que les han puesto los que sí lo corren.

«No hay valor en pilotar un aparato a distancia», confesó al *Washington Post* el coronel Luther Turner, antiguo piloto de combate, convertido en operador de dron.¹⁰

Pero el futuro es de los videojugadores.

En 2004, la fuerza aérea lanzaba sólo cinco patrullas diarias de drones Predator y Reaper; en 2010 lanzaba ya cuarenta.¹¹ En 2011 entrenaba a más pilotos a distancia que a pilotos de cazas y bombarderos. A fines del mismo año contaba ya con unos 1.100 pilotos de drones y 750 operadores de sensores.¹² Y calculaba que hacia 2015 necesitaría al menos 2.110 pilotos y unos 1.500 operadores de sensores para tripular su flota.

«En la fuerza aérea, nuestro principal problema con el personal es cubrir puestos de nuestra plataforma no tripulada», declaró el doctor Mark T. Maybury, científico jefe de la fuerza aérea, en un acto de presentación celebrado el 27 de septiembre de 2011.¹³

Para satisfacer esta necesidad, el Pentágono contrató a un ejército de empleados particulares.¹⁴ Al menos una docena de contratistas de defensa aportaron personal para ayudar a la fuerza aérea, las unidades de operaciones especiales y la CIA. Trabajaban como técnicos y mecánicos, analistas de información y operadores de drones, a veces incluso en la llamada cadena de muerte, en el lanzamiento de misiles. Esto ha puesto a los contratistas privados – gente que es leal ante todo a una empresa y que no está sometida al código de justicia militar– en el corazón mismo de una de las operaciones militares y de espionaje más delicadas de Estados Unidos.

La otra medida que tomó el Pentágono para satisfacer la creciente demanda fue bajar el listón de los requisitos de acceso y entrenamiento del personal que quería incorporarse a las fuerzas armadas para operar drones. Los reclutas de la fuerza aérea, por ejemplo, ya no tienen que cumplir los requisitos de agudeza visual, estado físico y estatura, normalmente exigidos a los pilotos tradicionales, ni tienen que aprobar los agotadores cursos de los pilotos corrientes.

La fuerza aérea organizó en 2009 dos programas de prueba en bases aéreas de Nevada para entrenar soldados en las tácticas de la guerra de drones, uno de los cuales se había concebido concretamente para quienes nunca habían pilotado un avión.¹⁵ Mientras que los pilotos tradicionales suelen entrenar dos años antes de entrar en servicio, el de la fuerza aérea era un curso intensivo de nueve meses, con seis dedicados a aprender los rudimentos del vuelo y los últimos a maniobrar un dron mediante un simulador de vuelo con videorreproducción.

En el otro programa, los pilotos de dron recibían 44 horas de entrenamiento en cabina antes de ser enviados a un escuadrón que los habilitara y les permitiera dirigir misiones.¹⁶ Compárese esto con el entrenamiento de los pilotos de aviones de guerra tradicionales, que exige un mínimo de doscientas horas.

En suma, el entrenamiento exigido a un joven soldado para que pudiera pilotar una máquina de matar en zona de combate despertó

la polémica. «Esto es como una fábrica de cachorros», dijo un piloto de combate al *Washington Post* en 2010. Según la revista *Time*, el ex general Mike Moseley, al igual que otros mandos de la fuerza aérea en fechas anteriores, criticaba que se permitiera a no pilotos operar con drones en situaciones bélicas potencialmente mortales, ya que creía que «sólo un piloto entrenado [tenía] el temple mental y moral para lanzar bombas y misiles». ¹⁷

Pero no se trata sólo de saber si los pilotos de drones poseen el entrenamiento adecuado para emplear con eficacia unos instrumentos de muerte en el extranjero. Se trata también de saber si pueden responsabilizarse de las consecuencias de sus actos. Aunque quienes operan drones suelen estar muy lejos del campo de batalla, las cámaras de alta resolución que van en los aparatos les permiten ver, a veces con horripilante detallismo, lo que ocurre cuando deciden apretar el gatillo.

Los pilotos de los cazas «llegan a 800-900 kilómetros por hora, sueltan una bomba de 250 kilos y se van. No ven lo que ocurre», explicó a Associated Press el coronel Albert K. Aimar, jefe del Ala de Reconocimiento 163, con base en el sur de California. ¹⁸ Aunque los pilotos que soltaron las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki mataron a cientos de miles de personas, no vieron los efectos directamente. Por el contrario, quienes pilotan drones Predator y Reaper lo ven casi todo cuando disparan un misil. «Ves su trayectoria hasta el momento del impacto, quiero decir de un modo muy vívido, como si estuvieras allí y resulta algo personal», añadió Aimar. «Así que queda grabado en la mente de los pilotos durante mucho tiempo.»

En el programa *The Stream*, del canal anglófono de la cadena Al Yazira, el antiguo portavoz de CentCom, Josh Rushing, explicó que un acto tan aparentemente impersonal como matar por control remoto puede ser lo contrario. ¹⁹ Dijo que, a veces, los pilotos de los drones observan a individuos y a sus familias durante varios días seguidos, y los ven pasear al perro y hacer las faenas domésticas. «El hombre nunca ha experimentado una cosa así, observar a alguien desde lo alto durante mucho tiempo sin que el otro lo sepa,

casi como si fuera Dios», dijo Rushing. «Un día, de pronto, llega la decisión de que tienes que borrarlos de la faz de la tierra. Aprietas el botón y los matas. Pero en cierto modo has conocido a esas personas, así que puede convertirse en algo muy personal.»

Matt Martin, piloto de dron, expresó en su libro *The Predator* la angustia que sentía cuando acababa matando civiles. En un caso describe que había planeado cuidadosamente volar a un grupo de presuntos rebeldes que estaban alrededor de un camión. De pronto aparecieron en la pantalla dos niños montados en una bicicleta. Uno tendría diez años y el otro, aún más joven, iba sentado en el manillar. Iban hablando y riendo, y pasaron junto al camión.

Presa del pánico, Martin quiso detener el misil, pero era demasiado tarde. El operador de sensores ya lo había lanzado. «Hipnotizados por la catástrofe que se avecinaba, nos limitamos a mirar horrorizados mientras el silencioso misil bajaba a gran velocidad del cielo hacia ellos [...] Cuando las pantallas se despejaron, vi la bicicleta rota, a unos siete metros de allí. Una rueda todavía daba vueltas. Los cadáveres de los niños yacían doblados y destrozados entre los de los insurgentes.»²⁰

Martin apaciguó sus remordimientos recordando lo que había dicho el secretario de Defensa Robert McNamara, en el sentido de que «a veces hay que obrar mal para hacer el bien». (El mismo McNamara que en gran parte fue responsable de aquella guerra de Vietnam [los vietnamitas la llaman «guerra norteamericana»] que causó la muerte de más de dos millones de vietnamitas y de unos cincuenta mil soldados estadounidenses.)

El comandante estadounidense Bryan Callahan dijo que se enseña «pronto e insistentemente» a los pilotos de drones a compartimentar su vida, a separar el tiempo que pasan disparando misiles contra los campos de batalla del tiempo que pasan –el mismo día– en casa con la familia.²¹ Cuando se trata de presenciar asesinatos, «es necesario arrinconar esas cosas y dejarlas donde corresponde», explicó Callahan. «Somos muy eficaces en eso.»

Más les vale. Porque a pesar de que los drones poseen la última tecnología de imagen y a pesar de las muy cacareadas

comprobaciones que se realizan antes de tomar la decisión de lanzar los proyectiles mortales, se cometen demasiados errores. Y es difícil volver a casa con la familia después de haber hecho trizas a otras personas.

Los Angeles Times detalló una larga investigación que se llevó a cabo acerca de un trágico incidente ocurrido en Afganistán y que causó la muerte de unas dos docenas de civiles.²² En la madrugada del 21 de febrero de 2010, unos pilotos de la fuerza aérea estadounidense pensaron que les había tocado la lotería: un convoy de guerrilleros talibanes que se acercaba a un grupo de soldados estadounidenses situados a unos kilómetros, un perfecto caso de libro sobre la capacidad de vigilar y la precisión matemática de los drones en acción. Era cosa hecha.

«Tenemos dieciocho pax [pasajeros] apeados y desplegándose en este momento», dijo un piloto de Predator en la base Creech de Nevada, un militar de los más experimentados, que había pasado más de mil horas entrenando a otros a pilotar aparatos no tripulados.

«Están rezando. Están rezando», dijo el operador de la cámara del dron. «No hay vuelta de hoja, es su fuerza», añadió el cámara. «¿He dicho rezar? Y lo repito, es lo que están haciendo.»

«Seguro que van a cometer alguna perversidad», dijo el coordinador de información de la tripulación del dron.

Aunque estaban seguros de que tenían un «blanco a punto de caramelo», en palabras del cámara, los norteamericanos no hicieron fuego. Aún tenían que pasar por más mecanismos de control.

Además del piloto, el cámara y el oficial de información que estaban en la base Creech, había un equipo de seleccionadores de imágenes en la base Eglin de Okaloosa, Florida, encargado de recoger las señales de vídeo del Predator y de enviar sus observaciones a quienes pilotaban el dron. Pero quien tenía la última palabra sobre si disparar o no era un capitán del ejército de tierra que estaba en Afganistán, en el escenario de la acción, al frente de una unidad de soldados estadounidenses y cerca de los presuntos talibanes.

Aunque el equipo sospechaba del convoy, no podía abrir fuego hasta estar totalmente convencido de que era un grupo de insurgentes armados. En cierto momento, el piloto del Predator, situado en Nevada, pensó que había visto un arma. Pero el operador de la cámara no lo confirmó. «Yo esperaba haber descubierto un fusil», se quejó el piloto. «No importa.»

Entonces un seleccionador de imágenes de Florida informó de la posible presencia de uno o más niños en el supuesto convoy talibán. «Tonterías. ¿Dónde?», replicó el operador de la cámara. «No creo que haya niños fuera a estas horas.»

«¿Por qué no ha dicho “posible niño”?», dijo el piloto. «¿Por qué se apresuran a hablar de niños y titubean al hablar de fusiles?»

«Dudo mucho de esa alarma sobre niños», respondió el cámara. «Mira, tío, te lo digo en serio... no me gusta esto», añadió antes de concretar: «Bueno, quizá sea un muchacho, un adolescente.»

El piloto comunicó a las tropas situadas en el escenario de la acción las observaciones de los seleccionadores de imágenes, diciendo que habían localizado «un posible fusil y dos posibles niños junto al vehículo». Como en esos chistes en que unos vecinos se cuentan unos a otros un suceso y lo que en la portería es un alfiler, cuando llega al ático es ya una ballena, el mensaje inicial que había identificado unos niños se había convertido en «posibles niños». Y el «posible fusil» pasó a ser una prueba irrefutable de la presencia de armas en el convoy. Al final el capitán del ejército de tierra decidió que era el momento de disparar, habida cuenta de la «identificación categórica» que había hecho basándose en «las armas que hemos localizado y el perfil demográfico de los individuos» (el perfil demográfico, no la identidad), así como las conversaciones telefónicas interceptadas y recogidas en la región.

Las consecuencias fueron graves. «Muertos y heridos por doquier», informó el *Times*. Tras el ataque, la tripulación del Predator advirtió que tres supervivientes querían rendirse.

«¿Qué son?», preguntó el cámara.

«Mujeres y niños», respondió el coordinador de información.

«Esa mujer lleva un niño, ¿no?», dijo el piloto.

«Un niño pequeño, creo, a la derecha. Sí», determinó el

coordinador de información.

Tras masacrar a un grupo de civiles, los miembros de la tripulación se dijeron unos a otros que no habían hecho nada malo, que se habían limitado a hacer su trabajo.

«No hay forma de saberlo, tío», dijo el observador de seguridad.

«No hay forma de saberlo desde aquí», puntualizó el cámara.

Pese a todos los cacareados mecanismos de control de los militares, pese a todos los seleccionadores de imágenes, coordinadores de información y observadores de seguridad, la tripulación del Predator acababa de matar a niños, mujeres y hombres inocentes. Según el gobierno estadounidense, quince personas murieron y doce resultaron heridas, entre ellas tres niños. Según los afganos, murieron veintitrés personas, entre ellas dos niños, uno de tres años y el otro de cuatro.

Para muchos soldados, los cuarenta minutos que tardan en llegar a casa no bastan para relajarse y olvidar horrores como el descrito, ni siquiera en el caso de que los muertos sean combatientes y no civiles. Como dijo el coronel Chris Chambliss: «Ir al trabajo, hacer cosas malas a gente mala, y luego volver a casa, ir a la iglesia, procurar ser un miembro productivo de la sociedad, son cosas que no armonizan necesariamente.»

Cuando los pilotos vuelven a casa, no hablan de la gente mala –ni de los niños inocentes– que han matado. Más bien lo guardan para sí. Un piloto oculto bajo el nombre de «capitán Dan» contó a los productores de un documental sobre los drones que su familia sabe que pilota aparatos no tripulados, pero «no vuelvo a casa para contarles en qué misión he participado ni nada por el estilo. Es un reto propio del trabajo que tienes que hacer un día sí y otro también».²³

Aunque tal vez sufran en silencio el estrés derivado del combate, a muchos soldados les gusta la idea de participar en misiones de combate sin salir de la patria, aduciendo la carga y las preocupaciones que esta situación ahorra a sus familias y la oportunidad que les da de pasar más tiempo con sus hijos.²⁴ La

familia de un piloto de dron no vive la tensión de preguntarse si regresará con vida o no.

Los pilotos de dron están seguros a miles de kilómetros del peligro físico de la guerra en la que luchan. El único peligro que tienen ante sí es psíquico. Que a pesar de todo es un peligro muy real que, en los casos extremos, puede explotar en la vida familiar en forma de malos tratos o de ruptura de los cónyuges.

Para los pilotos de drones y otros tripulantes de estos aparatos, ver imágenes en tiempo real es a menudo el principal desencadenante del trastorno por estrés postraumático. Soldados en el escenario de la acción que participan en un combate brutal y mortífero, y los operadores de drones mirando. Se paga un precio por todo esto.

Un informe encargado por el gobierno sobre los pilotos de drones de la fuerza aérea, hecho público en diciembre de 2011, decía que casi la mitad se quejaba de «alta tensión operativa», frente al treinta y seis por ciento de un grupo de control de seiscientos miembros de la fuerza aérea que desempeñaban trabajos logísticos o de apoyo.²⁵ Casi un tercio de los 1.100 operadores de drones de la fuerza aérea estadounidense sufría de agotamiento y se estimaba que el diecisiete por ciento estaba «clínicamente conmocionado», aunque gran parte de la conmoción podía proceder de esfuerzos anteriores.

Los pilotos que operan drones que apoyan a las tropas estadounidenses en zonas de guerra como Afganistán lo tienen menos crudo porque en cierto modo se sienten realizados por proteger a las tropas que están en el escenario de la acción. Los soldados y marines que quedan inmovilizados por el fuego enemigo en Afganistán a menudo piden ayuda a los drones y se comunican directamente con operadores de drones para indicar blancos concretos. «Esos chicos están allí arriba disparando al enemigo», decía el coronel McDonald, coautor del estudio.²⁶ «Les encanta, saben que están protegiendo a los nuestros. Construyen una relación virtual con los muchachos que están en el escenario de la acción.»

«En el plano físico esto podría ser Las Vegas», contó a la revista

Time el comandante de la fuerza aérea Shannon Rogers en 2005, «pero en el plano psicológico estamos volando sobre Irak. Es una sensación real.»²⁷

«Mucha gente le resta importancia diciendo: “Estáis a doce mil kilómetros de allí. ¿Cuál es el problema?” Pero en realidad no son doce mil kilómetros, son doce metros», explicó a *Stars and Stripes* en 2009 el coronel Pete Gersten, jefe del Ala Expedicionaria 432 en Creech.²⁸ «En muchos sentidos estamos más cerca de lo que estaríamos en una misión.»

«He visto morir a soldados antes», contó el operador de sensores Jesse Grace al periódico militar. Grace vio en pantalla cómo un explosivo improvisado mataba a cinco compañeros. No pudo hacer otra cosa que mirar. «Sentí una gran impotencia», explicó. «Fue una experiencia traumática. Me dejó anonadado. Acababa de cumplir diecinueve años. Ocurrió el Día de los Caídos. Eso lo recuerdo.» Muchos pilotos de drones han presenciado episodios parecidos y se han visto tan afectados por la «culpabilidad del superviviente» como cualquier soldado que hubiera participado en una refriega.

«Si fallo o me equivoco en algo, si fallo un tiro, deseo ser yo quien caiga, no ellos. A veces me siento como si los abandonara», dijo el comandante Bryan Callahan.²⁹

Según el estudio de la fuerza aérea, la principal causa de estrés de los operadores de drones era las muchas horas de servicio y los frecuentes cambios de turno a causa de la escasez de personal. Las tripulaciones de los drones trabajan en turnos de diez o doce horas. Alternar los turnos de día, tarde y noche cada tres semanas les impide integrarse plenamente en la vida civil.³⁰

El resultado es que las tripulaciones de drones suelen sentirse «cansadas, descontentas y desilusionadas», dijo un ex piloto de caza que enseña en la Academia del Ejército del Aire. «Es de locos», añadió. «No se puede dirigir una fuerza aérea como ésta sin extenuar al personal.»

El piloto de dron Matt Martin recordaba que después de pasar muchos meses mirando monitores acabó aburrido, escéptico y receloso de todas las personas que veía. Y, como suele suceder

entre los militares, acabó deseando que los objetivos que seguía resultaran ser insurgentes para poder «tener un poco de acción».

Cierto día localizó a unos hombres en un parque de Sadr, en las afueras de Bagdad, y dudaba si era una reunión de una célula terrorista o sólo un grupo de amigos que fumaban y bailaban. Los observó durante horas.

«Al cabo del tiempo, un hombre se levantó del suelo y se acercó a una barraca cercana. Pensé que por fin los tenía. Iba a buscar armas», escribió Martin. Pero, no, el hombre volvió con sillas plegables. Martin quedó decepcionado. «No dejaba de desear que alguno sacara un lanzamisiles», confesó. «Aquello habría significado al menos que yo estaba haciendo buen uso del tiempo y los recursos del Predator. Además, reventar cosas era mucho más entretenido que observar a hombres sentados en la oscuridad que fumaban, bailaban y se cogían de las manos.»³¹

Otro problema importante con el que se enfrenta el personal de los drones es la sobrecarga de información. Encargados de cribar cantidades ingentes de datos en bruto para ayudar a los militares a determinar qué objetivos alcanzar y cuáles evitar, los sensores de los drones se ahogan en un mar infinito de información. Y no son ellos solos. «Hay sobrecarga de información a todos los niveles del escalafón militar, desde el general hasta el soldado que está en el escenario de la acción», dijo el neurocientífico Art Kramer, un investigador contratado por las fuerzas armadas para ayudar a los soldados a soportar la sobrecarga digital que ha ocasionado no sólo tensiones y agotamientos, sino también errores trágicos.³²

Los militares parecen darse cuenta de esta locura. «Es evidente que hemos forzado a nuestras unidades, no hasta el límite, pero casi», dijo el coronel Eric Mathewson, jefe del Destacamento de Sistemas Aéreos No Tripulados del Ejército del Aire. Pero por lo visto no hacen gran cosa por solucionarlo.

Cuando solicitamos para este libro una entrevista al Centro Nacional de Veteranos para el Tratamiento del Trastorno por Estrés Postraumático (NCPTSD), un portavoz nos la negó alegando que el NCPTSD «no cuenta con ningún experto en la materia relacionada

con su solicitud». Aunque circulan muchas entrevistas y libros sobre el tema de los pilotos de drones que sufren síntomas relacionados con el trastorno en cuestión, no hay ningún experto oficial del gobierno que pueda hablar de él.

Según parece, los militares piensan en otra solución: reemplazar a los pilotos por máquinas de matar autónomas y automatizadas.³³

El elemento humano en las guerras de los drones no tardará en ser «un supervisor que trabaje como factor de seguridad en el caso de que falle un sistema», señaló Thomas Adams, coronel retirado del ejército de tierra.³⁴ Adams piensa que, aun entonces, la velocidad, confusión y sobrecarga informativa de la guerra moderna obligará pronto a desplazar todo el proceso fuera del «espacio humano». Las armas futuras serán «demasiado rápidas, demasiado pequeñas, demasiado numerosas y creará un entorno demasiado complejo para que se pongan al frente elementos humanos», dijo, y las nuevas tecnologías «nos están llevando rápidamente a un lugar al que tal vez no queramos ir, pero adonde probablemente no tendremos más remedio que ir».

La tendencia a incrementar la autonomía persistirá conforme los militares pasen de tener pilotos que manipulan un dron de lejos a pilotos que manipulen de lejos varios drones a la vez. «La autonomía de la muerte es inevitable», dijo Ronald C. Arkin, autor de un estudio sobre el tema para la Oficina de Investigación del Ejército de Tierra.³⁵

Arkin cree que los drones autónomos podrían programarse para respetar el derecho internacional. Otros disienten con vehemencia y cuestionan la ética de que los robots tomen decisiones sobre la vida y la muerte.

Sin embargo, una cosa es segura: las armas autónomas no sufrirán trastornos por estrés postraumático. Y ése es sin duda el motivo —ético o no ético— por el que los militares aumentarán la dependencia de máquinas libres de emociones conflictivas y de los problemas de conciencia de los pilotos humanos.

VÍCTIMAS POR CONTROL REMOTO

La familia Khan nunca había oído hablar de aquello. Llevaban durmiendo una hora cuando un misil Hellfire atravesó su casucha de barro. El humo negro y el polvo ahogaban a los aldeanos mientras apartaban los escombros. Zeerak, de cuatro años, se había quedado sin piernas. Su hermana Maria, de tres, estaba casi carbonizada. Las dos estaban muertas. Cuando las vio su primo Irfan, de dieciséis, las rodeó delicadamente con sus brazos, estrechó los arrugados cadáveres contra su pecho, depositó un suave beso en su rostro y cayó en estado de estupor.

*Los Angeles Times*¹

En ningún otro momento de la historia de la guerra hemos sido tan capaces de distinguir entre los combatientes y los civiles como ahora con los drones.

Editorial del *Wall Street Journal*²

Difícilmente podría encontrarse unas víctimas más inocentes que los habitantes de las áreas tribales del noroeste del Pakistán, que dependen del gobierno nacional y se ganan duramente la vida en las agrestes y estériles tierras de una región poco conocida incluso por los demás pakistaníes y completamente desconocida para los ciudadanos de los lejanos Estados Unidos. Durante los años que siguieron al 11 de septiembre, este desconocimiento se convirtió en un peso mortal que hubo que medir en una cantidad creciente de vidas perdidas.

En 2004, cuando la CIA amplió su búsqueda de guerrilleros y

rebasó la frontera afgana para entrar en Pakistán, las regiones de Waziristán del Norte y Waziristán del Sur empezaron a ser acribilladas por misiles disparados por aparatos no tripulados.

Antes de disparar, permanecían suspendidos en el aire y las sombras de su siniestra y zumbante presencia caían sobre las escuelas y casas de las aldeas, sobre las bodas y los entierros. Los aldeanos no sabían en ningún momento cuándo iban a disparar, si sería al alba, antes de que la casa despertase para recitar las plegarias matutinas, o cuando los hombres se dirigieran a la mezquita, o a mediodía, mientras el pan se cocía en los hornos y los niños jugaban en los corrales.

Los ataques se efectuaron en Pakistán siguiendo el plan secreto de la CIA, un plan que la Casa Blanca de Obama no reconoció nunca oficialmente. Empezaron en 2004 y se recrudecieron con el paso de los años. El 14 de octubre de 2011, la truculenta guerra por control remoto alcanzó un nuevo hito cuando los drones atacaron por tricentésima vez mientras amanecía y mataron a seis presuntos guerrilleros.³

Desde que aquellas zonas fueron acordonadas por las fuerzas de seguridad pakistaníes, los periodistas no han podido entrar para informar de las pérdidas en vidas humanas, propiedades y cultivos que viene sufriendo el noroeste del país por culpa de los drones. Unos informes se basan en fuentes locales y en periodistas sin experiencia que trabajan con agencias de nuevo cuño. Otros se basan en los organismos de espionaje pakistaníes y estadounidenses, que tienden a poner la etiqueta de guerrilleros a todas las víctimas. Por eso varían tanto las estadísticas sobre bajas civiles.

Estas estadísticas parten de cero, la cifra intelectualmente ofensiva que dio en junio de 2011 John O. Brennan, principal consejero contrterrorista del presidente Obama. Hablando del año anterior, dijo que «no ha habido ni una sola muerte colateral a causa de la eficacia y precisión excepcionales de las facultades que hemos perfeccionado».⁴ El señor Brennan modificó ligeramente estas declaraciones afirmando posteriormente: «Por fortuna, durante más

de un año, y gracias a nuestra discreción y precisión, el gobierno estadounidense no ha encontrado pruebas convincentes de muertes colaterales derivadas de las operaciones contraterroristas de Estados Unidos fuera de Afganistán o Irak.» Estas afirmaciones reflejan, más que nada, la cruel resistencia del gobierno de Estados Unidos a investigar o reconocer las consecuencias de sus agresiones.

Según las estadísticas realizadas por New America Foundation, de 2004 a 2011 resultaron muertas entre 1.717 y 2.680 personas, de las cuales entre 293 y 471 eran civiles.⁵ La Oficina de Periodismo de Investigación, con sede en el Reino Unido, eleva estas cifras, diciendo que en ese mismo período resultaron muertas entre 2.372 y 2.997 personas, de las cuales entre 391 y 780 eran civiles, y 175 de ellas eran niños.⁶

Las cifras de la mencionada oficina son probablemente más exactas, pues se trata de uno de los pocos grupos que cuenta realmente con fuentes en el escenario de la acción. De hecho, contribuye a que se oigan las voces de las víctimas que llegan de la región machacada por la guerra para poner en entredicho las versiones oficiales de la guerra de los drones y el engaño de que los drones son el método infalible para matar guerrilleros sin causar daños colaterales.

Shahzad Akbar, un abogado pakistaní que ha representado a víctimas de los drones y que impulsó el grupo Fundación para los Derechos Fundamentales, discute incluso las cifras antedichas y afirma que casi todos los muertos son civiles corrientes. «No me gusta la palabra “combatiente”. Puede que muchísimas víctimas calificadas de combatientes fueran simpatizantes de los talibanes, pero no estaban involucradas en actos delictivos ni terroristas», afirmó. Adujo que los estadounidenses solían aprovechar que alguno llevara un arma como prueba de que era un combatiente. «Si ése es el criterio, entonces Estados Unidos tendrá que cometer un genocidio, porque en esa zona todos los hombres tienen un AK-47 y todos creen en el derecho islámico. Es parte de su cultura. ¿Desde cuándo podemos matar a otros por sus creencias?» Shahzad piensa que sólo debería considerarse combatientes a los individuos a

quienes los estadounidenses califican de «objetivos de máxima prioridad»; los demás deberían tenerse por víctimas civiles.

Noor Behram, un fotógrafo que arriesga continuamente la vida para fotografiar los efectos de los ataques de los drones, estuvo de acuerdo. «Por cada diez o quince personas que mueren, quizá una sea combatiente», dijo.⁷

El gobierno estadounidense prefiere ceñirse al mito de que los ataques de los drones sólo matan a combatientes. Según la historia oficial, las áreas tribales de Pakistán son un hervidero de guerrilleros, de figuras sombrías que planean asesinatos en masa en cuevas y barrancos de la región donde se esconden los peores terroristas del mundo, y que éstos, lo peor de lo peor, son los únicos que caen.

Y los funcionarios estadounidenses se han lavado las manos contando ese cuento, porque los órganos de las grandes empresas mediáticas se interesan más por difundir como «noticias» las no comprobadas interpretaciones del gobierno que por hablar con la gente de los lugares afectados para averiguar la verdad. Como si de un perfecto mecanismo de relojería se tratase, cada vez que un ataque con drones mata a un puñado de presuntos guerrilleros, un anónimo funcionario del gobierno estadounidense habla con la prensa y tranquilamente garantiza a los reporteros que en las guerras de los drones norteamericanos sólo mueren los malos. Y la prensa se lo traga.

El gobierno de Estados Unidos torea además a la prensa haciendo hincapié en los supuestos cabecillas de primera línea a los que ejecuta sin juicio previo; son victorias que contribuyen a disipar cualquier preocupación que puedan sentir los tibios por las bajas civiles.

El 7 de agosto de 2009, cuando las restantes noticias relativas a la guerra contra el terrorismo presentaban una imagen decididamente pesimista, un ataque con drones contra Zanghara, una aldea de Waziristán del Sur, acabó con Baitullah Mehsud, cabecilla del movimiento talibán de Pakistán y presunto cerebro del atentado contra la antigua primera ministra pakistaní, Benazir Bhutto.⁸

Según los informes, Mehsud estaba en casa de su suegro para ponerse una inyección intravenosa, porque era diabético, cuando un misil disparado por un dron Predator cayó sobre el edificio y lo mató. Apenas se mencionó a su mujer, a su suegro y a otras ocho personas que también resultaron muertas. Y no se dijo ni una palabra sobre que este afortunado ataque había sido precedido por otros quince no tan afortunados, cuyo objetivo era también el mentado Mehsud y que habían causado la muerte de entre 204 y 321 personas, entre las que había talibanes de base, ancianos jefes tribales y niños.⁹ Lo único que oyeron los ciudadanos estadounidenses fue que como se había acabado con el pérfido Mehsud, se había hecho justicia.

Dos años y muchos ataques de drones (menos publicitados) después, exactamente el 3 de junio de 2011 –apenas había transcurrido un mes desde el ataque con helicópteros de operaciones especiales de la armada que había acabado con Osama bin Laden en su complejo de Abbotabad–, otro alto dirigente de Al Qaeda, Ilyas Kashmiri, fue liquidado por un dron Predator de Estados Unidos.¹⁰ Kashmiri, del que se decía que era el guerrillero más peligroso de Pakistán, era considerado responsable de diversos ataques contra las fuerzas de seguridad pakistaníes. Entre ellos figuraba un ataque, producido una semana antes, contra una base naval de Karachi durante el que fueron destruidos dos helicópteros antisubmarinos.¹¹ Se creía asimismo que Kashmiri había sido el cerebro de los ataques terroristas perpetrados en Mumbai, India, en 2008, que acabaron con la vida de 163 personas. Su muerte fue acogida como una victoria por las fuerzas estadounidenses y las pakistaníes, aunque estas últimas ya lo habían declarado muerto en otro ataque con drones de 2009.

Lo que ocurrió realmente en este ataque de 2009 fue una de las muchas tragedias que se han silenciado.¹² El 7 de septiembre de 2009, dos drones estuvieron suspendidos todo el día en el cielo de Mirali Tehsil, en Waziristán del Norte. Era el mes del Ramadán y los habitantes de la zona estaban enfadados porque los drones entorpecían sus actividades religiosas. Además, estaban asustados,

aunque en la cultura pastún manifestar miedo es señal de cobardía y vergonzoso, así que nadie hablaba de temor.

Sadaullah, un estudiante local de quince años, estaba particularmente contento aquel día porque por la noche, período en que es lícito romper el ayuno, iba a celebrarse un banquete en su casa. Estarían presentes su abuelo y sus tíos, y su madre prepararía su comida predilecta. Sadaullah vio la máquina no tripulada en el aire y bromeó con sus amigos a costa de aquella *bangana*, nombre que se da a los drones en la zona a causa del zumbido continuo que producen.

Al caer la noche estaban ya en la casa todos los hombres de la familia: los abuelos, los tíos, los primos. Rompieron el ayuno y salieron al patio para rezar.

Los más afortunados ya habían vuelto a la casa cuando cayó el misil. No fue el caso de Sadaullah, que quedó inconsciente bajo los escombros del techo derribado. Recuperó el conocimiento en un hospital de Peshawar; había perdido la visión de un ojo, por culpa de la metralla, y le habían amputado las dos piernas. Luego supo que su anciano tío, que iba en silla de ruedas, había muerto, al igual que dos primos, Kadaanullah Jan y Sabir-ud-Din.

«Mi ilusión era ser médico», dijo Sadaullah. «Pero ahora ni siquiera podré ir al colegio andando.» En consecuencia, estudia religión en la madraza de su pueblo y ve el futuro muy negro.

Los medios dijeron que el ataque había sido un éxito, que habían acabado con un grupo de guerrilleros, entre los que estaba Ilyas Kashmiri. En realidad, no eliminaron a Kashmiri hasta dos años más tarde.

Los repiques de campanas que se oyen cuando los drones matan talibanes y dirigentes de Al Qaeda como Baitullah Mehsud e Ilyas Kashmiri merecen tenerse en cuenta porque ejemplifican la estrategia y la retórica que han permitido elevar las guerras de los drones a la categoría de solución óptima para terminar con los problemas estratégicos que plantean los agentes no estatales que se ocultan en zonas inaccesibles del planeta. La intensa atención puesta

en hombres como Mehsud y Kashmiri, que han manifestado una evidente falta de respeto por la vida humana, impide cuestionar la táctica y el impacto de ésta en personas menos condenables, como los niños, las mujeres y los hombres inocentes. La pregunta con que se acallan las objeciones y fastidiosas dudas sobre los drones y sus víctimas desatendidas suele ser: «¿Acaso no queréis que mueran los malos?»

No es sorprendente que haya muchos otros muertos, aparte de los malos, esos siniestros chicos de «Se busca» que militan en Al Qaeda y con los talibanes y cuya eliminación hace que todo parezca justificado e inmerecedor de un debate. Poco a poco, a pesar de la mordaza con que los silencian las fuerzas de seguridad locales y a pesar de la indiferencia de los medios, las víctimas inocentes de los drones, esos inocentes cuyas casas, cuyo recogimiento y cuya vida son destruidos por la aviación zumbante e intrusa, empiezan a hablar.

Uno de estos inocentes se llamaba Karim Khan y vivía en la aldea de Machikhel, cerca de Mir Ali, en Waziristán del Norte. El 31 de diciembre de 2009, mientras casi todos los estadounidenses preparaban su lista de propósitos para el siguiente año y se disponían a celebrar a lo grande la despedida del primer decenio del nuevo milenio, un dron atacó y machacó el espacio comunitario del complejo donde vivía Karim Khan.¹³ La familia de Karim Khan había utilizado este espacio desde hacía años para organizar reuniones en que los miembros de la comunidad tomaban decisiones sobre asuntos que afectaban a la aldea, desde recoger dinero para el tratamiento médico de algún pariente anciano hasta mediar en una disputa sobre tierras entre hermanos.

Pero aquella noche no habría ninguna reunión comunitaria. La verdad es que Khan ni siquiera estaba en la aldea, ya que se encontraba en Islamabad, a cientos de kilómetros de allí. En cambio, su hermano Asif Iqbal y su hijo Zaeenullah Khan, de dieciocho años, estaban en casa. Se encontraban charlando en el patio cuando un dron cruzó el cielo, proyectando su oscura y zumbante sombra sobre las azoteas de Machikhel.

Aquella noche no se quedó suspendido en lo alto para observar los movimientos de los aldeanos, como había ocurrido en otras ocasiones. En aquella ocasión lanzó un misil hacia el centro mismo de la aldea. Cuando se despejó el humo y se calmó el caos producido por la explosión, y la oscuridad volvió a cubrir los escombros y la sangre, el hermano y el hijo de Khan no eran ya más que jirones de carne.

Khan no se enteró de sus muertes hasta la madrugada, cuando el teléfono móvil que tenía junto a la cama se puso a sonar y le dio la noticia. Corrió a su casa para levantar el féretro de su hermano y su hijo y para darles sepultura –el día de Año Nuevo de 2010– en la fría y reseca tierra de la aldea que habían amado. La información oficial alegó que el objetivo del dron había sido Haji Omar, un jefe talibán. Pero los aldeanos insistieron en que Haji Omar no había estado por allí aquella noche. La tragedia que segó para siempre la vida de la familia de Karim Khan había sido fruto de una equivocación.

Aunque la ciudadanía estadounidense se enterara de anécdotas sobre guerrilleros malvados como Ilyas Kashmiri y Baitullah Mehsud, no se enteraba de nada relacionado con víctimas como Asif Iqbal y Zaeenullah Khan.

Asif Iqbal no era combatiente, ni siquiera simpatizaba con los guerrilleros. Era maestro de escuela. Tras obtener un máster en literatura inglesa en la Universidad Nacional de Lenguas Modernas, había vuelto para trabajar de maestro en la cercana aldea de Dattakhel. Llevaba ocho años en aquel puesto, enseñando a los niños con los escasos recursos de que disponía. Durante casi un decenio había soportado las amenazas y cierres forzosos de los talibanes, y sonreído ante las restricciones impuestas por las fuerzas de seguridad pakistaníes. Iqbal afrontó con valentía los mil problemas resultantes de enseñar a una población dividida por la guerra, alegando los beneficios a largo plazo que aportaba la educación, que eran preferibles al poder momentáneo de las armas de fuego.

Este hombre culto que había puesto su fe en las promesas del futuro ya no existía, había caído víctima de un agresor lejano al que nunca conocería, un agresor que no recibiría ningún castigo por

apretar el botón de «fuego» sin detenerse a mirar dos veces, sin comprobar y revisar cuál era el objetivo. Iqbal dejó una familia joven. Llevaba casado tres años con una mujer que ahora era viuda, una muchacha tan consternada que estuvo tres semanas sin poder hablar. En su regazo estaba Mohammad Kafeel, un niño de dos años que sólo podría recordar a su padre por las manoseadas fotos que le enseñaría su madre, un recorte de prensa que hablaba del ataque y los recuerdos que le contarían sus tíos y sus primos.

Aquella noche también fue asesinado el hijo de Karim Khan, Zaeenullah Khan, que acababa de terminar la enseñanza media. El muchacho había vuelto a la aldea incitado por su tío y había conseguido un empleo de vigilante en la misma escuela. Al igual que su tío, estaba decidido a convencer a la comunidad del valor de la educación. Murió cerca de su mentor, dejando a sus espaldas a cientos de alumnos con pocas posibilidades de reanudar los estudios, muchachos cegados hoy por el odio al dron que había matado a su profesor y deseosos de venganza.

Murió asimismo un tercer hombre aquella noche, un visitante casual que estaba en el patio del complejo. Era un albañil que había llegado al pueblo para trabajar en la mezquita local. Demasiado cansado, al finalizar la jornada laboral, para volver a su domicilio, situado a kilómetros de allí, había sido acogido –gracias a la tradicional hospitalidad musulmana– como huésped en casa de Khan.

Las bajas del ataque contra Machikhel de aquella noche habrían podido caer en el cenagoso abismo del olvido en que habían caído ya cientos de personas sin rostro ni nombre en otros ataques con drones y que normal e inhumanamente se etiquetan como «daños colaterales». Pero la casualidad quiso que Karim Khan fuera periodista.

Después de enterar a su hijo y a su hermano aquel día lúgubre y gris de enero, juró que nunca serían olvidados. Durante el año que acababa de comenzar se reunió con las familias de las víctimas de todo Waziristán, del Norte y del Sur, restos que los drones habían expulsado de la historia moral del mundo, sin que nadie viera sus

sufrimientos ni aquella precaria existencia suya en la que nadie reparaba ante el heroico imperativo de matar terroristas.

En noviembre de 2010 Khan obtuvo su primera aunque pequeña victoria. Por mediación de un abogado de Islamabad llamado Shahzad Akbar, defensor de los derechos humanos, entregó una nota pública en el consulado estadounidense de Islamabad, detallando la muerte por error de su hermano y su hijo, y acusando a la CIA de haber infringido escandalosamente la Declaración Universal de Derechos Humanos por haber matado a civiles inocentes en un ataque aéreo.¹⁴

Unas semanas después, cerca del primer aniversario del ataque, Karim Khan habló en la puerta de la comisaría de policía donde acababa de presentar una denuncia, solicitando que se prohibiera abandonar el país al director de la delegación de la CIA en Islamabad hasta que respondiera de las acusaciones que se le hacían. «Apelamos a las autoridades para que impidan huir de Pakistán a Jonathan Banks», pidió Khan desde los peldaños de la comisaría.¹⁵ Su abogado, Shahzad Akbar, dijo que su cliente se había enterado de la identidad del señor Banks, normalmente mantenida en secreto, gracias a informes de la prensa local. Un periódico pakistaní había informado asimismo de que el nombre del director de la delegación no figuraba en la lista de diplomáticos con derecho a la inmunidad diplomática y exigía que se le obligara a responder por las atrocidades cometidas por el programa de drones de la CIA contra inocentes civiles pakistaníes.¹⁶

Aunque la acusación presentada contra la CIA por las familias de las víctimas de los drones apareció en toda la prensa pakistaní, Karim Khan no ganó aquel primer encuentro. Jonathan Banks, si es que se llamaba así realmente, salió del país sin ningún problema. Pero en el curso de los meses que siguieron, la organización de las familias de las víctimas a instancias de Khan rindió frutos. Políticos pakistaníes y organizaciones internacionales defensoras de los derechos humanos, como Reprieve, grupo con base en el Reino Unido que presta servicios jurídicos, y la organización internacional

CIVIC, que también defiende los derechos, empezaron a profundizar en el asunto.

En octubre de 2011 la Fundación para los Derechos Fundamentales, con sede en Pakistán, con ayuda del bufete británico Reprieve, trasladaron a Islamabad a un grupo de ancianos y familiares de víctimas de los drones de Waziristán del Norte y del Sur. Denominada «Yirga [asamblea] del Waziristán», estaba compuesta por más de 350 aldeanos, entre ellos más de sesenta familiares de víctimas de drones que vivían en la frontera afgano-pakistaní. Los aldeanos tuvieron por primera vez la oportunidad de exponer su punto de vista sobre la misteriosa guerra de drones que se estaba librando en la región. La *yirga* terminó con un llamamiento de los pakistaníes, condenando toda forma de terrorismo, incluido el practicado por la CIA con sus drones.

En el grupo había un tímido muchacho de dieciséis años que se llamaba Tariq Aziz. El abogado Shahzad Akbar había enseñado a Tariq rudimentos de fotografía para que pudiera documentar gráficamente la devastación causada por los ataques contra su pueblo y los de los alrededores.¹⁷ Tariq tenía una motivación personal: su primo Anwar Ullah había sido asesinado dieciocho meses antes por un dron no tripulado mientras cruzaba en moto el pueblo de Norak.

Además, Tariq tenía mucha experiencia directa con los drones. Neil Williams, un investigador británico de Reprieve que estaba en la reunión tribal, recordaba haber preguntado a Tariq si había visto alguna vez un dron. «Esperaba que me dijera: “Sí, una semana vi uno.” Pero me dijo que veía diez o quince cada día», contó Williams. «Y en realidad se refería a las horas nocturnas, y le volvían loco, porque no podía dormir.»

Cuando terminó la reunión, Tariq volvió a su aldea de Waziristán. Los miembros de las ONG y los periodistas, que prometieron hacer públicos los problemas de los habitantes de Waziristán, lo animaron a que persistiese en su labor fotográfica. Pero ni el joven ni los extranjeros que había conocido imaginaban que la primera muerte

por ataques de drones que se documentaría después de la reunión de Islamabad sería la del propio Tariq.

Tres días después de la reunión, Tariq y su primo Waheed Rehman, de doce años, fueron a recoger a su tía, que acababa de casarse. Cuando los dos jóvenes estaban a unos setenta metros de la casa de la mujer, dos misiles cayeron sobre su coche y los mató en el acto.

Según la Oficina de Periodismo de Investigación, las muertes fueron las bajas infantiles números 174 y 175 causadas por drones de la CIA.¹⁸

Tariq Aziz era el menor de siete hermanos y había crecido en medio de la pobreza en la estéril tierra de la frontera afganopakistaní. Su padre había emigrado hacía años, trabajaba de chófer para un jeque de los Emiratos Árabes Unidos y enviaba dinero a su familia siempre que podía. Su primo Waheed era igualmente pobre y su familia dependía del salario de él, que era aprendiz en una tienda y ganaba 23 dólares mensuales con los que apenas tenían para vivir.

La fatídica reunión celebrada días antes en Islamabad permitió al menos que la muerte de los dos jóvenes –a diferencia de la de otras víctimas de los drones, nunca mencionadas ni lamentadas fuera de la aldea del suceso– se publicase en periódicos de todo el mundo. El abogado estadounidense Clive Stafford Smith, que había conocido al chico en Islamabad, escribió un convincente artículo en las páginas de opinión del *New York Times*.¹⁹ «Mi error había sido ver la guerra de drones en Waziristán desde el abstracto punto de vista de la teoría jurídica, como la invasión ilegal de una nación soberana, semejante al bombardeo de Camboya ordenado por el presidente Richard M. Nixon en 1970», escribió Stafford. «Pero el tema se ha vuelto ahora muy real y personal. Tariq era un buen muchacho, y valiente. No hace mucho mi mano estrechó la suya en señal de cálida amistad; menos de tres días después la muerte había enfriado la suya y el causante de su rigor mortis había sido mi gobierno. La familia de Tariq, que hasta hace bien poco esperaba ser nuestra aliada por la paz, yace ahora descuartizada por un misil

estadounidense, cosa que probablemente volverá inútil cualquier esfuerzo que hagamos por la reconciliación.»

Un funcionario estadounidense reconoció a ABC News que el ataque no había sido una equivocación, que la CIA había elegido aquel blanco porque tenía la sospecha de que las dos personas que iban en el coche eran guerrilleros.²⁰ Pratap Chatterje, un periodista de la Oficina de Periodismo de Investigación que había conocido a Tariq en la reunión de Islamabad, estaba anonadado. «Si ese chico de dieciséis años era sospechoso de terrorismo, ¿por qué no lo detuvieron en Islamabad?», se quejó Chatterje. «Habría sido facilísimo encontrarlo en el hotel y detenerlo.»²¹

El 4 de noviembre de 2011, dos días después del ataque que acabó con los dos muchachos, el *Wall Street Journal* informó de una discusión sostenida en el seno de la administración Obama en relación con los ataques de los drones, diciendo que muchos personajes clave, tanto militares como funcionarios del Departamento de Estado, exigían que los ataques fueran más selectivos, mientras que los jefes de la CIA querían mano ancha para perseguir a sospechosos de ser guerrilleros. La discusión redundó en una revisión independiente del programa, en verano de 2011, revisión en la que el propio Obama estuvo implicado. Según el *Journal*, la CIA accedió a hacer una serie de «concesiones secretas», entre ellas que la opinión del Departamento de Estado tuviera más peso en las decisiones tocantes a los ataques; informar por adelantado a los mandatarios pakistaníes de las operaciones previstas; y suspender las operaciones cuando funcionarios pakistaníes visitaran Estados Unidos.²²

Lástima que no hubiera funcionarios pakistaníes en Estados Unidos cuando Tariq Aziz y Waheed Khan subieron al coche para ir a casa de su tía.

Aunque los muertos y sus familiares se cuentan por millares, la onda expansiva de las guerras de los drones ha afectado a millones de personas.

En primer lugar están las consecuencias inmediatas: escuadrones

de la muerte asociados con Al Qaeda y los talibanes –llamados Jorasán Muyaidín– que aparecen después de los ataques de los drones para perseguir a informantes sospechosos de ayudar a los norteamericanos a identificar objetivos.²³ Informantes, a menudo aldeanos pobres, a los que pagan alrededor de cien dólares por informar sobre combatientes y sus casas francas.

En busca de venganza, entre cuarenta y sesenta hombres encapuchados y armados hasta los dientes caen sobre una aldea y secuestran a sus víctimas. Casi todos los secuestrados son apaleados, torturados y asesinados; se graban cintas de sus ejecuciones para que circulen a modo de advertencia para los demás. «Es curioso, pero hay cierta similitud entre los Muyaidín y los norteamericanos», dijo Shahzad Akbar. «Ambos se sirven de la tortura para sonsacar información a sus detenidos, que dicen cualquier cosa para no sufrir más. Y al final ambos obtienen su lista de malos».

«En el cielo están los drones y en el suelo los Jorasán Muyaidín», contó un aldeano a *Los Angeles Times*.²⁴ «Los aldeanos están aterrorizados. Allí donde hay un ataque de los drones, antes de que transcurran veinticuatro horas aparecen los Jorasán Muyaidín y se llevan a alguien.» Los ataques de los drones atizan una incesante hoguera de violencia y venganza.

Y en segundo lugar tenemos los centenares de miles de víctimas indirectas, aldeanos pillados entre los drones operados por la CIA, los peligrosos políticos de los talibanes pakistaníes y las operaciones que lleva a cabo el ejército pakistaní para «limpiar» la zona de presuntos guerrilleros. Esta inestable mezcla ha causado la destrucción de una aldea tras otra, y parece que las partes implicadas se preocupan muy poco por el sufrimiento de los aldeanos.

Incluso cuando los militares pakistaníes declaran seguras muchas áreas, para que las familias vuelvan, la falta de ayudas para la reconstrucción y la continuidad de los ataques de los drones en la región han impedido el regreso de muchas personas.

Los desplazamientos de los refugiados han llegado a afectar a

poblaciones mayores, como la de Karachi, la ciudad portuaria del sur. No hay drones visibles sobrevolando esta gigantesca ciudad de casi 18 millones de habitantes, pero sus míseras y repletas calles han tenido que acoger a cantidades ingentes de familias que huían del conflicto en el noroeste.²⁵ Un informe elaborado por Amnistía Internacional calculaba que los desplazados eran más de un millón.

Esta afluencia ha dado lugar a un estallido de violencia étnica en Karachi entre los Muhajir, que son descendientes de los primeros refugiados que salieron de la India, y los pastún, entre los que se encuentran los recientes inmigrantes de las provincias noroccidentales. En 2011 murieron más de mil personas en los enfrentamientos entre grupos políticos que representaban a la población pastún de la ciudad y los que representaban a los Muhajir, que hablan urdu.

Karachi tiene otro factor negativo: fue el primer punto utilizado por la OTAN para enviar suministros a las tropas estadounidenses destacadas en Afganistán. Esto significa que la ciudad ha sufrido serios trastornos políticos, como cuando los manifestantes contra los ataques de los drones y la ocupación estadounidense de Afganistán trataron de bloquear los transportes de la OTAN que salían del puerto.

Así pues, en el caso de Pakistán vemos los efectos de la onda expansiva de la guerra de los drones. Las bajas directas causadas por los ataques redundan en la inquietud política y los sangrientos choques étnicos de Karachi, choques exacerbados por los centenares de miles de refugiados que llegan a la ciudad. Los problemas estructurales a gran escala causados por la guerra de los drones persistirán probablemente durante años, incluso después de que las fuerzas de Estados Unidos y la OTAN se hayan ido de la zona. El sufrimiento de los refugiados en Karachi, ciudad ya de por sí pobre, con pocos recursos y dividida por los conflictos, es en el fondo el segundo nivel de catástrofes que causa una forma de hacer la guerra que nos quieren vender como una varita mágica que no cuesta nada y es capaz de eliminar el terrorismo.

En el ínterin, mientras los ataques de los drones seguían causando

estragos en Pakistán, ciertos funcionarios de Estados Unidos anunciaron a fines de 2011 que los objetivos de «máxima prioridad» de Al Qaeda en Pakistán se habían reducido a dos.²⁶

Los ataques de los drones estadounidenses se han cobrado también víctimas en Afganistán, Irak, Yemen, Somalia y Libia. Al igual que las de Pakistán, sus historias suelen enterrarse con sus cuerpos. Tampoco se habló mucho de la muerte de un adolescente norteamericano que cayó víctima de un dron.

Abdurahman Anwar al-Awlaki, de dieciséis años de edad, había nacido en Denver, pero se había trasladado a Yemen con su familia en 2002. En su página de Facebook se veía que era el típico adolescente sonriente y con gafas al que le gustaban el rap, el hip-hop y la natación.²⁷ Sin embargo, su padre, un destacado propagandista de Al Qaeda, no era tan típico.

La familia Awlaki se trasladó a Yemen en 2002. Abdurahman vivía con su madre en la capital, Saná. Según su madre, el muchacho huyó de casa en octubre de 2011 para ir a buscar a su padre. Una semana después murió en un ataque de drones.

Si la muerte de un estadounidense de dieciséis años no ha encendido un debate importante en los medios norteamericanos a propósito del carácter descaradamente ilegal de los ataques con drones, es evidente que la muerte de yemeníes o somalíes pobres no causará el menor revuelo.

Estados Unidos no es el único país que mata por control remoto. Un informe publicado en el *Washington Post* en diciembre de 2011 detallaba el uso de drones, por parte de los militares israelíes, en la Franja de Gaza, donde viven hacinados millones de palestinos. El miedo a estar vigilados sin cesar y a ser víctimas inesperadas de la aviación no tripulada no hace sino exacerbar la desdicha de la existencia que llevan.²⁸

En 2009, Human Rights Watch emitió numerosos informes sobre civiles alcanzados por drones durante la invasión israelí de Gaza aquel mismo año. En un caso, una madre estaba sentada en la terraza mientras su pequeño hijo Mu'mim iba en bicicleta. De súbito

se oyó una tremenda explosión. Cuando Nahla Allaw consiguió ver algo a través del polvo y el humo, quedó horrorizada por el espectáculo que tenía delante: «Las piernas del niño estaban aplastadas y su pecho sembrado de agujeros de los que manaba sangre. Lo cogí en brazos llorando. El niño agonizaba. Yo le hablaba y le decía: "Te pondrás bien, cariño".»²⁹

El Centro Palestino para los Derechos Humanos informó de que los misiles disparados por los drones habían causado 825 muertos, entre los que había un elevado porcentaje de civiles que perecieron porque fueron confundidos con otros o porque los alcanzó la metralla de las explosiones. Con el público estadounidense embaucado por la retórica que califica la matanza de terroristas de necesidad para la seguridad nacional y desoye los gritos de las víctimas, ahogados por la mordaza de la complicidad local y el poder imperialista, la guerra de los drones representa una de las mayores burlas a la justicia que ha visto nuestra época. No sólo se mata con absoluta impunidad a ciudadanos estadounidenses y a civiles extranjeros inocentes, sino que además hay cientos de miles que han quedado mutilados física y psicológicamente, sin techo y sin medios de vida.

Estas agresiones de las que nadie se responsabiliza representan para los norteamericanos una erosión de la democracia. Las declaraciones de guerra no las deciden ya funcionarios elegidos que obran en representación de los ciudadanos, sino contratistas anónimos y sicarios del gobierno que matan con regularidad pero que no dan la cara para responder ante los ciudadanos, ustedes y yo, en cuyo nombre aprietan sin ningún esfuerzo el botón de «disparo».

¿ES LEGAL MATAR CON DRONES?

Si se hace algo durante el tiempo suficiente, el mundo lo aceptará. El derecho internacional se basa en la idea de que un acto prohibido hoy se vuelve permisible cuando lo cometen muchos países [...]. El derecho internacional progresa mediante infracciones. Inventamos la tesis del asesinato selectivo y tuvimos que defenderla. Al principio hubo obstáculos que dificultaron su inserción en los moldes legales. Ocho años después están dentro de las fronteras de la legitimidad.

CORONEL DANIEL REISNER, ex director
del Departamento Jurídico de las Fuerzas
Armadas de Israel¹

No estamos dando los primeros pasos en esto [los asesinatos selectivos]; venimos haciéndolo desde 2001 y hay un protocolo bien establecido.

BRUCE RIEDEL, ex analista de la CIA²

Antes, si el gobierno de Estados Unidos quería que muriese alguien que vivía en el extranjero, se limitaba a enviar a sicarios de élite que se servían de todos los medios para eliminar al objetivo, desde puros explosivos hasta las eficaces y anticuadas balas. Pero atentar contra alguien en persona y sobre el terreno comportaba riesgos importantes, tanto para el sicario, que podía ser liquidado o capturado, como para quienes habían encargado el asesinato, que podían quedar en evidencia e incluso ser acusados.

Pero los tiempos han cambiado. Actualmente, cuando hay que

cometer asesinatos patrocinados por el Estado, el gobierno estadounidense prefiere la facilidad y la comodidad de los ataques con drones no tripulados, bajo el amparo legal de su guerra internacional contra el terrorismo. Desde sus comienzos durante el gobierno de George W. Bush, la confianza depositada en los drones para matar ilegalmente ha subido como la espuma, tanto que su sucesor, el presidente Barack Obama, ya no los utiliza sólo en Irak y Afganistán, sino también muy lejos de los campos de batalla donde Estados Unidos está combatiendo oficialmente.

En Pakistán, en teoría un aliado de Estados Unidos, Obama autorizó el cuádruple de ataques con drones durante sus dos primeros años de presidencia que su predecesor en el curso de sus dos mandatos. La verdad es que, al margen de quién esté en la Casa Blanca, la excusa ha sido siempre la misma: los ataques son ejercicios de autodefensa.

Tanto con administraciones republicanas como demócratas, los funcionarios estadounidenses repiten que el gobierno tiene derecho a matar dondequiera y a quienquiera que dicho gobierno crea que supone una amenaza para el país. El gobierno de Estados Unidos no necesita estar formalmente en guerra con el país donde lleva a cabo sus atentados, ni necesita presentar ninguna prueba –en juicio civil, ante un tribunal militar o ante la opinión pública– de que el objetivo es culpable de un delito. En realidad, en la inmensa mayoría de los casos, según *Los Angeles Times*, el gobierno estadounidense ni siquiera conoce la identidad de aquellos a quienes mata.

No era así antes del 11 de septiembre. Por ejemplo, dos meses antes del ataque contra las Torres Gemelas, el embajador estadounidense en Israel, Martin Indyk, denunció los asesinatos selectivos contra palestinos por parte de Israel. «El gobierno de Estados Unidos está clara y tradicionalmente en contra de los asesinatos selectivos», sostuvo. «Son asesinatos ilegales y no los apoyamos.»³ Las prácticas por las que Estados Unidos censuraba a Israel no tardaron en formar parte de la guerra estadounidense contra el terrorismo. Y nadie del gobierno volvió a llamarlas asesinatos.

Las presunciones de inocencia, los juicios con jurado y las declaraciones formales de guerra pasaron a ser molestos anacronismos legales. Los presidentes de Estados Unidos afirman ahora su derecho a ser jueces, jurados y verdugos, en la práctica una licencia para matar exenta de las irritantes interferencias de los mecanismos de control. La única ley que importa realmente es «la Ley del 11-S».

Por lo que se refiere a las leyes interiores, el puntal jurídico de los ataques de los drones es la Autorización para Usar la Fuerza Militar de 2001, que el Congreso aprobó días después del 11 de septiembre. Capacita al presidente para «emplear toda la fuerza necesaria y apropiada» para perseguir a los responsables de ataques terroristas. La Ley de Autorización de la Defensa Nacional, de 2012, confirmó la autoridad del presidente por la autorización de 2001.

En un discurso pronunciado en marzo de 2010 ante la Sociedad Americana para el Derecho Internacional, el máximo consejero jurídico del gobierno Obama, Harold Koh, trató de contrarrestar las crecientes críticas que afirmaban que las muertes extrajudiciales perpetradas por drones infringían las normas internacionales.⁴ «Estados Unidos está en un conflicto armado con Al Qaeda, así como con los talibanes y fuerzas asociadas, en respuesta a los terribles ataques del 11 de septiembre», dijo Koh, «y podría usar la fuerza en virtud de su inherente derecho a la autodefensa, de acuerdo con las leyes internacionales», sin excluir las «operaciones mortales con vehículos aéreos no tripulados». Pero muchos expertos legales se mostraron disconformes con la radical afirmación de Koh y las políticas que justificaba.

¿QUÉ ES EL «DERECHO A LA AUTODEFENSA»?

Según el derecho internacional, todos los países tienen derecho a defenderse de un ataque inminente. Por ejemplo, si un ejército concentra tropas a lo largo de mis fronteras y está claro que prepara una invasión, mi país está legalmente autorizado a defenderse «por adelantado». Pero como ha sostenido el gobierno estadounidense

desde un caso que hizo historia en el siglo XIX y sentó un precedente internacional, un acto así sólo está justificado si «la necesidad de la autodefensa es inmediata, inevitable y no permite otra opción ni ningún momento de deliberación».⁵

En otras palabras, los dirigentes políticos de un país no pueden utilizar legalmente una fuerza mortal simplemente porque crean que, quizá, en algún momento indeterminado del futuro, un individuo o nación decidirá hacerles daños. Por eso, la invasión de Irak de 2003, que la administración Bush afirmó que era un acto de autodefensa «preventiva», fue una clara infracción del derecho internacional, como admitió incluso el propio Richard Perle del Pentágono.⁶ Es posible que Sadam Husein fuera un tirano y un dictador, pero nunca hubo ninguna prueba de que tuviera intención de atacar el territorio nacional estadounidense, ni siquiera de que tuviese capacidad para ello.

Las guerras de los drones son una descarada falta de respeto al derecho. Hay dos clases de ataques con drones. Los «ataques personalizados» son aquellos en que se elige a una persona concreta que figura en una «lista de elementos a exterminar» por ser considerada una amenaza para Estados Unidos. La otra clase es la de los *signature strikes*; no se basan en la presencia de un conocido sospechoso de ser terrorista que se haya comprometido a destruir Estados Unidos, sino en la circunstancia de que el comportamiento de la persona o personas seleccionadas coincida con el de un combatiente, según el criterio del operador de un dron que observa a miles de kilómetros de distancia. Para empeorar las cosas, el gobierno se negó a explicar cómo define el término «combatiente». A pesar de esta vaguedad, casi todos los ataques de los drones entran en la segunda categoría.

No está tan claro que los ataques eliminen realmente las amenazas contra Estados Unidos, ni siquiera cuando el gobierno estadounidense mata a combatientes armados. Por ejemplo, casi todos los talibanes que operan en Afganistán y Pakistán quieren expulsar de su país a las fuerzas extranjeras de ocupación, no organizar ataques terroristas a nivel internacional.

Lo mismo puede decirse de los guerrilleros que operan en Somalia. En 2011 la administración Obama empezó a utilizar allí drones Predator para atacar a personas sospechosas de militar en la organización Al Shabab, un grupo que se propone fundar un Estado islámico y que en la actualidad lucha contra el gobierno (no elegido) del país, que cuenta con el apoyo de Occidente.⁷ Aunque nadie tomaría a estos guerrilleros por pacifistas activos, Al Shabab no representa ninguna amenaza para el territorio nacional estadounidense. Incluso la administración Obama lo admitió. Pese a ello, según informó el *Washington Post* en diciembre de 2011, el Mando Conjunto para Operaciones Especiales (JSOC) de las fuerzas armadas estadounidenses lleva tiempo deseando aumentar los ataques de drones en Somalia, entre otros contra campamentos de Al Shabab, donde se sabe que algunos ciudadanos estadounidenses han estado entrenando.⁸ «Pero el gobierno sólo ha autorizado un puñado de ataques», decía el periódico, «por temor a que una campaña más ruidosa saque a Al-Shabab del gueto de las amenazas regionales y lo convierta en un adversario decidido a perpetrar ataques en suelo estadounidense.»

Es decir que la administración Obama admitió que Al Shabab no suponía una amenaza para Estados Unidos y que sólo una campaña de ataques amplia y continuada podría cambiar este enfoque. Para que luego digan que los drones se utilizan sólo en misiones de autodefensa. Porque incluso el gobierno estadounidense reconoce que su uso podría aumentar el riesgo de que se ataque a su país.

¿QUIÉNES SON OBJETIVOS LEGÍTIMOS?

¿Se puede matar legalmente a una persona por excitar sentimientos antiamericanos o defender la guerra santa contra Occidente? No. Hay normas sobre a quién se puede seleccionar.⁹ Si estamos en un conflicto armado, el asesinato selectivo es legal si el objetivo es un combatiente y sólo en este caso, y si se tratase de un civil, sólo podríamos hacerlo si «participara directamente en las hostilidades». La expresión «participación directa» describe al

individuo que apoya activamente el combate –es decir, que tiene en las manos una pistola o una bomba– o que planea o dirige operaciones militares futuras. No describe a quien se limitó a planear operaciones en el pasado, ni a quien aporta apoyo económico, defensa moral o cualquier otra ayuda no combativa.

Cuando *no* estamos en un conflicto armado, las normas son más estrictas. Únicamente se debe matar para proteger la vida y sólo cuando no hay otros medios, como la detención o la incapacitación no mortal, para suprimir la amenaza.

Describir qué es un objetivo legítimo es particularmente problemático cuando un país, como Estados Unidos, libra los combates en una parte del mundo que comprende mal y sobre la que obtiene información por lo general errónea. Los drones se han dirigido una y otra vez contra edificios o grupos inocentes, desde banquetes de bodas hasta reuniones de ancianos de la tribu.

Sabemos que el gobierno comete errores, muchos errores, cuando pone a éste o aquél la etiqueta de «terrorista». Durante la administración Bush, el entonces secretario de Defensa Donald Rumsfeld aseguró a la ciudadanía que los prisioneros encerrados en Guantánamo era «lo peor de lo peor», y luego se averiguó que entre ellos había centenares de inocentes que los cazadores de recompensas habían entregado a los soldados norteamericanos. ¿Por qué debería creer la ciudadanía lo que dice la administración Obama sobre las personas eliminadas con los drones?

¿PUEDE UN GOBIERNO MATAR A SUS PROPIOS CIUDADANOS SIN JUICIO PREVIO?

El 30 de septiembre de 2011, un dron Predator estadounidense que volaba sobre Yemen lanzó un misil Hellfire contra un coche en el que iban dos ciudadanos estadounidenses, Samir Khan y Anwar al-Awlaki. Los dos eran propagandistas de un grupo terrorista que se había inspirado en Al Qaeda. Samir Khan era director de *Insight*, una revista en lengua inglesa que hacía propaganda de Al Qaeda en la península arábiga y no estaba en la «lista de elementos a exterminar». Fue simplemente un daño colateral en el ataque contra

al-Awlaki, un imán radical que figuraba en una lista secreta de atentados desde hacía más de un año.

La administración Obama nunca se planteó presentar pruebas contra al-Awlaki. El motivo por el que se incluyó en una lista presidencial de objetivos es material clasificado. A los ciudadanos estadounidenses no se les presentó en ningún momento ninguna prueba que lo relacionara con actos de terrorismo –sí, en cambio, con conferencias y discursos poco gratos– y nunca fue acusado de ningún delito. El Departamento de Justicia de Obama se opuso incluso a las medidas que tomó su padre para obligar al gobierno a que lo hiciera. Pero el tribunal tomó partido por el gobierno y calificó de «judicialmente no revisable» la orden del presidente de atacar contra la vida de un ciudadano estadounidense sin juicio previo ni explicación.

El fallo del juez dejó sin responder algunas preguntas serias. Fuera del contexto del conflicto armado, ¿no debería permitirse al gobierno que ejecutara «el asesinato selectivo» de un ciudadano estadounidense únicamente como último recurso para afrontar una amenaza inminente contra la vida o la seguridad física? ¿Por qué el tribunal no ordenó al gobierno que revelara el criterio legal que utiliza para incluir a ciudadanos estadounidenses en las listas gubernamentales de individuos a exterminar? ¿Por qué se exige la sanción judicial cuando Estados Unidos decide seleccionar y vigilar a un ciudadano norteamericano en el extranjero, pero no cuando el gobierno decide matarlo?

«Si el fallo del tribunal es justo, el gobierno tiene autoridad no revisable para llevar a cabo donde quiera asesinatos selectivos de ciudadanos estadounidenses a los que el presidente considere que representan una amenaza para la nación», dijo Jameel Jaffer, subdirector jurídico de la ACLU. «Costaría mucho concebir una propuesta más incompatible con la Constitución o más peligrosa para la libertad estadounidense. Vale la pena recordar que el poder que el tribunal concede hoy al presidente estará disponible no sólo en el presente caso, sino también en casos futuros, y no sólo para el presidente actual, sino también para todos los presidentes que hayan de venir. Es un tremendo error conceder este poder sin

precedentes para que sea ejercido sin los mecanismos de control que son de rigor en cualquier otro contexto.»¹⁰

Inmediatamente después de la muerte de al-Awlaki, el experto en derecho constitucional Barack Obama proclamó que el atentado había sido un «golpe importantísimo» contra Al Qaeda. El republicano Peter King, presidente del Comité de Seguridad Nacional del Congreso, insistió en que el ataque moral era legítimo. «Fue totalmente legal», dijo. «Si un ciudadano empuña las armas contra su propio país, se convierte en enemigo del país.»

Pero al igual que cualquier otro ciudadano estadounidense, al-Awlaki tenía derecho, de acuerdo con la legislación estadounidense, a la presunción de inocencia y a un juicio con jurado, aunque hubiera sido en rebeldía. Es posible que al-Awlaki fuera un traidor que se había pasado al enemigo, pero la Constitución exigía que fuese declarado culpable por el «testimonio de dos testigos» o una «confesión durante un juicio público», no por la decisión unilateral del Ejecutivo.

Puesto que al-Awlaki –como muchos otros sospechosos de terrorismo que nunca fueron acusados pero sí víctimas de asesinatos selectivos– no estaba en zona de guerra, según el derecho internacional el gobierno estadounidense debería haber agotado todas las medidas para localizarlo y detenerlo antes de recurrir a la fuerza mortal. La administración Obama se negó a hacerlo, señalando que el empleo de fuerza mortal era el primer recurso del gobierno, no el último.

Después de la muerte de al-Awlaki, legisladores, politólogos y antiguos funcionarios del gobierno de todo el espectro político exigieron más transparencia en el programa norteamericano de los drones.¹¹

En vez de dar transparencia, la CIA respondió dos semanas después con otro ataque de drones en el sureste de Yemen que acabó con la vida de nueve personas, entre ellas el hijo de al-Awlaki, de dieciséis años y también ciudadano estadounidense. Los funcionarios dijeron que quienes dieron la orden de matar no sabían que el adolescente estadounidense estaba en el grupo. Pero aunque

lo hubieran sabido, no es seguro que hubieran detenido el ataque y no se tomaron medidas disciplinarias contra quienes autorizaron el ataque que segó la vida de un joven que no suponía ninguna amenaza para Estados Unidos.

¿POR QUÉ NO CAPTURAR A LOS SOSPECHOSOS DE TERRORISMO?

Durante la administración Bush hubo redadas muy lejos del campo de batalla y se detuvo a centenares de individuos a quienes se puso la etiqueta de «combatientes enemigos». Fueron encerrados –por tiempo indefinido sin acusación ni juicio en la Bahía de Guantánamo y en cárceles de Irak y Afganistán. La CIA capturó y retuvo a más centenares en lugares secretos de todo el mundo. Esta práctica resultó ser problemática. Los abogados denunciaban las detenciones indefinidas como un escarnio a las normas internacionales y muchos detenidos eran indiscutiblemente inocentes. El gobierno estadounidense se vio inmerso en una pesadilla a largo plazo en lo tocante a las relaciones públicas, exacerbada por las condiciones inhumanas y crueles que describían los encerrados injustamente.

Barack Obama estaba decidido a no cometer el mismo error. Su política contrterrorista fue notablemente distinta a la de su predecesor, pero no en el sentido en que habrían deseado los defensores de los derechos humanos. Algunos la llamaron doctrina de «eliminar, no capturar».

Noah Feldman, catedrático de derecho constitucional e internacional de la Universidad de Harvard, lo dijo así: «El equipo de Obama observó que retener a sospechosos de terrorismo expuso a la administración Bush a duras críticas (la de ellos, por ejemplo).»¹² En cambio, «Los terroristas muertos no cuentan historias ni tienen abogados que clamen por sus derechos humanos».

La doctrina Obama de «eliminar, no capturar» fue explicada con toda claridad por el fiscal general Eric Holder durante una encuesta parlamentaria de marzo de 2010.¹³ Preguntado por la posibilidad de conceder un juicio a Osama bin Laden, respondió que aquello era

«hablar de una situación hipotética que nunca se producirá. Cuando le leamos sus derechos, Osama bin Laden será cadáver». ¹⁴

En una misión en la que participaron drones de vigilancia, el desarmado bin Laden fue liquidado por un equipo de operaciones especiales de la armada. Según dijo el *National Journal*, «no fue un accidente». ¹⁵

«Un militar de alta graduación que informó del asalto dijo que los de operaciones especiales sabían que su misión no era capturarlo con vida», explicaba el *Journal*.

Por lo visto, la lección de Guantánamo y de los años de Bush se resumía en esto: matar extrajudicialmente a supuestos terroristas, aunque legalmente dudoso, es mejor que detenerlos. Ahorra la posibilidad de enfrentarse a problemas internacionales a largo plazo y a campañas públicas de engreídos defensores de los derechos humanos. Y nadie, ni siquiera los miembros de un tribunal militar, necesitará valorar las bases demostrativas de las ejecuciones.

¿PUEDEN LOS DRONES DE ESTADOS UNIDOS ATACAR DONDE LES PLAZCA?

No. En un informe de mayo de 2010, Philip Alston, experto en derecho internacional de la Universidad de Nueva York y a la sazón informador especial de Naciones Unidas para las ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias, lo dejó bien claro: «Fuera del contexto del conflicto armado, el uso de drones para llevar a cabo asesinatos selectivos es probable que casi nunca sea legal.» ¹⁶

Estados Unidos, el país que más utiliza drones para llevar a cabo asesinatos selectivos, alega que sus ataques están legalmente justificados porque está empeñado en una guerra mundial contra Al Qaeda y grupos terroristas relacionados con él. Amparándose en este criterio, la CIA obraría legalmente lanzando un misil Hellfire contra un presunto terrorista en una casa de Hamburgo, un restaurante de Londres o una mezquita del norte del estado de Nueva York. ¿Por qué limitarse a lanzar bombas en países pobres donde manda gente de otras razas?

El informe de Alston señalaba que la afirmación abstracta de que

Estados Unidos está embarcado en un conflicto armado mundial elude algunos temas legales de la máxima importancia, entre ellos «el alcance concreto del conflicto armado, los criterios que juzgan qué individuos pueden ser seleccionados y asesinados, la existencia de salvaguardas fundamentales o de procedimiento que garanticen la legalidad y la precisión de las ejecuciones y la existencia de mecanismos de responsabilidad».

Lo más conflictivo, decía Alston, es que el gobierno estadounidense se ha «negado a revelar quién ha sido ejecutado, por qué razón y con qué consecuencias colaterales. El resultado ha sido la sustitución de normas legales claras por una licencia para matar vagamente definida y la creación de un importante vacío en el terreno de las responsabilidades».

Otros expertos están de acuerdo. «Los drones no son de uso legítimo fuera de las zonas de combate», declaró Mary Ellen O'Connell, catedrática de la facultad de derecho de Notre Dame, en una encuesta del Congreso celebrada en abril de 2010. «Fuera de estas zonas, las fuerzas de seguridad que deben intervenir son los agentes de policía y por lo general es necesario avisar a la policía antes de emplear una fuerza mortal.»¹⁷

Traducción: aunque el gobierno estadounidense alega que su guerra contra el terrorismo tiene un alcance mundial, el conflicto armado es real y legalmente definible. Si una unidad militar está librando una batalla real en un campo de batalla real, entonces no, legalmente no necesita detener y acusar a los combatientes enemigos. Pero lejos de un enfrentamiento en una zona de guerra reconocida, el instrumento idóneo –y legal para perseguir a quienes supuestamente tienen vínculos con el terrorismo son las fuerzas de orden público, no los militares ni los organismos de espionaje. Esto significa que fuera del contexto de un campo de batalla real es ilegal utilizar drones armados, que son armas de guerra incapaces de apresar vivos a los sospechosos.

Como dijo la ACLU en una carta al presidente Obama, publicada en abril de 2010: «El mundo como entidad total no es una zona de guerra y las tácticas de tiempos de guerra que podrían estar

permitidas en los campos de batalla de Afganistán e Irak no pueden aplicarse en ningún otro lugar del mundo donde casualmente se localice a un sospechoso de terrorismo.»¹⁸

PERO ¿Y SI UN PAÍS PERMITE ATAQUES CON DRONES?

Algunos arguyen que los ataques con drones fuera de las zonas de guerra reconocidas son legales si los ha autorizado el gobierno en cuyo territorio han tenido lugar. En tales casos, prosigue esta argumentación, no se puede aducir que se haya atentado contra la soberanía de una nación.

Según un telegrama del Departamento de Estado norteamericano que trascendió a los medios, el dictador de Yemen aceptó que los drones y otros aviones estadounidenses lanzaran ataques contra su país, diciendo: «Seguiremos afirmando que las bombas son nuestras, no de ustedes.»¹⁹ La postura del gobierno de Pakistán fue más compleja. Al principio aceptó en privado, aunque públicamente lo condenó. Un telegrama diplomático de Estados Unidos y hecho público por WikiLeaks citaba las siguientes palabras del primer ministro Yusuf Gilani: «No me importa que lo hagan mientras acaben con el personal indicado. Nos quejaremos en la Asamblea Nacional y luego nos desentenderemos.»²⁰ Este consentimiento tácito se retiró a fines de 2011, cuando un ataque aéreo de la OTAN mató por error a veinticuatro soldados pakistaníes.²¹ El gobierno de Pakistán reaccionó desalojando una base de drones de la CIA situada cerca de la frontera con Afganistán y amenazando con abatir los drones que invadieran su espacio aéreo.

A nivel legal, sin embargo, no importa en el fondo que un gobierno lo permita o no. La soberanía es sólo un aspecto de la argumentación legal contra las ejecuciones extrajudiciales con drones. Otro es el derecho de los acusados. Aunque algunos gobiernos hayan dado luz verde a los ataques con drones dentro de su territorio, la profesora O'Connell, en su declaración ante el Congreso, señaló que «no pueden conceder un derecho que no tienen». En otras palabras, el visto bueno de un mandatario de

determinado país para que un gobierno extranjero mate a un ciudadano de dicho país no convierte en legal la ejecución. La verdad es que «los Estados no deberían utilizar en su territorio la fuerza militar contra los individuos cuando basta la movilización de las fuerzas de orden público».

¿QUIÉN TIENE DERECHO A LLEVAR A CABO ESTOS ATAQUES?

Fuera de una zona de guerra, nadie tiene autoridad para lanzar un ataque de drones, según el derecho internacional. En una zona de guerra, sin embargo, el personal militar uniformado –y sólo el personal militar uniformado– está legalmente autorizado a emplear la fuerza mortal, una circunstancia que el gobierno estadounidense ha sacado a relucir para declarar «combatientes ilegítimos» a sus enemigos talibanes de Afganistán.

Aunque la fuerza aérea estadounidense y el JSOC han llevado a cabo multitud de operaciones con drones, la CIA, un organismo civil, ha desempeñado un papel significativo en ellas. Según Gary Solis, catedrático de derecho de la Universidad de Georgetown y autor de *The Laws of Armed Conflict*, eso es totalmente ilegal.

«En el contexto de un conflicto armado internacional, los agentes de la CIA, a diferencia de sus homólogos militares pero al igual que los guerrilleros a los que seleccionan, son combatientes ilegítimos», explicó Solis en las páginas de opinión del *Washington Post* en marzo de 2010.²² «A semejanza de sus objetivos insurgentes, son combatientes sin uniforme ni distintivos que intervienen directamente en las hostilidades, empleando fuerza armada contraria a las leyes y tradiciones de la guerra. Aunque estén instalados en Langley, los pilotos de la CIA son civiles que infringen la necesidad de hacer distinciones, un concepto fundamental del conflicto armado, ya que intervienen directamente en las hostilidades.»

Y no son sólo los agentes de la CIA quienes infringen la ley. El *New York Times* informó en agosto de 2009 de que los drones de la CIA eran en realidad armados por contratistas privados de Blackwater, o «Academi», como se llama la empresa ahora.²³ La

información obtenida por McClatchy-Tribune News Service, según la Ley de Libertad Informativa, decía que al menos una docena de contratistas del Departamento de Defensa suministra personal de ambos sexos para todos los aspectos del programa de los drones, incluida la llamada «cadena ejecutora»,* pero antes de que se lancen los misiles.²⁴

El teniente coronel Duane Thompson, principal abogado de la División Jurídica de las Operaciones de la Fuerza Aérea, advirtió en 2008, en una publicación jurídica militar, que permitir que personal no militar comunique directamente a los pilotos información sobre objetivos infringe las leyes internacionales de la guerra.²⁵

Los civiles no están sujetos al Código de Justicia Militar, que considera al personal militar responsable de los crímenes de guerra o de la infracción de las normas de la entrada en combate. «Las personas que confían la identificación de objetivos para misiones inminentes en el mundo real a las personas que causan daño real a personal o equipo enemigo deben ser militares de uniforme», decía Thompson.

¿Y SI HICIERA ESTAS COSAS UN PAÍS QUE NO FUERA ESTADOS UNIDOS?

Los defensores de la excepcionalidad estadounidense creen que lo que hace Estados Unidos está bien porque es Estados Unidos el que lo hace. Pero más allá de señalar con el dedo a George Washington y la bandera nacional, los defensores de las ejecuciones extrajudiciales con drones que comete Estados Unidos lo tendrían muy crudo para formular una acusación en toda regla contra otros países que hicieran suyo el derecho a atacar unilateralmente con drones a quienes considerasen sus enemigos.

Tal fue la advertencia incluida en una declaración de octubre de 2011 que presentó Christof Heyns, informador especial de Naciones Unidas sobre ejecuciones extrajudiciales, sumarias o arbitrarias.²⁶ Experto en la legislación sobre derechos humanos y docente de la Universidad de Pretoria, en Sudáfrica, Heyns alertó enérgicamente contra el uso extrajudicial de drones exterminadores, señalando que

«el uso de estos métodos por ciertos Estados para eliminar oponentes en países de todo el mundo plantea la pregunta de por qué otros Estados no pueden recurrir a las mismas prácticas».

Que Estados Unidos es Estados Unidos y por lo tanto tiene derecho a emplear tácticas no permitidas a países menos excepcionales podría servir de tema de discusión en un programa de entrevistas de la tele o para un editorial del *Washington Post*. Pero en el mundo real, señaló Heyns, «el peligro es que estalle una guerra mundial sin fronteras en la que nadie estará a salvo».

Como indica Human Rights Watch, si otros países se apropiaran de la lógica estadounidense, China podría declarar «combatiente enemigo» a cualquier activista de la etnia uigur que viva en Estados Unidos y lanzar un misil sobre Manhattan; Rusia podría alegar que tiene derecho a envenenar a cierta persona que vive en Londres porque está presuntamente vinculada con combatientes chechenos.²⁷

O pensemos en el caso de Luis Posada Carriles, un cubanoestadounidense que vive en Miami y es un conocido terrorista.²⁸ Condenado por colocar, en 1976, en un avión cubano una bomba que mató a setenta y tres personas, Posada confesó que quería derrocar el régimen cubano y que por eso llevó a cabo diversos actos terroristas, entre ellos la colocación de una serie de bombas en La Habana en los años noventa (una de las cuales mató a un turista italiano). En 2000 fue detenido en Panamá con más de quince kilos de explosivo plástico y acusado de planear un atentado contra Fidel Castro cuando éste se dirigiera a cientos de estudiantes en la Universidad de Panamá. Indultado cuatro años después, Posada entró ilegalmente en Estados Unidos.

Dado el precedente sentado por el gobierno estadounidense con sus asesinatos selectivos en el extranjero, el gobierno cubano podría alegar –sobre todo a la luz del fracaso del sistema jurídico estadounidense para llevar a Posada ante la justicia que tiene derecho a lanzar un misil Hellfire contra el centro de Miami para eliminar a un terrorista confeso y enemigo jurado.

Esto no lo volvería justo. Pero así como el empleo de la tortura por

parte de Estados Unidos socava su autoridad para denunciar la tortura en otros países, lo mismo sucede con su empleo de drones para atentar contra presuntos enemigos. Aunque los excepcionalistas pueden defender el derecho estadounidense a emplear tales técnicas, la perspectiva de que otras naciones aprovechen ese precedente debería hacerles reflexionar.

¿QUÉ PASA CON LAS BAJAS CIVILES?

Un concepto clave en el derecho de los conflictos internacionales es la proporcionalidad. Esto significa que tenemos que cotejar la importancia del objetivo militar con el daño que puede producirse a los civiles durante la acción, y tenemos que hacer todo lo posible para evitar equivocaciones y minimizar las bajas civiles.

En la guerra contemporánea, los soldados no se lían a puñetazos en el campo de batalla, sino que combaten en escenarios urbanos y rurales donde hay abundancia de viviendas, mercados abarrotados, niños que juegan, peatones que pasean. Los combatientes contra los que luchan los estadounidenses no llevan uniforme y muchos son soldados de noche, y agricultores, taxistas o cualquier otra cosa de día. El mayor problema no es tanto combatir al enemigo como *encontrarlo*.

Aquí es donde entran los drones. Pues aunque sus cámaras supersensibles pueden localizar a la persona que transporta explosivos y lanzar un misil para «neutralizarla», con demasiada frecuencia el misil en cuestión se lleva también por delante al taxista, a los familiares o a viandantes que están allí por casualidad.

Luis Moreno Ocampo, ex fiscal jefe del Tribunal Internacional, escribió que «el derecho humanitario internacional y el Estatuto de Roma permiten que los beligerantes lleven a cabo ataques proporcionados contra objetivos militares, incluso cuando se sabe que habrá civiles muertos o heridos. Se comete un crimen cuando hay un ataque intencionado contra civiles o se lanza un ataque contra un objetivo militar sabiendo que las bajas civiles accidentales serán excesivas en relación con la ganancia militar prevista».²⁹

La pregunta clave, pues, es quién define lo «excesivo». Si un misil alcanza su objetivo, ¿será excesivo si también mata a una persona inocente? ¿Lo será si mata a dos inocentes a cambio de un enemigo? ¿Y a tres? ¿Quién está autorizado a decirlo? Y, más importante aún, ¿se plantea alguien estas preguntas?

A falta de suficientes voces que pregunten, y amparada bajo el manto de la ambigüedad legal y la seguridad nacional, la impunidad es lo que prevalece.

Hasta marzo de 2012 no se hablaba de estos temas legales y quien levantó la liebre fue el fiscal general Eric Holder cuando pronunció un discurso ante los estudiantes de la facultad de derecho de la Universidad Northwestern. Dijo que la Constitución investía al presidente de poder para proteger el país de cualquier amenaza inminente de ataque violento, y que para eso no había límites geográficos porque «estamos en guerra con un enemigo sin Estado, con tendencia a trasladar sus operaciones de un país a otro». Justificó la ejecución incluso de ciudadanos estadounidenses en países extranjeros, porque la Constitución no garantiza a los ciudadanos estadounidenses el derecho a un proceso judicial, sino sólo al «proceso debido». La mejor réplica a Holder no la emitió la comunidad jurídica, sino el presentador de televisión Stephen Colbert.

«Sí, los redactores de la Constitución no eran quisquillosos», admitió Colbert. «Juicio con jurado; juicio de Dios; sota, caballo y rey. ¿A quién le importa? Proceso debido sólo significa que hay un proceso en curso.» El proceso actual, explicó, es que el presidente se reúna con su consejero y decida a quiénes matar. Entonces va y los mata. «Si hemos de ganar nuestra interminable guerra contra el terrorismo, será inevitable que haya bajas.» Colbert suspiró. «Y da la casualidad de que una será la Constitución.»

LA MORALIDAD MUERDE EL POLVO

Los drones eran aterradores. Como trazan círculos en el aire, desde tierra es imposible determinar a quién o a qué le siguen la pista. El zumbido de una hélice lejana nos recuerda en todo momento que la muerte está al acecho. Los drones lanzan misiles que viajan más aprisa que el sonido. La víctima de un dron nunca oye el misil que la mata.

DAVID ROHDE, secuestrado por los talibanes en 2009¹

Algunos dicen que los drones salvan vidas, y no sólo las de los pilotos. Los defensores de los drones dicen que salvan la vida a los soldados gracias al decisivo apoyo aéreo que dan a las tropas de tierra, y salvan a civiles situados en zonas de conflicto porque son más precisos que los bombarderos o la artillería de largo alcance. Alegan, además, que si se puede matar a los dirigentes de un grupo extremista violento con bombas de precisión y en consecuencia evitar un conflicto de mayor envergadura, es moralmente obligatorio hacerlo.

Tal fue ciertamente la opinión dominante en un encuentro que tuve con representantes del Departamento de Estado y el Pentágono. «Hay una guerra en curso y los drones son la forma más refinada, segura y humana de librarla», dijo Jeff Hawkins, de la Oficina de Democracia y Derechos Humanos del Departamento de Estado. Cuando pregunté por la reacción antiamericana, replicó: «He pasado tres años en Pakistán. De todos modos, en aquel país hay muchas teorías de la conspiración y mucho sentimiento antiamericano. Si no estuvieran enfadados con Estados Unidos por los drones, lo estarían por cualquier otra cosa».

Maureen White, que se encarga de los refugiados en el

Departamento de Estado y anteriormente estuvo en la junta directiva de Human Rights Watch, era una entusiasta de los drones e insistió en que el verdadero problema era de marketing. «No hemos sabido controlar el debate», dijo. «Los talibanes tienen un movimiento local en las áreas tribales de Pakistán, un movimiento depravado. Aterrorizan a los civiles y producen millares de refugiados. Es fundamental eliminar a los dirigentes con los drones. Es un mecanismo exacto de localización y selección, y es preciso y eficaz. Desde el punto de vista militar, los drones son un sueño hecho realidad.»

La realidad, sin embargo, es más compleja. Pues aunque facilitan el exterminio de algunos malos, también facilitan la entrada en guerra.

Durante la guerra de Vietnam resultaron afectadas todas las familias con hijos en edad militar. Y lo mismo sus amigos, sus novias, sus abuelos; básicamente toda la comunidad, al menos entre quienes no podían eludir el servicio. Lo mismo había sucedido en la Segunda Guerra Mundial, cuando millones de estadounidenses fueron llamados a filas y quienes no lo fueron participaron de un modo u otro en actividades de apoyo. Actualmente, sin embargo, no hay servicio militar obligatorio y se enrola menos del uno por ciento de la población.

En las guerras actuales combaten menos estadounidenses y, afortunadamente, también mueren menos estadounidenses. Aunque la muerte de cada soldado es una terrible tragedia, los estadounidenses muertos en los conflictos posteriores al 11 de septiembre representan una fracción de los caídos en conflictos anteriores, entre otras cosas por las mejoras introducidas en la atención sanitaria. En la Segunda Guerra Mundial murieron más de 400.000 soldados estadounidenses y más de 50.000 en Vietnam; en cambio, en las guerras de Afganistán e Irak, es decir, en la década de 2001-2011, sólo cayeron algo más de seis mil. Una consecuencia de la reducción de los alistamientos y la disminución de las bajas es que ha habido menor urgencia nacional por analizar si vale la pena librar las guerras.

La crisis económica que empezó en 2008 aumentó las dudas sobre

si Estados Unidos podía permitirse el faraónico presupuesto del Pentágono y minó el apoyo público a las campañas militares en Irak y Afganistán. Pero estas reticencias no estaban entre las principales preocupaciones de los ciudadanos, dado que había millones sin empleo. Así, el Congreso pudo seguir asignando dinero para la guerra, año tras año, contra el deseo de la mayoría.

Conforme los drones sustituían a las botas en los escenarios de la acción, los conflictos se volvieron más oscuros todavía. La paradoja es que aunque las fuerzas armadas están involucradas en más y más largos conflictos que en toda nuestra historia anterior, el personal implicado, afectado, preocupado o combatiente es menos numeroso. La ciudadanía apenas se entera de lo que ocurre. Es como una febrícula con la que el cuerpo político ha aprendido a vivir y que generalmente desestima.

Y a partir de un sondeo del *Washington Post*-ABC News, realizado en febrero de 2012, parece que los ciudadanos no sólo se encogen de hombros ante los ataques de los drones, sino que además los apoyan. Preguntado si aprobaba el uso de aviones no tripulados contra sospechosos de terrorismo en el extranjero, el ochenta y tres por ciento dijo que sí, incluido un setenta y siete por ciento de demócratas liberales declarados. Más escandaloso fue que el setenta y nueve por ciento aprobara el uso de drones aun en el caso de que los supuestos terroristas fuesen ciudadanos estadounidenses con residencia en otros países.²

«Los robots podrían entrañar una lúgubre ironía», advierte el filósofo Peter Singer.³ «Como reducen el coste humano de la guerra, podrían incitarnos a emprender más guerras.»

Los drones podrían muy bien ser el último grito en tecnología para matar y desde luego no peores, por ejemplo, que una bomba atómica. Pero la facilidad con que pueden utilizarse, al contrario que las armas nucleares, amenaza con facilitar las declaraciones de guerra. Y eso representa un problema, según Yosef Lapid, catedrático de relaciones internacionales de la Universidad Estatal de Nuevo México, que está a una hora de viaje de la base aérea de Holloman, el principal lugar de entrenamiento de los pilotos de

drones en Estados Unidos.⁴ Está bien que los drones «reduzcan las bajas o los riesgos que corren los soldados en el campo de batalla», explicó Lapid al *Global Post*. Pero «si eso significa que matar se vuelve fácil o que las sociedades tienen menos dificultades para iniciar una guerra, entonces estamos ante un problema serio».

Con la capacidad bélica de los drones ya no hay necesidad de unir al país para respaldar un conflicto, ninguna necesidad de pedir sacrificios colectivos, ninguna necesidad de caer en largos debates en el Congreso. Tal fue sin duda el caso de la decisión de Obama de involucrarse militarmente en el derrocamiento del régimen del dirigente libio Muammar el-Gadafi.

El 17 de marzo de 2011 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la resolución 1973 que autorizaba la instalación de una zona de exclusión aérea y el empleo de «todos los medios necesarios» para proteger a los civiles del interior de Libia.⁵ Unas semanas después, el presidente Obama aprobaba el uso de drones Predator, armados con misiles Hellfire, para bombardear el complejo residencial de Gadafi y sus tropas leales. Seis meses más tarde, Gadafi fue capturado y pasado por las armas. Aunque el gobierno quedó nominalmente en manos del Consejo Nacional de Transición, señores de la guerra, islamistas, cabecillas tribales y presuntos demócratas peleaban por el poder.

El presidente Obama autorizó el uso de la fuerza en Libia sin consultar con el Congreso. Insistió en que no necesitaba la aprobación de este órgano, porque se trataba sólo de una guerra aérea y Estados Unidos no iba a enviar soldados. En un informe presentado al Congreso, el gobierno afirmó que las operaciones militares en Libia no contravinieron la Ley sobre Competencias en las Declaraciones de Guerra, porque las operaciones militares fueron distintas de las hostilidades contempladas por la Ley.⁶ «Las operaciones de Estados Unidos en Libia no supusieron combates sostenidos ni intercambio de fuego con fuerzas hostiles, ni la presencia de tropas terrestres estadounidenses, ni bajas propias ni una seria amenaza en este sentido.»⁷

Las operaciones de Estados Unidos no supusieron «combates

sostenidos», ni «intercambio de fuego» ni una «seria amenaza» de que se produjeran bajas porque el combate fue ejecutado por drones. Las fuerzas terrestres libias no podían responder al fuego de máquinas que les disparaban desde 15.000 metros de altura. Y no podían matar a los pilotos porque no estaban allí. Aunque los congresistas de ambos lados del hemisferio rechazaron este argumento, el gobierno no dio su brazo a torcer, y no hubo consecuencias legales.

La intervención estadounidense en Libia sentó un precedente para pensar en una estrambótica definición de la guerra que sólo es aplicable si las tropas nacionales se ponen en peligro. Es un claro ejemplo de «facilitación de la guerra» y baja el listón para futuras intervenciones militares a golpe de decreto presidencial.

La campaña de Libia fue también peligrosa por otras dos razones. Reforzó la idea de que los ataques aéreos con alta tecnología no causan bajas civiles. «Hemos llevado a cabo esta operación muy cuidadosamente, sin que se haya confirmado la existencia de bajas civiles», afirmó el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen.⁸ Correspondió a los reporteros del *New York Times* refutar esta declaración, que se basaba en una incompleta exploración del escenario de los hechos, ya que había habido docenas de civiles muertos, entre ellos al menos veintinueve mujeres y niños, casi todos sorprendidos mientras dormían en sus casas cuando cayeron las bombas. Estados Unidos y la OTAN se negaron a reconocer errores y a indemnizar a los damnificados, como se habían visto obligados a hacer en Afganistán.

El ejemplo de Libia también refuerza la idea de que las armas de alta tecnología auguran el éxito, lo cual no siempre es verdad. Fue cierto en Libia, ya que sin el apoyo aéreo de la OTAN cabe la posibilidad de que los rebeldes locales no hubieran triunfado. Además, en el caso de Libia, los ataques aéreos apoyaron una sublevación popular. Pero nunca habría que olvidar las enseñanzas de la derrota de Estados Unidos en Vietnam ni la insensatez de la ocupación soviética de Afganistán. La historia abunda en casos de ejércitos de guerrilleros mal pertrechados y primitivamente armados

que han derrotado a invasores extranjeros más poderosos porque luchaban por una causa en la que creían.

Las ventajas tecnológicas pueden contrarrestarse rápidamente cuando el otro bando se adapta con sentido creativo, cosa que suele suceder. Un caso muy a propósito es la guerra de independencia estadounidense, en la que la mayor potencia militar del mundo fue derrotada por un ejército andrajoso que practicó la guerra de guerrillas. Otro ejemplo es el de los combatientes iraquíes, que reaccionaron ante los potentes vehículos de Estados Unidos colocando sencillas bombas camineras, o Hezbollah, que respondió a los drones israelíes consiguiendo otros por su cuenta.

Uno de los problemas de confiar en armas de alta tecnología es que crean no sólo un falso sentido de superioridad, sino también un incentivo inherente para usarlas. Después de gastar muchos millones en comprar nuevas armas y en entrenar personal para utilizarlas, los militares se mueren por ponerlas a prueba en combates reales. Y los que han recibido entrenamiento desean poner a prueba sus habilidades. Y obviamente, los fabricantes de armas están deseosos de que se usen, para que se compren más.

Algunos contratistas privados que participan en el programa de drones de la CIA tienen otro incentivo. Joshua Foust, del American Security Project, averiguó que el personal contratado para ciertos programas de selección de objetivos trabaja con porcentajes fijos, es decir, que debe revisar un determinado número de objetivos posibles en determinada cantidad de horas. «Como son contratistas, la continuidad de su empleo depende de su capacidad para satisfacer la medida de eficacia establecida», explicó Foust.⁹ «En consecuencia, tienen un incentivo económico para tomar decisiones de vida o muerte en relación con posibles objetivos a ejecutar, sólo para seguir bajo contrato. Debería ser una situación intolerable, pero como el sistema carece de transparencia y no hay revisión exterior, es casi imposible vigilarlo o alterarlo.»

Un documento sobre la política de los aparatos no tripulados presentado por el Ministerio de Defensa del Reino Unido formulaba preguntas que raramente se oyen en los círculos gubernamentales

de Estados Unidos. «Si suprimimos el riesgo de pérdidas [de soldados nuestros] de los cálculos del Ejecutivo cuando consideramos las opciones para afrontar las crisis, ¿hacemos más atractivo el uso de la fuerza armada? ¿Recurrirá a la guerra el Ejecutivo, como opción política, más aprisa que antes?» El documento sugiere luego, aunque de un modo enrevesado, que una de las razones de que hayan intervenido militares extranjeros en Pakistán y Yemen es precisamente la disponibilidad de los drones. «Que estas actividades sean llevadas a cabo exclusivamente por aparatos aéreos no tripulados y que se haya evitado el empleo operativo de tropas terrestres, sugiere que el uso de la fuerza está totalmente en función de la existencia de los aparatos no tripulados; es improbable que se utilizara una escala de fuerza equivalente si no se dispusiera de estos aparatos.»¹⁰

Pakistán nunca habría permitido la presencia de aparatos tripulados en su espacio aéreo, como tampoco tropas extranjeras en su territorio. Precisamente porque se trata de aparatos no tripulados, el gobierno pakistaní pensó que de este modo complacía al gobierno estadounidense y al mismo tiempo tenía una excusa ante sus ciudadanos para alegar que no se estaba atentando contra su soberanía.

Esta tendencia al uso de la fuerza está autorizada en Estados Unidos por una ciudadanía que vive con un miedo incesante. Desde el 11 de septiembre la población está sometida a una difusión sistemática y masiva del temor, un temor que se ha vuelto tan cotidiano que no se nota, salvo quizá cuando el personal de seguridad del aeropuerto pide a la gente que se descalce. Los políticos, incluido el presidente Obama, promueven e intensifican rutinariamente el temor al terrorismo, mediante continuas referencias al 11 de septiembre.

La aceptación oficial por el gobierno de la detención ilimitada de ciudadanos estadounidenses, refrendada por la aprobación de la Ley de Autorización de la Defensa Nacional (NDAA), y el respaldo prestado por muchos políticos a las detenciones y torturas de

Guantánamo, se apoyan en el miedo de la población al terrorismo. Estas políticas intensifican el miedo en cuestión, afirmando que estos burdos escamoteos de los derechos humanos son necesarios por culpa de los muchos y monstruosos enemigos que por lo visto tenemos. Y permite que el gobierno, en una sociedad que se enorgullece de ser la mayor democracia del mundo, cometa escandalosas infracciones de las normas tradicionales de la conducta humana, como las reflejadas en el derecho internacional, que son normas nacidas del profundo manantial del sufrimiento humano, tras muchas décadas de guerra.

La gente tiende a expresarse más contra la violencia de Estado cuando otros instintos humanos básicos frenan sus temores; por ejemplo, la compasión por los heridos y los muertos. Pero desde el 11 de septiembre el gobierno y los medios estadounidenses, por acuerdo expreso o entendimiento tácito, han escatimado sistemáticamente a la ciudadanía las imágenes de los heridos y los muertos en la guerra, porque podrían despertar su solidaridad. Se publicaron imágenes de la cárcel de Abu Ghraib, pero otras siguen estando prohibidas. Durante años no pudieron fotografiarse ni siquiera los ataúdes de soldados estadounidenses muertos. Y aunque los drones han matado y mutilado a millares de personas, los ciudadanos estadounidenses aún no han visto las fotos ni las filmaciones de las consecuencias de los ataques.

Durante la guerra de Vietnam fue distinto. El reclutamiento y la muerte de un elevado número de soldados estadounidenses alimentaron el movimiento antibélico. Pero conforme proseguía la guerra, los estadounidenses empezaron a ver y aprender más sobre los vietnamitas y cómo los trataban los soldados norteamericanos. «Vemos los arrozales de un pequeño país asiático pisoteados a discreción e incendiados por capricho», bramó Martin Luther King Jr. en su célebre alocución de 1967. «Vemos madres transidas de dolor, con niños que lloran en sus brazos, mientras contemplan sus chozas pasto de las llamas.»

En la actualidad, más que denunciar ante el público los horrores de la guerra, los drones hacen que la guerra parezca divertida, por lo menos para quienes disparan los misiles. En YouTube hay colgados

centenares de videoclips de combates librados en Irak y Afganistán. Gran parte de estos videoclips proceden de metraje filmado por los drones, que vuelan gobernados por un controlador basado en el modelo de la Playstation.

El propio Departamento de Defensa se puso a colgar videoclips de misiones en YouTube como un modo de promover los drones en el interior y de intimidar al enemigo. La facilidad con que podemos bajar estos videoclips de combates a los ordenadores personales y a los iPhones está transformando la guerra en una forma de entretenimiento. Los soldados los llaman «pornografía de guerra» y han tenido un éxito arrollador, con más de diez millones de reproducciones.

Los videoclips, que muestran a soldados estadounidenses haciendo saltar por los aires a enemigos anónimos y sin cara, intensifican los estereotipos racistas de los «cabrones de mierda» que merecen acabar achicharrados. He aquí algunos comentarios puestos por visitantes de las páginas de los vídeos, concretamente en una página con un videoclip de Afganistán que lleva por título «El infierno viene a desayunar»:

*Me encanta el olor a musulmán quemado por la mañana.
¿No es mejor tener algunos ya reservados? ¡Vírgenes para estos asesinos terroristas yihadistas!**
¡Alá Kabum!
Me encanta esta mierda, ¡que salten en pedazos esos hijos de puta!
¡Que los maten a todos y Dios los pondrá en su sitio!

En otro videoclip, acompañado de música tecno, vemos a un iraquí saltando por los aires. «Gran vídeo. Sigue con el rock, América. ¿Dónde puedo conseguir la música?», escribió un visitante de la página. «Espera un poco, que voy a comprar palomitas. Quiero ver cómo revientan más bárbaros», bromeó otro.

«Nuestro bando», el de la cultura civilizada, es el que tiene las máquinas de matar de alta tecnología. El de ellos es bárbaro porque siguen utilizando métodos anticuados, incluso cuchillos. Que un yihadista le corte la cabeza a un enemigo revuelve las tripas. Pero ¿es peor que apretar un botón para matar al enemigo desde lejos, y

quizá también a toda su familia? «La gente se siente más cómoda con un Predator que mata a muchas personas que con un corte en el cuello que mata sólo a una, pero el crimen mecanizado sigue siendo crimen», dijo Vicki Divoll, antigua abogada de la CIA.¹¹

Cuando los dirigentes de Hamas fueron criticados por lanzar sobre Israel cohetes groseramente contruidos que aterrorizaban a la población civil, un dirigente dijo: «Si tuviéramos las armas de alta tecnología que tienen los israelíes, podríamos orientar nuestros misiles para que alcanzaran las bases militares israelíes, no a los civiles. Pero no las tenemos.»¹²

Algunos especialistas en ética y dirigentes religiosos sostienen que la guerra con drones es una forma moralmente tramposa de librar una guerra, ya que infringe los preceptos de la teoría de la guerra justa y opta por una modalidad que se esconde de las consecuencias morales. Cuando las operaciones militares se dirigen mediante el filtro de una lejana videocámara, no hay posibilidad de tener contacto visual con el enemigo ni de darse cuenta cabal del coste humano de un ataque.

El Departamento de Defensa desarrolló en 2003 un nuevo programa informático que en teoría iba a permitir a los militares apreciar mejor el coste humano de un ataque. Es un programa intrincado que revela cuánto daño causaría una bomba concreta que lanzara un aparato determinado volando a una altitud determinada. Los muertos aparecen representados como manchas que recuerdan insectos aplastados, motivo por el que el programa se llamó «Bugsplat» («Tierra de bichos»). Bugsplat fue también el término en jerga «de puertas adentro» para referirse a las víctimas de los drones; *squirters*, «surtidores», es otro término en jerga para describir a la gente que sale corriendo para huir de los ataques. Aunque las personas muertas y las personas aterrorizadas que corren para no morir tal vez parezcan insectos desde las alturas, estas descripciones no parecen reflejar mucho respeto por la vida.

Christian Century, una destacada revista protestante, publicó un editorial en el que se decía que aunque los ataques con drones sin duda han acabado con terroristas y dirigentes de Al Qaeda,

«plantean preguntas inquietantes a los comprometidos con el principio de la guerra justa que dice que nunca habría que disparar a civiles». ¹³ Apuntando a ese aspecto de la guerra con drones que la ha hecho tan atractiva entre los militares y los políticos –a saber, que es una opción libre de riesgos para los militares estadounidenses porque evita bajas propias–, los directores del *Century* señalaban: «De acuerdo con los principios de la guerra justa, es preferible arriesgar la vida de los propios combatientes a arriesgar la de los enemigos no combatientes.»

Algunos sugieren que si los militares desean realmente proteger a los civiles, no deberían usar drones sino tropas terrestres, que están más capacitadas para distinguir entre los transeúntes inocentes y los combatientes. Cuando se invade un país, se corre el riesgo de sufrir más bajas si se despliegan tropas, y eso es precisamente lo que pide la lógica de la guerra justa.

En la revista *Christianity Today*, fundada por el ministro evangélico Billy Graham, el escritor Paul E. M. Zahl, presidente emérito de la Trinity Episcopal School for Ministry (seminario de la iglesia evangélica), fue más allá en su crítica de los drones, acusándolos de «castrar al enemigo». ¹⁴

«Utilizo el verbo *castrar* con toda intención porque nuestras víctimas viven en sociedades en que la humillación del varón es una suerte casi peor que la muerte», decía Zahl. Los francotiradores del aire reducen al personal en tierra a un estado de impotencia absoluta porque no pueden devolver el fuego a los drones no tripulados. «No es otra historia de David frente a Goliat», añadía, «más bien es una historia en que los filisteos dicen a los israelitas que no les está permitido llevar un paladín a la palestra.» Aunque podría parecer una buena estrategia, Zahl sostenía que infunde un deseo de venganza de por vida «que surge de un “destello plateado” que aparece en el cielo y mata sin avisar y sin remedio».

Ese «destello plateado» que aparece en el cielo y mata sin avisar y sin remedio está en curso de alejarse más todavía. Es muy probable que dentro de poco los drones maten de manera autónoma, sin ninguna clase de orden humana directa. «Es

previsible que los sistemas no tripulados lleven a cabo cualquier misión, tal como se llevan a cabo actualmente», explicó a *Popular Science* un ingeniero de la fuerza aérea.¹⁵ De acuerdo con las pruebas recientes hechas por los militares, el *Washington Post* prevé que las futuras guerras de Estados Unidos podrían consistir en «buscar, identificar y matar al enemigo, basándose en cálculos hechos por un software, no en decisiones humanas».¹⁶ Rasgos humanos como el sentido común y la compasión, generalmente ausentes de las guerras actuales, desaparecerían completamente en los conflictos del siglo XXI.

El camino hacia la autonomía es una pendiente resbaladiza. Primero están el despegue y la navegación autónomos, luego la selección, luego la eliminación del objetivo, todo sin intervención humana. Aunque el personal del Pentágono insiste en que siempre habrá un ser humano en algún punto del circuito, su papel será secundario. «Ya no habrá humanos “dentro del circuito”, sino más bien “encima del circuito”, vigilando la ejecución de determinadas decisiones», dijo Noel Sharkey, experto en robótica. «Mientras tanto, los avances realizados en inteligencia artificial permitirán a los sistemas tomar decisiones de combate sin órdenes humanas.»¹⁷

Aunque a Sharkey le horroriza la idea, Ronald Arkin, del Laboratorio de Robótica Móvil del Instituto de Tecnología de Georgia, piensa que la idea es grandiosa. «Los robots son ya más fuertes, más rápidos y más inteligentes», declaró en una entrevista con *Popular Science*. Arkin ha diseñado un «regulador ético» para los drones que según él podría guiarse por las leyes de la guerra mejor que los soldados vivos que respiran. «¿Qué les impediría ser más humanos? En la guerra, donde los humanos cometen atrocidades, esto es un objetivo fácilmente asequible.» Por lo que parece, Arkin no ha visto *Terminator* ni *Matrix*.

Es dudoso que las máquinas puedan ser alguna vez «más humanas» que los humanos que las programan. Aunque es innegable que los humanos cometen atrocidades en el calor de la contienda, a veces también se identifican con el presunto enemigo. Un estudio sobre la Segunda Guerra Mundial realizado por S. L. A.

Marshall, general de brigada del ejército de Estados Unidos, reveló que la mayoría de los soldados se negaba a disparar contra otros seres humanos. Se ha criticado el método empleado por el general, pero sus hallazgos se han visto confirmados por muchos otros estudios.¹⁸ Los datos indican ciertamente que en toda la historia militar los soldados han sentido una fuerte resistencia a matar a otras personas. No cuesta suponer que los drones no serían tan resistentes.

Peor todavía, los robots autónomos no saben diferenciar entre combatientes y no combatientes. Las leyes de la guerra dicen que los beligerantes no deben atacar a civiles, soldados heridos, enfermos, perturbados mentales ni a prisioneros. «No hay sistemas visuales ni sensores capaces de resolver este problema en los robots», dijo Sharkey. «La Convención de Ginebra exige que los soldados recurran al sentido común. Pero los ordenadores no tienen sentido común. ¿Cómo podrían comportarse éticamente si no tienen medios para diferenciar a las abuelas de los soldados?»

La guerra ha sido siempre un poderoso incentivo para las innovaciones tecnológicas. La tecnología está hoy a punto de suplantar totalmente al soldado humano, con consecuencias que apenas podemos imaginar.

LOS ACTIVISTAS CONTRAATACAN

KIRK: Sí, Consejero, tiene usted en las manos una guerra de verdad. Puede usted librarla con armas de verdad o pensar en una alternativa. Ponerle fin. Firmar la paz.

ANAN: No puede haber paz. ¿No lo comprende? Somos una especie exterminadora. Es instintivo.

KIRK: Pero el instinto puede reprimirse. Nosotros somos seres humanos y tenemos las manos manchadas con la sangre de un millón de años de salvajismo. Pero podemos detenernos. Podemos admitir que somos exterminadores, pero ya no matamos. Eso es lo que cuenta. Saber que ya no matamos.

Star Trek

Puede que los lectores no hayan oído hablar de «los 14 de Creech», pero lo cierto es que tienen un lugar especial en el movimiento antidrones. Si han visto una foto del grupo, tal vez piensen que acaban de salir de la misa dominical; puestos a decirlo todo, algunos de los miembros del grupo son sacerdotes y monjas. Pero eclesiásticos o no, todos han arraigado espiritualmente en una teología que llama a la gente que tiene fe a oponerse a la injusticia, oponerse con actos, no sólo con palabras.

Y así, el 9 de abril de 2009, los catorce activistas entraron en la base área Creech –donde diversos equipos de jóvenes soldados operaban a distancia muchos drones asesinos de Estados Unidos– para protestar por lo que consideraban crímenes de guerra que se cometían en el interior. Cuando se internaron en la base, los miembros del grupo invitaron al personal que estaba trabajando a compartir con ellos la comida de Viernes Santo. Les dijeron que se marcharan, y como se negaron, fueron detenidos, acusados de intrusión y encerrados hasta el Domingo de Resurrección.

Aunque fue una acción notable, lo más notable no fue lo que tuvo lugar aquel día, sino el juicio propiamente dicho, que no empezó hasta más de un año después, el 14 de septiembre de 2010, en la Audiencia Regional de Clark County, con sede en Las Vegas, Nevada. Allí, los acusados convirtieron lo que habría podido ser un juicio vulgar sobre un delito menor en un debate público sobre el uso de los drones. Prefirieron no ser representados por abogados y optaron por defenderse solos. Además, invitaron a tres expertos para que testificaran en su favor: Ramsey Clark, que había sido fiscal general durante la presidencia de Lyndon Johnson; Bill Quigley, director jurídico del Centro para los Derechos Constitucionales; y Ann Wright, coronel del ejército de tierra, a la sazón retirada.

Los acusados interrogaron por turno a los testigos y establecieron que los ataques de los drones matan a muchos civiles; que la gente tiene derecho, incluso el deber, de detener los crímenes de guerra; y que según los principios derivados de los procesos de Núremberg los individuos están moral y legalmente obligados a desobedecer órdenes que supongan crímenes contra la humanidad. Hablaron de la historia de manifestantes que quebrantaron leyes triviales, desde los fundadores de la nación hasta los defensores de los derechos civiles que se sientan ilegalmente en las mesas de los restaurantes, pasando por las sufragistas. «A largo plazo acabamos honrándolos por obedecer una ley superior, por ayudarnos a ser más justos», dijo Quigley.¹

En un sorprendente giro de los acontecimientos, el juez Jansen declaró al final del proceso que los temas en litigio eran demasiado importantes para emitir un veredicto inmediato y se concedió cuatro meses para analizar el caso. El 27 de enero de 2011 hizo público un fallo de veinte páginas. Declaró al grupo culpable del delito de intrusión, basándose en que ninguno de sus miembros había sido capaz de demostrar que su conducta estuviera motivada por una auténtica «necesidad». Pero tuvo en cuenta el tiempo que los acusados habían pasado en la cárcel y los dejó en libertad. Sus últimas palabras fueron: «Vayan en paz.»

Aunque los acusados esperaban un veredicto de inocencia, sabían

que, al margen del fallo, habían obtenido una victoria. Como dijo el acusado Brian Terrell en su declaración final: «Algunos han señalado que la tendencia a usar drones en la guerra es un cambio de paradigma que podría compararse con lo que ocurrió cuando se utilizó por primera vez una bomba atómica para destruir la ciudad japonesa de Hiroshima. Cuando Hiroshima fue bombardeada, el mundo comprendió que todo había cambiado. Hoy está cambiando todo, pero casi nadie se da cuenta. No quisiera arrogarme el mérito, pero es innegable que hoy se comenta este tema más de lo que se comentaba antes de que nos detuvieran por introducirnos en la base aérea Creech el 9 de abril de 2009.»²

Las actas del juicio resultaban tan fascinantes que luego se transformaron en una obra de teatro que algunos grupos religiosos representan con fines educativos. Y los 14 de Creech inspiraron protestas parecidas, entre ellas una que cruzó todo el norte del estado de Nueva York.

El 22 de abril de 2011, más de trescientos activistas organizados por la Coalición del Norte del Estado para Detener los Drones y Acabar con las Guerras se dirigieron hacia el Aeródromo Hancock, base aérea de la Guardia Nacional, en Syracuse, estado de Nueva York. Eligieron aquel lugar porque la Guardia Nacional de la base había estado lanzando drones armados de clase Reaper, con destino a Afganistán, desde fines de 2009.

Al acercarse a la entrada, treinta y ocho activistas –dos en silla de ruedas– se pusieron ropas blancas manchadas con sangre falsa y se tendieron en el suelo para simular que estaban muertos, como homenaje a los civiles muertos por los ataques de los drones. Docenas de policías corrieron a impedirlo. Como los manifestantes se negaron a levantarse, fueron esposados y trasladados contra su voluntad.

Los «38 de Hancock», como acabaron llamándolos, fueron acusados de entorpecer el tráfico y alterar el orden público. Conducidos al juzgado el 3 de noviembre de 2011, también ellos llamaron a declarar en su favor al antiguo fiscal general, Ramsey Clark. Clark repitió que los drones infringen intrínsecamente las leyes

de Estados Unidos y el derecho internacional, y que los delitos cometidos por los 38 de Hancock eran una bagatela en comparación con los crímenes que los acusados querían evitar.

En la calle, delante del juzgado, docenas de personas simulaban un ataque de drones, con una maqueta tridimensional, un «piloto» maniobrando el aparato con un ordenador, víctimas civiles cubiertas de salsa de tomate y un hombre que hacía de «reclutador de Al Qaeda» y aprovechaba las muertes para conseguir adeptos.

El veredicto se pronunció el 1 de diciembre de 2011. El juez Gideon declaró a los acusados culpables de dos cargos de alteración del orden público y los sentenció a penas que oscilaban entre pagar multas y prestar servicios comunitarios, y quince días de cárcel. El juez admitió que había pasado «varias noches sin dormir» antes de tomar una decisión y que había aprendido mucho durante los cinco días que había durado aquel juicio sin jurado. «En última instancia, puede decirse que los acusados han conseguido con su comportamiento lo que buscaban: despertar un gran interés por su mensaje», dijo para terminar.

Los 14 de Creech y los 38 de Hancock son sólo dos ejemplos del creciente movimiento de protesta que hay en Estados Unidos contra el empleo de drones. En Pakistán y Yemen se cuentan por millares las personas que se lanzan a la calle para condenar los ataques que han devastado sus poblaciones. En cambio, en Estados Unidos y en Europa, donde los efectos de los drones se ocultan al público, la consolidación del movimiento antidrón ha sido lenta. Todavía en sus primeras etapas, el movimiento carece de estrategias claras y de objetivos tangibles. Pero conforme avanza, podría resultar tan eficaz como las campañas que se organizaron en fechas anteriores para prohibir las minas antipersona y las bombas de racimo.

Una de las escasas pacifistas estadounidenses que se han desplazado docenas de veces a Irak y Afganistán es Kathy Kelly, coordinadora de Voices for Creative Nonviolence. Durante un viaje a Afganistán escribió este informe:

*Conocí a una familia numerosa que vivía en un destartado campamento de refugiados. Eran del distrito de San Gin, de la provincia de Helmand, y habían huido cuando un ataque con drones mató a una mujer de la aldea y a sus cinco hijos. El marido nos enseñó fotos de los cadáveres ensangrentados de sus hijos. Su sobrina, Juma Gul, de nueve años, había sobrevivido al ataque. Una fría mañana de diciembre estuve con ella dentro de una choza de barro. El padre de Juna se encorvó delante de su hija y le bajó la cremallera de la cazadora para que yo viera que le faltaba un brazo. Cuando el misil estadounidense cayó sobre su casa de San Gin, la metralla alcanzó a la niña. Al lado de Juma Gul estaba su hermano, a quien el ataque había destrozado una pierna. Al parecer no podía recibir la debida atención médica y sufría dolores continuos.*³

En los años ochenta, cuando el gobierno estadounidense financiaba y armaba a escuadrones de la muerte de signo derechista en Centroamérica, una estrategia del movimiento pacifista era organizar cientos de delegaciones para visitar la región. Gracias a estas experiencias directas, miles de personas se enteraron de las injusticias que se financiaban con sus impuestos y sintieron la necesidad de hacer algo al respecto. Al regresar a su país, los delegados formaron el núcleo y el espíritu del movimiento pacifista. Pero aquellos viajes a Centroamérica eran rápidos, baratos y relativamente seguros. Los viajes a lugares como Afganistán e Irak son caros y peligrosos.

A pesar de los peligros, Voices for Creative Nonviolence organiza delegaciones para ir a Afganistán porque saben lo importante que es crear un núcleo de activistas comprometidos con información de primera mano. Brian Terrell, colega de Kelly, recuerda que en un viaje a Afganistán se sintió muy impresionado cuando conoció a una niña de nueve años que había perdido el brazo a consecuencia de un ataque con drones. «Todavía me obsesiona», dijo Terrell. «Los drones son depredadores armados con misiles Hellfire y creer que con esas máquinas se puede conseguir la paz resulta ridículo.»⁴

A diferencia de Kelly, Nancy Mancias nunca ha estado en los lejanos lugares donde Estados Unidos hace valer sus drones de la muerte, pero su resolución es igual de firme. Mancias dirige la campaña de Detener los Drones para el grupo pacifista que fundé, el CODEPINK. Vehemente enemiga de la guerra, Mancias ha trabajado

para que los soldados salgan del infierno extranjero y vuelvan a casa. También ha participado en el movimiento contra la tortura y ha defendido el cierre de la prisión de Guantánamo, y es una fiel creyente en la petición de responsabilidades por los crímenes de guerra. Alerta a la gente de todo el país cuando criminales como George Bush y Dick Cheney van a hablar e incita a los ciudadanos de a pie a que los detengan, o al menos a que organicen algún alboroto, operación, esta última, por la que Mancias se ha hecho famosa.

Como muchas personas que militan en el movimiento pacifista, Mancias entiende su campaña contra los drones como una prolongación natural de sus esfuerzos por promover la paz. «Puede que los soldados vuelvan de Irak y Afganistán, pero los ataques con drones para cometer ejecuciones extrajudiciales seguramente proseguirán en Oriente Medio, Asia Central y Norte de África. Por eso es tan importante llamar la atención sobre los drones y consolidar un movimiento que los detenga», dijo. Mancias colabora en actos creativos y foros públicos con grupos como Voices for Creative Nonviolence, Nevada Desert Experience, Syracuse Peace Council, Catholic Worker, Pace e Bene y otros a lo largo del país.

Otro activista conocido que se concentra en los drones es Jim Haber, que se comprometió con el movimiento cuando se mudó cerca de la base aérea Creech. En 2008 se trasladó a Las Vegas para trabajar con Nevada Desert Experience, una organización antinuclear que ha formado parte del movimiento contra las pruebas de armas nucleares desde principios de los años ochenta. Se dio cuenta de que cada vez que viajaba de Las Vegas al Campo de Pruebas de Nevada pasaba cerca de uno de los centros clave que operaban aparatos no tripulados en todo el mundo. «No podía pasar por delante de la base aérea Creech y quedarme indiferente ante lo que ocurre en aquel lugar, mejor dicho, lo que se controla desde allí», dijo Haber. «Así que me puse a explicar la relación que había entre los drones y la campaña antinuclear, señalando que las armas nucleares son la base firme de la proyección militar estadounidense, mientras que los drones y otras armas robóticas emergentes son la fuerza contundente que está en uso hoy.»

Haber contactó asimismo con el movimiento Catholic Worker, un grupo de comunidades repartidas por toda la geografía estadounidense y que se dedica a ayudar a los pobres y a practicar la resistencia pacífica contra la injusticia. Muchos miembros creen que oponerse a los drones es parte de su misión espiritual. Esto es verdad en el caso de Mary Anne Grady y dos de sus hermanas. Las tres estuvieron entre los 38 de Hancock que fueron detenidos por manifestarse contra los drones en el norte del estado de Nueva York. «La Biblia dice que toda vida es sagrada», aducía Grady. «Tenemos que denunciar el uso de los drones y la expansión del militarismo, que no respeta la santidad de la vida.»

En la oposición a los drones no militan sólo activistas experimentados y comunidades religiosas. También se han manifestado en contra incluso veteranos funcionarios del gobierno. Ray McGovern, analista de la CIA ya retirado, es uno de los más sinceros críticos de los drones. Lo vemos con frecuencia en televisión comentando noticias y expresándose contra las guerras de los drones y las bajas civiles que causan. McGovern no sólo da charlas y escribe artículos y blogs, sino que además participa en concentraciones de protesta y ha sido detenido por sus convicciones.

Lo mismo hay que decir de Ann Wright, coronel retirado del ejército de tierra. Aunque su domicilio oficial está en Honolulu, Hawái, se pasa la vida viajando por el país, explicando la necesidad de la paz y preocupándose en todo momento por que el público entienda bien los peligros que entrañan los drones. Y al igual que McGovern, no se limita a hablar: se pone físicamente en peligro y ha acumulado ya tantas detenciones que tiene una ficha criminal en una base de datos del FBI.

También hay movimientos contra los drones en otros países, como el Reino Unido y Suecia, motivados en algunos casos por la complicidad de sus gobiernos en el uso de los aparatos no tripulados en Afganistán y otros lugares. Agneta Norberg, activista sueca del grupo Mujeres por la Paz, empezó a manifestarse contra los drones cuando se enteró de que Suecia había comprado aparatos no tripulados a Israel y estaba entrenando a pilotos de drones en su territorio. Consternada, en octubre de 2011 contribuyó a organizar la

conferencia sobre drones del Consejo Sueco por la Paz y se unió a otras personas para manifestarse delante del Parlamento.

En Inglaterra, grupos como Fellowship of Reconciliation England y Women in Black suelen hacer concentraciones con velas. Helen John, militante desde hace decenios contra el armamento nuclear, participa últimamente en concentraciones con velas delante de la base de la RAF de Waddington, donde se encuentran los pilotos de los drones británicos. Esta activista de setenta y tres años no se limita a las concentraciones, sino que ha acampado delante de esta misma base durante semanas seguidas, ha abierto agujeros en la cerca y se ha colado en el interior. Piensa que el enfrentamiento pacífico y la improvisación pueden transformar los pequeños actos de protesta en manifestaciones grandes e influyentes. «No creo en el uso de las armas, aunque hay algo muy noble en la persona dispuesta a dar su vida [en combate]», dijo John a un periodista. «Sin embargo, estar sentados en una sala con aire acondicionado a miles de kilómetros, matando por control remoto..., esto se aparta completamente de la conducta civilizada. Por eso necesitamos crear todos los problemas que podamos en este lugar», añadió, refiriéndose a la base aérea.⁵

Nevada Desert Experience, Voices for Creative Nonviolence, Nevada County Peace Center, CODEPINK y otras organizaciones hacen concentraciones con velas delante de las bases aéreas estadounidenses por lo menos una vez al mes.

Los activistas se concentran en las bases por dos razones. Primera, porque tienen la oportunidad de entrar en contacto con el personal militar mientras entregan información escrita a la gente que entra y sale de la base en coche. A veces incluso consiguen hablar con los soldados que operan los drones, les recuerdan su compromiso con el imperio de la ley y su obligación de no obedecer órdenes ilegales. Segunda, estar físicamente presentes en la base es también un modo de informar a la comunidad local. Es difícil que las personas que viven cerca o pasan habitualmente por allí no se fijen en los mensajes de los manifestantes, que se presentan de muchas maneras, desde grandes y vistosas pancartas hasta maquetas de

drones de tamaño real. Los activistas invitan además a la prensa a que se les una, con la esperanza de llegar a un público más amplio.

Debra Sweet, directora del grupo pacifista The World Can't Wait, propone llegar a otra clase de público: a los estudiantes de segunda enseñanza. Sweet va a los institutos para hablar con los estudiantes sobre las guerras y les advierte que el gobierno va detrás de los obsesos de los videojuegos para reclutarlos como operadores de drones. A menudo se presenta con veteranos de las guerras de Irak y Afganistán del grupo We Are Not Your Soldiers para que aporten testimonios personales.

Algunos activistas han llevado su mensaje a actos públicos que glorifican la guerra, como la exposición de drones que se celebró en el Museo Smithsonian del Aire y el Espacio de Washington, D.C. En enero de 2010, un grupo denominado Peace of the Action –iniciado por la pacifista Cindy Sheehan, que perdió a su hijo en la guerra de Irak– entró en el museo y puso una pancarta que decía LOS DRONES MATAN NIÑOS al lado de la exposición. Meses después desplegaron una pancarta gigantesca que abarcaba varios pisos y que decía DRONES: VIDEOJUEGOS PARA NOSOTROS,* BAÑO DE SANGRE PARA ELLOS, y además lanzaron centenares de octavillas que explicaban por qué se oponían a los drones, octavillas que llovieron desde arriba y cayeron en las manos de los desprevenidos turistas de la planta baja.

El organizador Nick Mottern también lleva su mensaje antidrones a lugares públicos, pero con un artilugio de fabricación casera: una maqueta de dron de casi tres metros de longitud, con alas de casi cuatro de envergadura, que flota, apoyada en una plataforma elevadora de tres metros de altura, hecha con placas de yeso y que se movía con unas ruedas gigantes. La gente que pasa se para en seco y hace preguntas, y así se abre un paréntesis para comentar las guerras robóticas. «Durante toda mi actividad de antibelicista, que comenzó con la Guerra del Golfo, nunca he visto un cartel o un símbolo que despierte tanta curiosidad ni tanto interés», dijo Mottern.

Retirado ya y residente en Westchester, estado de Nueva York, Mottern tuvo la idea de construir los drones cuando descubrió que una compañía de su comunidad, ITT Corporation, fabricaba el

disparador de las bombas de los drones Predator. Mottern, indignado, propuso una marcha contra los especuladores de la guerra cerca de la casa del directivo Steven Loranger. Deseoso de que Loranger se enterase del trauma del terrorismo de los drones, construyó la maqueta del dron. A los medios les encantó y publicaron varias fotos en el periódico local.

Desde entonces, Mottern y sus compañeros han construido varias maquetas y las han enseñado al público de todo el país mientras daban charlas sobre la guerra robótica. En octubre de 2011 fueron invitados a participar en la manifestación permanente «Ocupa Wall Street» y después en una manifestación antidrones ante un edificio de General Atomics, en Washington, D.C. Tuvieron tanta repercusión que incluso los activistas de Australia se pusieron en contacto con ellos y les preguntaron cómo se hacían las maquetas, para usarlas en sus propios actos de protesta.

El siguiente movimiento de Mottern es instalar videocámaras en el morro de los drones y ponerles un ordenador al lado para que la gente tenga una idea de lo que es que los drones observen todos sus pasos.

La activista Jean Aguerre no quiere aleccionar a la gente sobre la guerra de los drones; lo que quiere es que no haya drones en su comunidad. Aguerre creció en un rancho del sureste de Colorado, cerca de la Pradera Nacional Comanche, un territorio recuperado de la región azotada en los años treinta por las sequías y las tormentas de polvo. Durante treinta años los habitantes de la zona han luchado para impedir la expansión militar por esta delicada biorregión, pero la lucha se ha intensificado con la llegada de los drones, ya que el ejército de tierra tiene echado el ojo a 3 millones de hectáreas de pradera para construir fábricas de aparatos no tripulados, ensayar vuelos de baja altitud y hacer pruebas de armamento robótico.

La adquisición de los militares abarcaría 24.350 hectáreas, sobre todo de tierras privadas, lo que significaría la expulsión de miles de personas. Y el espacio aéreo civil para zona de vuelos robóticos llegaría a las fronteras del estado, cruzando territorios soberanos de

los nativos y parques nacionales. Se extendería por el norte hasta Aspen, Colorado, y por el sur hasta Albuquerque, Nuevo México.⁶

El grupo de Aguerre, movilizado en la campaña Ni 1 Acre Más, se opuso a la propuesta con firmeza y en 2007 consiguió una abrumadora mayoría de votos demócratas y republicanos en el Congreso para que se prohibiera la financiación de actividades que ampliaran el emplazamiento militar. Motivaron a los ciudadanos de todo el país para que dirigieran peticiones al Congreso y así consiguieron que desde entonces la prohibición se renovara todos los años. Para averiguar lo que hace el gobierno, los miembros del grupo envían a menudo peticiones amparadas en la Ley de Libertad de Información y se enteran de los planes de gobierno, los contratos y las actividades relacionadas con la apropiación militar de tierras del sur de Colorado y del norte de Nuevo México, incluida la última zona de pradera que quedaba intacta de las legendarias Grandes Llanuras.

Los activistas de todo el país han empezado también a fijarse en los lugares donde se fabrican los drones y en las personas que consiguen contratos multimillonarios para fabricarlos.⁷

Uno de los objetivos más populares para concentrar la acción directa es General Atomics, la extraordinaria empresa fabricante de drones. Ante sus oficinas se han realizado multitud de actos de protesta y algunos activistas han ido más lejos, visitando la casa del directivo James Neal Blue.

El 18 de mayo de 2010, mis colegas de CODEPINK protagonizaron una concentración delante de su elegante residencia de La Jolla, California. Llegaron a las diez de la mañana y encontraron varias furgonetas de los informativos y diversos coches de la policía. Tras desplegar pancartas que decían «Ataques de drones = Terrorismo», los manifestantes levantaron un pequeño altar con rosas y velas para recordar a los niños asesinados en los ataques con drones.

Al día siguiente organizaron el primer acto de protesta que se hacía delante de las oficinas centrales de General Atomics en San Diego. La noticia de la concentración delante de la casa de James Blue se había difundido rápidamente y algunos miembros de la

comunidad informaron a los manifestantes de que determinados empleados de General Atomics habían preferido quedarse en casa para evitar la publicidad. No obstante, la dirección de la empresa ya se había tomado la molestia de alquilar una valla de tela metálica de dos metros de altura para rodear la sede de las oficinas. Por lo visto tenían miedo de un puñado de pacíficos manifestantes.

Cuando éstos empezaron a concentrarse, a eso de las siete y media de la mañana, «embellecieron» la valla de alquiler con rosas y pancartas que decían «Parad los ataques con drones» y «Lo que ganas, General Atomics = Civiles muertos».

Una hora después había ya unos sesenta manifestantes. Llevaban carteles, banderas de la paz y maquetas de drones para que los empleados de General Atomics y los transeúntes entendieran el motivo de la manifestación. «Nuestro objetivo era simplemente pedir a los empleados que meditaran sobre la compañía para la que trabajaban y achacaran a la dirección la responsabilidad de las máquinas de matar que fabricaban», explicó Nancy Mancias.

Los manifestantes se tendieron en el suelo y perfilaron su cuerpo con tiza para que quedara un recuerdo de los civiles asesinados indiscriminadamente por los ataques con drones. Tres manifestantes se sentaron en el camino de entrada para impedir que nadie entrase en la propiedad y bloquear la carretera. La policía quiso parlamentar con ellos. «¿Que qué queremos? Queremos que General Atomics deje de construir drones», dijeron los manifestantes. Como la policía no podía transmitir este mensaje, el grupo pidió ver al directivo James Neal Blue, encuentro que ya habían solicitado semanas antes. La policía tampoco podía concertar el encuentro en cuestión. Y la sentada prosiguió.

Después de estar más de una hora impidiendo la entrada a las oficinas centrales de la empresa, y más de cuatro interrumpiendo la actividad normal de los empleados, CODEPINK, San Diego Peace Resource Center y la coalición de activistas se dispersaron.

«Hemos interrumpido su trabajo durante una mañana», comentó Mancias, «pero en Afganistán y en Pakistán hay mañanas en que la gente no puede ir al trabajo, ni siquiera encontrar edificios y

carreteras porque han sido destruidos por los ataques de Estados Unidos.»

Unos meses después, concretamente el 7 de octubre de 2011, centenares de manifestantes desfilaron hacia la sede de General Atomics en Washington, D.C. para recordar el decenio transcurrido desde el inicio de la guerra de Afganistán. Participaron representantes de muchos grupos antibelicistas del país, enarbolaban pancartas y carteles, cantaban canciones, canturreaban consignas. Nick Mottern llevó tres maquetas de drones que estuvieron suspendidas siniestramente sobre los manifestantes.

Tras detenerse unos minutos delante de la Casa Blanca para decir al presidente Obama que había llegado el momento de dejar en tierra los drones, el grupo se dirigió a la sede de General Atomics para entregar una carta al director. Pero en cuanto los activistas entraron en el vestíbulo, los policías y guardias de seguridad del edificio se pusieron nerviosos, echaron a todo el mundo a empujones –incluso tiraron al suelo a los ancianos y cerraron las puertas.

El grupo representó un acto educativo en las escaleras y los oradores subrayaron el papel de General Atomics en el creciente uso bélico de los drones. El acontecimiento recibió una buena cobertura mediática y los activistas se fueron ilusionados.

Los activistas se han concentrado a veces delante de «empresas secundarias», es decir, las que tienen relación con firmas dedicadas a la construcción de drones. Pueden ser objetivos más accesibles porque tal vez tengan un rostro más público que las compañías de armamento y porque para ellas podría ser más fácil romper contratos. Por ejemplo, CODEPINK contactó a principios de 2011 con la empresa automovilística Nissan para protestar por la asociación que había entre Nissan y AeroVironment. Esta última fabrica el sistema de carga del coche eléctrico de Nissan, el Leaf, pero además fabrica una variedad de drones pequeños. Nissan se considera miembro del movimiento verde, como lo demuestra su vehículo eléctrico, pero en el caso que citamos mantiene relaciones comerciales con una empresa implicada en la guerra de los drones.

CODEPINK pidió a Nissan que rompiera sus vínculos con AeroVironment, pero no obtuvo respuesta.

En consecuencia, un grupo de activistas de Los Ángeles decidió boicotear la exposición de Nissan en la prestigiosa feria del automóvil de aquella ciudad. Se subieron al estrado del Leaf, recitaron consignas, desplegaron pancartas y pidieron a Nissan que dejara de apoyar la guerra de los drones. Al final fueron desalojados del edificio, pero no antes de hacer público su mensaje y poner en evidencia a la compañía.

Una buena forma de organizar una plataforma activista es concentrarse en las conexiones locales con la guerra de los drones. Fran Quigley, docente, abogado y periodista, había estado investigando la inquietante tendencia de la guerra robótica y quiso comprobar si había alguna implicación en Indiana, el estado en que vive y trabaja.

Tras enviar varias solicitudes amparadas en la Ley de Libertad de Información, se quedó de piedra al comprobar cuántas conexiones había. Una empresa llamada Lite Machines, con sede en West Lafayette, tenía un contrato multimillonario con la Marina para fabricar un minidrón. La Rolls Royce de Indianápolis construía los motores del Global Hawk. La fabricante de baterías EnerDel, con sede en Indianápolis, tenía un contrato de 4 millones de dólares para construir baterías para drones. Los profesores de ingeniería de Purdue estaban realizando investigaciones sobre los drones, al igual que el Centro para la Guerra de Superficie de la Marina, en el sur de Indiana. Y la Guardia Nacional del Aire, con sede en Terre Haute, contribuía a localizar objetivos para los ataques con drones en Afganistán y Pakistán. «Indiana no tiene nada de especial en este campo», dijo Quigley, «así que sospecho que si se investiga, seguro que se encuentran importantes actividades relacionadas con los drones en universidades, fábricas pequeñas y parques de investigación de todo el país.»

«Nuestro estado necesita puestos de trabajo, pero detesto que gente con buena conciencia sea absorbida por el complejo proceso

industrial-militar que crea máquinas que intervienen en la muerte de civiles inocentes», dijo Lori Perdue, veterana de la fuerza aérea y miembro de CODEPINK en Indiana. «Si pudiéramos crear puestos verdes en vez de puestos de guerra, apuesto a que el que trabaja fabricando turbinas de avión a reacción preferiría construir turbinas eólicas.»

Quigley y los activistas locales han estado informando a los estudiantes y planean organizar manifestaciones delante de las empresas que apoyan las guerras con drones.

Un grupo de Iowa ni siquiera esperó para protestar a que la fábrica local empezase a trabajar con drones. En cuanto se enteraron de que una empresa llamada AirCover Integrated Solutions iba a asociarse con la Universidad de Iowa para construir drones pequeños de vigilancia en Cedar Rapids, se echaron a la calle.⁸ El presidente de la compañía, James Hill, dijo que los manifestantes estaban mal informados, que los drones iban a emplearse para fines como encontrar personas perdidas a consecuencia de terremotos, localizar a pacientes de clínicas psiquiátricas y buscar paquetes sospechosos en estadios.⁹

Pero los manifestantes creen que en realidad los drones se utilizarán para espiar a la población, a personas como ellos. «La perspectiva de que haya drones volando por todas partes, espiando a la gente, es horrorosa», dijo Nate Adeyemi, un organizador local. «Es una violación brutal del derecho humano a la intimidad.» El grupo protesta también contra la implicación de la universidad y contra las autoridades locales que concedieron un préstamo a la empresa.

Otro objetivo de los activistas ha sido la organización que cabildea y apoya a la industria: la Asociación Internacional en Favor de los Vehículos no Tripulados (AUVSI). Este grupo se fundó en 1978 «para promover y apoyar los sistemas no tripulados y la industria robótica». La asociación ha crecido y hoy tiene 1.400 miembros,* todos deseosos de chupar del bote del gobierno. Los activistas se han colado en sus conferencias de prensa, sus convenciones y sus ferias.

Dados sus contactos en el Congreso –las empresas dan millones en concepto de contribuciones a las campañas políticas y a cambio obtienen miles de millones de dólares de los contribuyentes–, AUVSI puede incluso exhibir sus productos dentro del Capitolio. En una exposición auspiciada por el Congressional Drone Caucus (grupo de congresistas que apoya el uso de los drones) y celebrada en septiembre de 2011, los activistas irrumpieron en aquel festival del amor, desplegaron sábanas blancas manchadas con sangre falsa y se dejaron caer al suelo, gimiendo y retorciéndose de dolor. «Detened los drones asesinos», gritaban, mientras otro manifestante que llevaba un dron de cartón corría por la sala emitiendo zumbidos con la boca. Sorprendidos, los congresistas, el personal de la casa y los empleados de las empresas se vieron obligados a interrumpir las conversaciones, hasta que llegó la policía y desalojó a los manifestantes.

Mientras los manifestantes se encargan de señalar y poner en evidencia a las compañías, algunos de los mejores grupos jurídicos y pro derechos humanos del país han llevado a los tribunales el tema de la guerra de los drones y los atentados extrajudiciales. El Centro por los Derechos Constitucionales (CCR) y la Unión Estadounidense para las Libertades Civiles (ACLU) presentaron una denuncia contra el secretario del Tesoro, Tim Geithner, por la decisión gubernamental de poner al ciudadano estadounidense Anwar al-Awlaki en una lista de individuos a exterminar y por congelar sus bienes en Estados Unidos. Presentaron la demanda en un tribunal nacional en nombre del padre de Anwar al-Awlaki, con la esperanza de impedir el asesinato selectivo de su hijo.¹⁰

Perdieron el juicio por cuestión de procedimiento, aunque el juez se sintió afectado por las «graves cuestiones» planteadas por la acusación. «¿Puede el Ejecutivo ordenar el asesinato de un ciudadano estadounidense sin concederle antes alguna forma de proceso judicial, basándose en la simple afirmación de que es un miembro peligroso de una organización terrorista», inquirió el juez.¹¹

El grupo jurídico Reprieve, que defiende los derechos humanos y tiene su sede en el Reino Unido, está sopesando la posibilidad de

denunciar a algunos gobiernos europeos que han sido cómplices de ataques con drones contra sus propios ciudadanos, entre ellos el gobierno del Reino Unido, el de Alemania, el de Bélgica, el de Francia y el de España. Las leyes facilitan más las denuncias en Europa que en Estados Unidos. «Vamos a demandar al gobierno británico porque ha admitido que suministró información que permitió ataques con drones», dijo el director de Reprieve, Clive Stafford Smith. «Creo que podemos demostrar que se han infringido la Convención de Ginebra y las leyes humanitarias. Ganemos el juicio o no, el gobierno británico no tendrá posibilidades de prevalecer ante el tribunal de la opinión pública, porque lo que ha hecho es injusto.»

Reprieve asesoró a su socia pakistaní, la Fundación para los Derechos Fundamentales, para presentar una demanda en Pakistán contra John Rizzo, ex consejero general interino de la CIA que había dado autorización para añadir nombres a la lista de individuos que hay que exterminar, y contra el jefe de la CIA en Pakistán, Jonathan Banks, que huyó del país cuando se enteró de la acusación. El grupo está investigando también a ciertas empresas del Reino Unido relacionadas con la fabricación de drones, por si resultare pertinente denunciarlas.

Hay otro grupo estadounidense, la Fundación Frontera Electrónica (EFF), que también ha presentado denuncias relacionadas con los drones, aunque su atención se centra en el secreto que rodea el uso interior de los aparatos no tripulados. EFF presentó una denuncia, exigiendo que la Administración Nacional de Aviación (FAA) hiciera públicos los datos sobre las certificaciones y autorizaciones que había extendido este organismo para operar aparatos no tripulados. Para operar un dron por encima de 130 metros se necesita una certificación de la FAA. Y aunque la FAA dijo que hasta mediados de septiembre de 2011 había 285 certificaciones para ochenta y cinco usuarios, los detalles de estos usuarios no quedaron claros.

Jennifer Lynch, abogada de la EFF, dijo que el uso interior de drones planteaba serios problemas relacionados con la intimidad. «Los drones proporcionan al gobierno y a otros operadores de aparatos no tripulados un poderoso instrumento de vigilancia para

recoger multitud de datos indiscretos sobre movimientos y actividades de los estadounidenses.» Y añadió: «Mientras el gobierno toma decisiones políticas sobre el uso de estos aparatos, la población necesita saber más sobre cómo y por qué se utilizan para vigilar a los ciudadanos de Estados Unidos.»¹² Otros grupos insisten en que si la FAA no protege la intimidad de las personas, el Congreso debería tomar medidas adicionales para protegerla.

Human Rights Watch ha aceptado una misión aún más difícil: conseguir que haya más transparencia y petición de responsabilidades en el programa secreto de los drones de la CIA. Solicitó al Departamento de Justicia que hiciera pública determinada información, por ejemplo comunicados internos de tipo jurídico sobre ejecuciones selectivas, videgrabaciones de ataques concretos e informes redactados después de las operaciones. El grupo dice que donde haya constancia de un acto reprobable, los individuos responsables de cometer o de ordenar ataques ilegales deberían ser inmediatamente investigados y castigados o procesados.

Human Rights Watch piensa asimismo que debería apartarse a la CIA del programa de los drones. Puesto que el gobierno nacional no quiere darse por enterado de que la agencia incumple los requisitos legales internacionales de rendición de cuentas y reparación de daños, el grupo cree que el uso de drones con capacidad para matar debería ser competencia exclusiva de las fuerzas armadas.¹³

Del mismo parecer fue la catedrática Mary Ellen O'Connell cuando prestó declaración ante el Congreso en abril de 2010. «Limitar los drones al campo de batalla es la norma más importante para controlar su uso», dijo, añadiendo que mientras el gobierno apelaba al sentimiento y a la razón para hacer respetar el imperio de la ley, «estamos dejando de respetar una norma muy básica: que las armas de control remoto pertenecen al campo de batalla.»¹⁴

La Unión Estadounidense para las Libertades Civiles quiere que el gobierno dé explicaciones por las bajas. A través de una petición acogida a la Ley de Libertad de Información, la ACLU recibió una declaración oficial del Departamento de Defensa, confirmando que no tiene estadísticas del total de civiles muertos o heridos por los

drones. «Dada la preocupación general por el empleo de drones en la guerra y las oscilantes estimaciones de los civiles muertos, el Departamento de Defensa debería recoger datos sobre el número de bajas civiles causadas por drones y dar esa información al público», dijo Jonathan Manes, un abogado del Proyecto de Seguridad Nacional de la ACLU.¹⁵

La Campaña por las Víctimas Inocentes en Conflictos (CIVIC) está de acuerdo. Sostiene que la buena práctica militar de reducir al mínimo los daños civiles exige la recopilación de datos antes, durante y después de operaciones de combate, el análisis de los daños que se produzcan y el repaso de las lecciones aprendidas. Pero CIVIC va más allá y pide al gobierno que no sólo lleve un registro de los civiles afectados por los drones estadounidenses, sino también que los indemnice. CIVIC hizo público en 2010 un informe titulado «Daños Civiles y Conflicto en el noroeste de Pakistán», en el que se revelaba que no había ningún recuento ni sistemático ni global de las víctimas de los ataques de los drones, ni tampoco medidas de reparación, ni siquiera indemnizaciones, para las víctimas civiles.¹⁶

«Hay mecanismos estadounidenses, aunque imperfectos, para indemnizar a un afgano herido por un convoy o un arma de fuego pequeña de origen estadounidense. Pero no para un pakistaní herido por un dron. ¿Por qué las bajas de unos y otros se tratan de diferente manera?», preguntó la directora ejecutiva de CIVIC, Sarah Holewinski. «No tiene sentido y, lo que es peor, ofende a los civiles, ya que se deja que sufran sin reconocimiento ni ayuda.»¹⁷

Holewinski me contó que su grupo ha tratado repetidas veces de contactar con la CIA, pero sin éxito. «Hay por medio una trampa sin solución y es que el programa es secreto, no existe. Entonces, ¿cómo vamos a reunirnos para hablar de un programa que no existe?»

Precisamente donde se aplica el «inexistente» programa de la CIA, Pakistán, es donde ha habido más protestas contra los drones. ¿Qué clase de protestas? Centenares de miles de manifestantes en Peshawar y en Karachi, centenares de personas protagonizando

sentadas en la carretera principal entre Pakistán y Afganistán para interceptar físicamente la ruta de abastecimientos de la OTAN, huelgas generales en Waziristán del Norte y concentraciones delante del Parlamento de Islamabad.

El popular Imran Khan, ex campeón de críquet y jefe de la oposición pakistaní, ha encabezado las mayores manifestaciones del país contra los ataques con drones. Insiste en que no hay soluciones militares y llama al diálogo con los talibanes. Lamenta además que no haya reacciones en la sociedad civil de Occidente, en particular en Estados Unidos, donde, según él, la población ni siquiera sabe lo que hace su gobierno.

Khan tiene razón. Los ataques con drones causan estragos de Pakistán a Gaza sin apenas oposición por parte de los ciudadanos de las «democracias» que lanzan los misiles. Sin embargo, aunque las protestas están todavía en Occidente en estado embrionario, hay un creciente grupo de activistas que por lo menos se preocupa por informar al público, hace preguntas a los gobiernos y a las empresas implicadas, y exige respuestas.

LA OPOSICIÓN A LOS DRONES SE GLOBALIZA

El movimiento de oposición a la guerra de los drones ha crecido orgánicamente en Estados Unidos, en distintas partes del país, sin mucha coordinación a nivel nacional. En agosto de 2010 se creó una coalición informal llamada Unidos Contra los Drones que conecta a los distintos grupos mediante un listserv, un sitio web y teleconferencias mensuales para coordinar acciones.

La organización Alianza para Oponer Resistencia a la Guerra y a la Sociedad Robóticas (ARROWS) se formó en julio de 2009 para difundir la concienciación y la resistencia a lo que la Alianza llama «creciente matriz de control robótico-bio-nanotecnológico».

En abril de 2010 la Alianza organizó una conferencia entre la sociedad civil que llevaba por título «Enfrentarse a la guerra robótica y al control social». Celebrada en Columbia River Gorge, Oregón, cerca del complejo drónico-militar de Boeing Corporation, congregó a más de 125 personas procedentes de grupos de veteranos, iglesias y organizaciones pacifistas de todo el noroeste de Estados Unidos. Terminó con una urgente llamada a proseguir el activismo y con un acto de protesta ante la sede de la empresa, filial de Boeing, que fabrica el dron ScanEagle. La Alianza ha organizado giras informativas y fomentado propuestas en iglesias que rechazan el armamento robótico y otras formas de vida artificial. Pero a diferencia de Unidos Contra los Drones, se trata de una red de coordinación muy flexible.

En Inglaterra apareció en 2010 una coalición más desarrollada en que se dan cita organizaciones, personal académico e individuos independientes, y que lleva el nombre de Drone Campaign Network. Muchos grupos británicos tenían a los drones en su punto de mira desde que la Real Fuerza Aérea empezó a utilizarlos, en 2007, pero hasta la aparición de esta coalición no había ningún grupo concreto que se centrara exclusivamente en ellos.

La coalición está dirigida por el escritor y activista Chris Cole, ex

director de Fellowship for Reconciliation, Oxford. Cole ayuda a los grupos a conectar las actividades relacionadas con los drones en la zona de cada uno, en particular si hay fabricantes con sede en sus comunidades; organiza reuniones anuales para intercambiar información y coordinar actividades. Mediante el blog Drone Wars UK, sigue las novedades sobre los drones, proporciona fuentes de información y avisa de acciones futuras.

Algo que beneficia mucho a los activistas es que el público británico en general siente antipatía por los drones. Curioseando un poco, Cole descubrió en la página web del Ministerio de Defensa que una de las principales preocupaciones de éste era que la gente miraba los drones cada vez con peores ojos. No deja de ser sospechoso que el Ministerio de Defensa quitara la página en cuanto Cole hizo pública esta información en su blog. «La gente no se traga el cuento de que “protegen la seguridad de nuestros muchachos”», decía Cole. «Tras la desastrosa guerra de Irak, la gente escucha con escepticismo las declaraciones de los militares, sobre todo las afirmaciones de que los drones son tan seguros que no matan a civiles. Por añadidura, hay mucho más escepticismo en el Reino Unido que en Estados Unidos en relación con el uso de los drones para la vigilancia.»

La coalición comprende grupos pacifistas como War Resisters International y Campaign for Nuclear Disarmament; organizaciones de cariz religioso como Fellowship for Reconciliation, England y Pax Christi; y entidades profesionales como Scientists for Global Responsibility. Han organizado actos que van desde un Detened las Exposiciones de Armas ante el Parlamento hasta manifestaciones delante de las nuevas oficinas londinenses de General Atomics. El grupo Child Victims of War, que también pertenece a la coalición, organiza encuentros con parlamentarios para quejarse del número de niños muertos en los ataques de los drones. Scientists for Global Responsibility publica información sobre los drones en su página web.¹

Fellowship for Reconciliation, England, que tiene el mérito de haber presentado excelentes informes sobre los drones de guerra,

han pedido al gobierno que haga público el número de bajas resultantes de los ataques de drones británicos y pide un debate abierto, serio y bien fundado sobre el uso de los drones por el Reino Unido.² «Los drones son lo último de una larga línea de armas nuevas que se emplean basándose en la equivocada creencia de que aportarán soluciones claras y limpias a los conflictos. La historia ha demostrado una y otra vez que eso es un mito», afirma la página web.³

Campaign for Nuclear Disarmament Cymru (nombre galés de Gales), más conocido por CND Cymru, se lanzó a hacer campaña contra los drones cuando sus miembros averiguaron que estaba previsto que la zona de entrenamiento de Aberporth, Gales –zona que es además una base de misiles–, fuera un competente centro de aparatos aéreos no tripulados, que además iba a proporcionar mil puestos de trabajo en una región castigada por el desempleo. A pesar de las protestas, el gobierno siguió adelante con su plan. De los mil puestos de trabajo nunca más se habló –sólo se crearon treinta–, pero Aberporth se convirtió en uno de los dos puntos europeos donde se ponen a prueba los drones. El otro está al norte de Suecia.

El grupo se dedicó a organizar concentraciones con velas y alborotos, a entrar en propiedades militares y a presionar a los funcionarios que dependían de elecciones. El 21 de septiembre de 2011, Día Internacional de la Paz, organizaron un Jardín Conmemorativo para que se reconociera a todas las víctimas de los drones. «Aparte de que estas máquinas y sus equipos de visualización se ponían a prueba sobre nuestros techos, muchas personas estaban contra la horrible realidad de que nuestra comunidad y nuestro país planeaban atrocidades contra los habitantes de otros países», dijo la secretaria nacional de CND Cymru, Jill Gough. «Decididamente, no queremos que Gales participe en eso.»

Un tema que en las campañas antidrones europeas adquiere mayor protagonismo que en las campañas estadounidenses es la conexión entre Israel y la industria de los drones. Preocupados por la

ocupación de Palestina y el uso de drones en Gaza, los activistas del Reino Unido se quedaron horrorizados al saber que ciertas empresas de su país fabricaban componentes clave para los drones israelíes, que los exportaban a Israel y luego los adquirían en forma de aparatos completos. Y decidieron pedir al gobierno que dejara de utilizar el dron Hermes 450, fabricado por la empresa israelí Elbit, y que rompiera las relaciones con los fabricantes israelíes de drones.

El grupo pacifista católico Pax Christi UK celebra regularmente concentraciones con velas delante de una fábrica llamada UAC Engines, propiedad de Elbit.⁴ Hastings Against War, otra coalición del Reino Unido, fundada en 2003 por individuos independientes para oponerse a la guerra de Irak, protesta igualmente contra el alquiler y compra de drones israelíes.⁵ Están muy atentos al desarrollo del dron británico Watchkeeper,* para cuya planificación se entregaron cientos de millones de libras a una compañía israelí, lo cual supone apoyar indirectamente la ocupación de Palestina.

Otro intento de frenar las guerras de los drones procede de un grupo fundado en 2009, el llamado International Committee for Robot Arms Control (ICRAC). Representa a un plantel de especialistas en robótica, filósofos y activistas pro derechos humanos de Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Austria, Países Bajos y Australia.

Entre sus miembros están Noel Sharkey, profesor de inteligencia artificial y robótica de la Universidad de Sheffield; Peter Asaro, catedrático de filosofía de la New School University de Nueva York; Robert Sparrow, del Centro de Bioética de Melbourne; y Mark Gubrud, físico de la Universidad de Carolina del Norte.

La organización empezó fijándose como objetivo estimular el debate sobre el modo en que los robots militares han modificado ya la naturaleza de la guerra y subvertido muchas normas previas sobre las rupturas de hostilidades. Temían que las tecnologías robóticas pudieran inducir a los artífices de orientaciones políticas a creer que las guerras podían ser menos cruentas y que los Estados enemigos o las organizaciones terroristas consiguieran piratear los controles robóticos y reprogramarlos.

El grupo congregó a expertos de todo el mundo y estableció su primer taller en Berlín en verano de 2010, organizado por Jürgen Altmann, un físico que da clases en Dortmund. En el simposio participaron académicos, expertos en política, abogados pro derechos humanos, representantes de la Cruz Roja, pacifistas, consejeros militares y otros adversarios del tráfico de armas. Analizaron la amenaza para la paz y la seguridad internacional que planteaban las armas robóticas, sin olvidar las amenazas para los civiles y la debilitación del derecho internacional. Además del temor a que los robots puedan ser utilizados como armas aéreas o cargarse con armas nucleares, los expertos manifestaron su profunda preocupación por la incapacidad de los sistemas robóticos automatizados para distinguir entre combatientes y civiles y porque las nuevas tecnologías dificulten la determinación de las responsabilidades morales y legales de las atrocidades que se cometan en las guerras.

Presentaron las siguientes propuestas: prohibición del desarrollo, despliegue y uso de aparatos autónomos no tripulados y con armas, exceptuando los sistemas antimisiles automatizados; limitación del alcance y de las armas transportadas por los sistemas no tripulados; prohibición de aparatos no tripulados con armas nucleares; prohibición del desarrollo, despliegue y uso de armas robóticas espaciales; y restricciones para el uso de drones armados para ejecuciones selectivas en territorios soberanos que no estén en guerra.⁶

Para orientarse, ICRAC consulta campañas anteriores que consiguieron que se prohibieran ciertas clases de armas, en particular el Tratado sobre Prohibición de Minas de 1997 que proscribió el uso de las minas antipersona.

Como las instituciones gubernamentales fracasaron en repetidas ocasiones para que se regulara el uso de las minas antipersona, diversas ONG lanzaron su propia campaña para que se prohibieran definitivamente estas armas. En 1992 se dio comienzo a la Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Antipersona, que agrupaba a centenares de organizaciones de países de todo el

mundo. Había organizaciones de países que fabricaban minas y de países que sufrían sus efectos, y grupos relacionados con la defensa de los derechos humanos, la ayuda humanitaria, los niños, la paz, la discapacidad, las preocupaciones de los veteranos, el control de armas, los asuntos religiosos, el medio ambiente y el feminismo. Los miembros se embarcaron en jornadas de información, intercambiaron estrategias políticas y presionaron a sus gobiernos para que dieran con una solución.

En octubre de 1996 se reunieron en Ottawa, Canadá, cincuenta gobiernos y veinticuatro observadores para comparar estrategias y al cabo de varias sesiones bosquejaron un tratado. La Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Antipersona, en representación de las bases humanas de la comunidad global, tuvo un asiento en la mesa, participó en todas las reuniones y negociaciones diplomáticas, coadyuvó a preparar el borrador del tratado y escribió el preámbulo del texto que acabó aprobándose.⁷

El Tratado de Prohibición, oficialmente titulado Convenio para la Prohibición del Uso, Almacenaje, Producción y Traslado de las Minas Antipersona y para su Destrucción, entró en vigor en septiembre de 1997. Gracias a la incesante presión desde abajo se puso en práctica en menos de dos años, más aprisa que ningún otro tratado semejante en la historia. En 2011 el ochenta por ciento de los países había prohibido ya el uso de minas antipersona.⁸

Esta campaña debió su éxito a varios factores.⁹

- Su objetivo y su mensaje eran claros. Los Estados firmantes convinieron en cumplir seis compromisos fundamentales, entre ellos la destrucción de sus arsenales en menos de cuatro años y la limpieza de los campos de minas en menos de diez años.
- La estructura de la campaña no estaba burocratizada y su estrategia era flexible.
- Concentró un «colectivo estratégico inusualmente unido» de ONG, organizaciones internacionales, agencias de Naciones Unidas y gobiernos.
- El contexto internacional era favorable.

También fue fundamental para el éxito de la campaña que las

negociaciones se llevaran a cabo fuera del ámbito de Naciones Unidas y que la conferencia para el tratado se basara en votaciones y no en consensos, lo cual facilitó los avances. Además, se pidió a los gobiernos que se «mojaran», en el sentido de que los gobiernos que asistían a las negociaciones del tratado tenían que ponerse de acuerdo sobre el texto de antemano. La aplicación de una directriz firme en las negociaciones permitió la conclusión de un tratado convincente, a salvo de la posibilidad de que algunos gobiernos lo suavizaran o entorpecieran el desarrollo de las gestiones.¹⁰ Otro buen resultado de la campaña fue que se estigmatizaron las minas hasta el extremo de que incluso los Estados que se negaron a firmar el tratado abandonaron su uso por vergüenza.

Un personaje clave en la lucha contra las minas antipersona fue Jody Williams, que recibió el Premio Nobel de la Paz en 1997 por esta labor. A causa de la reciente proliferación de vehículos aéreos no tripulados, Williams ha escrito y hablado públicamente contra las guerras de los drones en diversas ocasiones. Le gustaría que se prohibieran todos los drones destinados a matar, pero sospecha que esto va a ser infinitamente más difícil que la prohibición de las minas, porque su empleo está muy extendido, porque los militares pueden replicar que los beneficios compensan con creces sus desventajas y, sobre todo, porque los drones son un gran negocio.

«Siento una repugnancia visceral por el uso de los drones; me gustaría que desaparecieran todos los drones destinados a matar», dijo Williams en una entrevista. «En el caso de las minas no había por qué temer un contragolpe de la industria, porque en lo referente a volumen de negocios, las minas eran calderilla. Los drones son otra cosa. Son productos de gran rentabilidad para los bandidos de Washington. No tardará en haber una reñida competición armamentista por colocar estas armas y mucho me temo que las empresas no estén dispuestas a aceptar una prohibición.»

Incluso las leyes que regularan su uso encontrarían una feroz oposición tanto por parte de la industria armamentista como por parte de las autoridades gubernamentales, sobre todo en Estados Unidos. «El gobierno estadounidense no daría absolutamente ningún

apoyo a ninguna restricción sobre el uso de los drones», insistió Jeff Hawkins, de la Oficina de Democracia y Derechos Humanos del Departamento de Estado, en un encuentro sobre los drones. «De eso pueden estar seguros.»¹¹

Williams cree que la mejor oportunidad que tiene la comunidad internacional para frenar el uso de los drones es poner fin a las armas robóticas autónomas –es decir, armas que operan independientemente, de acuerdo con misiones programadas de antemano–, porque aún no están totalmente desarrolladas y porque plantean las preguntas éticas y legales más difíciles de responder.

«Si creemos que la cosa está mal actualmente, imagínense lo que será un vehículo totalmente autónomo que salga disparado y destruya varias aldeas», dijo Williams. «¿Quién será responsable? ¿La compañía que lo fabricó? ¿Los militares que lo han usado? ¿El creador del software? Puede que todos debieran comparecer ante el juez, pero lo más probable es que eso no suceda. Así que tenemos que pararlos antes de que se utilicen. Y eso es algo que, a mi entender, podría conseguir una coalición internacional.»

Peter Asaro, de ICRC, está de acuerdo. Está preocupado por las ejecuciones selectivas, pero cree que son ya ilegales según el derecho internacional, de modo que lo que necesitamos es que se aplique la ley, no un nuevo tratado. Asaro entiende que con un tratado que prohíba las armas robóticas autónomas, habrá muchos y muy complejos problemas para su puesta en práctica y su aplicación, pero cree que se daría un paso importante si hubiera un consenso internacional para declarar inmorales e ilegales los sistemas autónomos. «Una prohibición internacional disuadiría a los principales fabricantes de tecnología militar, porque el mercado económico potencial para estos sistemas se reduciría mucho, lo cual frenaría bastante el ritmo actual de desarrollo», dijo Asaro.¹²

Muchos grupos están de acuerdo en que las armas robóticas capaces de atacar y matar de un modo totalmente autónomo podrían y deberían ser prohibidas antes de que aparezcan en el mercado internacional de armas e inciten a una aterradora carrera armamentista de nuevo cuño. Una campaña con estos objetivos es

un poderoso estímulo para unir a pacifistas, organizaciones pro derechos humanos, académicos, sociedades humanitarias y comunidades religiosas.

Para la mayoría de los antibelicistas, sin embargo, prohibir los drones autónomos sería bueno pero no suficiente. «Sería un gran error concentrarse sólo en los drones autónomos», dijo el organizador Nick Mottern. «Nuestra meta debería ser la prohibición de todos los drones armados. Hay que oponerse a esta nueva clase de guerra en que Estados Unidos y otros creen que pueden atacar en cualquier lugar y en cualquier momento, del mismo modo que hay que poner fin a la sobrecogedora invasión de la intimidad que suponen los drones de vigilancia, que intimidan a poblaciones enteras, desde Waziristán hasta Gaza.»¹³

CONCLUSIÓN

Mientras cenaban carne regada con un vaso de vino, John Rizzo, ex consejero general interino de la CIA –«de sesenta y tres años, con barba, elegante, lleva gemelos y corbatas amarillas»–, comentaba los ataques con drones de la agencia con Tara Mckelvey, de *Newsweek*.¹ Refiriéndose a un pakistaní y presunto combatiente, que «voló en pedazos» al bajar de su coche, Rizzo dijo que había visto el ataque en vídeo y llegó a la conclusión de que había sido «muy profesional». Rizzo añadió que le gustaba ver las ejecuciones en vivo, desde el cuartel general de la CIA en Virginia, porque le interesaba que las cosas se hicieran «del modo más limpio posible».

«Limpio» quiere decir con el mínimo de daños colaterales, pero también tiene otro significado: los ataques con drones son «limpios» porque su finalidad no es detener, lisiar, desarmar o capturar. Su finalidad es matar, eliminar una vida –y los potenciales problemas de relaciones públicas– in situ.

«Desde que la situación política y legal de Estados Unidos ha convertido el interrogatorio agresivo en una actividad dudosa, hay menos razones para capturar enemigos que para matarlos», escribió Kenneth Anderson, catedrático de derecho de American University. «Y si la intención es matar, hacerlo de lejos es un incentivo porque elimina los problemas de la rendición, potencialmente conflictivos.»²

Reflexionemos: ¿por qué molestarnos con un pesado y largo proceso de extradición cuando un misil Hellfire solucionaría el asunto y nos ahorraría un proceso dudoso y quizá incluso una vergonzosa absolución? Aunque unos cuantos grupos pro derechos humanos se quejen a raíz de una ejecución extrajudicial con drones, el muerto, a diferencia del preso de Guantánamo, no será una mancha duradera en la imagen exterior de Estados Unidos. Saber eso es un acicate para que los políticos recurran a la fuerza mortal en primera instancia, normalmente sentenciando a muerte a los individuos con

pruebas tan frágiles que nunca se sostendrían ante un tribunal, ni siquiera ante un tribunal militar.

Desde el punto de vista de los artífices de orientaciones políticas estadounidenses, los drones son el método ideal para tratar con los extremistas violentos. Leon Panetta, secretario de Defensa, dijo que los ataques con drones eran la «única opción para afrontar o desbaratar la primacía de Al Qaeda».³ Puede que llegáramos a entender una afirmación así si la oyéramos de boca de un militar, pero ¿qué ha sido de los demás brazos del gobierno? ¿Qué ha sido de la anticuada idea de la negociación? ¿De la diplomacia? ¿De las conversaciones de paz? ¿De la reconciliación? ¿Desapareció todo repentinamente después del 11 de septiembre?

Oigo decir todo el tiempo que los pacifistas son unos ingenuos, que es imposible dialogar con extremistas, porque son individuos que no tienen la menor consideración por la vida de los inocentes, individuos capaces de abotonarse un chaleco de explosivos y hacer saltar por los aires a un puñado de inocentes viandantes.

Pero, según mi experiencia en zonas conflictivas de todo el mundo, siempre hay personas con las que dialogar. Desde miembros de Hamas en Gaza hasta funcionarios del gobierno iraní, pasando por baathistas del Irak de Sadam y los talibanes afganos, etiquetar a todos los presuntos enemigos de extremistas incapaces de dialogar racionalmente es un error garrafal. Las personas se incorporan a los grupos combatientes por múltiples motivos: religiosos, familiares, por presión social, para vengarse de alguna injusticia que hayan sufrido, por ideología política, por la pobreza en que viven. Dada esta diversidad de motivos, siempre hay personas a las que se puede atraer para negociar la paz. Nuestro objetivo debería ser buscarlas, apoyar a los moderados. Por desgracia, nuestros actos sólo han servido en términos generales para envalentonar a los extremistas.

Pensemos en Somalia.

Después de dos decenios de guerra entre caciques rivales, período de inestabilidad que siguió a décadas de régimen despótico de un dictador apoyado por Estados Unidos, la población de Somalia

empezó a vivir relativamente en paz cuando una coalición llamada Unión de Tribunales Islámicos (ICU) tomó el poder en Mogadiscio en 2006. Después de tantos años de terror, por fin se podía salir a la calle por la noche en la capital somalí sin cruzarse con patrullas de seguridad armadas hasta los dientes.

Pero había un problema: esa dichosa palabra, «islámicos». A pesar de que la ICU representaba una facción moderada del islam, la administración Bush se convenció de que era una peligrosa organización terrorista que, si seguía en el poder, daría cobijo a grupos como Al Qaeda. Como las tropas estadounidenses se estancaron en Irak y en Afganistán, la administración Bush externalizó sus obras de caridad, respaldando a Etiopía con dinero para proceder a una invasión por poderes y apoyando a las tropas etíopes con ataques aéreos, incluidos los drones.

Expulsaron del poder a la ICU y Somalia se sumió en el caos. La moderada ICU se escindió en varios grupos, ahora radicalizados, como Al Shabab, cuya aparición se utilizó para justificar más intervenciones de Estados Unidos, en forma de ataques aéreos crecientes.

Al Shabab había estado más activo justamente en aquellas zonas de Somalia en que más activos habían estado los estadounidenses y sus adláteres, primero Etiopía y luego Kenia. «Somalia es un ejemplo de completo enloquecimiento de la política militar estadounidense», dijo Emira Woods, directora de Foreign Policy in Focus. «Contribuyó a desestabilizar Somalia y a fortalecer a Al Shabab, que apenas existía antes de la brutal reacción de Estados Unidos a la ICU.»

Los años de guerra con drones de alta tecnología en Irak y Afganistán no se habían visto coronados por la victoria. En relación con los ataques con drones en Pakistán, el experto en contrainsurgencia David Kilcullen y el ex oficial del ejército de tierra Andrew McDonald Exum escribieron un artículo de opinión en 2009: «Cada uno de estos civiles muertos representa una familia expoliada, un nuevo deseo de venganza y más reclutas para un movimiento guerrillero que ha crecido exponencialmente conforme aumentaban los ataques de los drones.»⁴ Al final llegaban a la

conclusión de que lo mejor para los ciudadanos estadounidenses y pakistaníes era pedir la suspensión de los ataques de los drones en Pakistán.

El reportero del *New York Times* David Rohde, que fue rehén de los talibanes en Afganistán y en Pakistán durante siete meses, escribió que el odio de sus secuestradores a Estados Unidos procedía en parte de las matanzas de civiles con drones.⁵ «Para mis captores», dijo, «eran la prueba de que Estados Unidos era una potencia hipócrita y embustera que infringía el derecho internacional.»

La cultura tribal pastún considera honorable el combate cara a cara. ¿Disparar un misil contra personas anónimas desde un búnker situado a miles de kilómetros? Ni por asomo.

Suspender los ataques con drones no detendrá a los radicales islámicos, pero continuar con las matanzas mediante vehículos no tripulados sólo consigue exacerbar el problema. Y ello porque los extremistas violentos podrán estar mal vistos, pero para una población aterrorizada no representan una amenaza tan atroz como un enemigo volante y omnipresente que en cualquier momento puede optar por eliminar a las personas queridas con un misil Hellfire. Los extremistas –Al Qaeda, los talibanes, Al Shabab, los que sean– capitalizan ese miedo y se presentan como defensores de la población. En última instancia es la misma población local la que debe defender a los extremistas. Los ataques con drones no facilitan la labor, sino que la dificultan, ya que arrojan a las víctimas del anónimo terrorismo volador a los brazos de los terroristas.

Aun concediendo que ejecutar sin juicio a terroristas consumados tenga sentido moral, no es esto lo que se discute en el fondo. Sin duda los drones matan a personas malvadas que quizá, a cierto nivel, merecen su suerte, pero también matan a muchos inocentes, por lo general al mismo tiempo. Así que la cuestión no es si es moralmente justo ejecutar a asesinos, sino si es justo hacerlo aunque eso signifique matar a hombres, mujeres y niños inocentes, y si con ello, al final, ganamos todos en seguridad.

Los ataques aéreos no sólo han pulverizado a presuntos enemigos

y a personas inocentes, sino también las conversaciones de paz. En noviembre de 2011, un ataque aéreo estadounidense, dirigido en principio contra talibanes en Pakistán, mató por error a soldados pakistaníes que estaban acampados en la frontera afgana, arrojando un saldo de dos docenas de muertos. El ataque se produjo poco antes de una importante reunión diplomática, que se había planeado hacía mucho e iba a celebrarse en Bonn, donde ya se estaban concentrando los representantes de más de cien países y organizaciones internacionales para llegar a un acuerdo y poner fin a la guerra de Afganistán. Pakistán era un agente clave en las negociaciones.

Pero a raíz del ataque aéreo y la consiguiente indignación pública, el gobierno pakistaní se negó a asistir a la conferencia, destruyendo así las esperanzas puestas en tan esperadas negociaciones. Un funcionario anónimo del Departamento de Estado de Estados Unidos se quejó al *Washington Post* de que era un ejemplo más de la falta de coordinación entre los objetivos de seguridad a corto plazo de los militares y los objetivos diplomáticos a largo plazo del Departamento de Estado.⁶ «En muchísimos casos, la diplomacia consiste en estos anacronismos históricos», se lamentó el funcionario.

En el Foro sobre Seguridad de Aspen que señaló el décimo aniversario del 11 de septiembre, el almirante retirado y ex director de Inteligencia Nacional Dennis Blair, despedido de la administración Obama,* cuestionó los ataques de los drones y todo el enfoque del terrorismo desde el punto de vista estratégico y económico. Blair calculaba que había unos 4.000 miembros de Al Qaeda en todo el mundo. Si la mayor parte del presupuesto anual de su departamento, que era de 80.000 millones de dólares, se destinaba a cazarlos, eso daba 20 millones de dólares por terrorista y año. «Pensarán ustedes: caramba, 20 millones de dólares. ¿No es exagerado?», dijo.

Blair añadió que en los años transcurridos desde el 11 de septiembre han sido asesinados por terroristas menos de veinte norteamericanos en suelo estadounidense (trece de ellos en la matanza de Fort Hood, cuando un oficial de religión musulmana

perdió la cabeza porque los mandos se negaron a exonerarlo de una misión). Cotejó el número de víctimas del terrorismo con el de los muertos en accidente de tráfico y por violencia callejera, que ascendieron a más de un millón en el mismo período. «¿Qué justifica que se invierta tanto dinero en este limitado problema y no en otros medios que tenemos para proteger la vida de los ciudadanos?», preguntaba Blair. «Creo que ése es el problema que tenemos que meditar los que nos hemos reunido aquí en el décimo aniversario.»

El teniente coronel retirado William Astore se planteaba lo mismo. Recordando al terrorista del «zapato bomba» y al «terrorista de los calzoncillos», preguntó: «¿Por qué los actos criminalmente torpes de aquellos dos perdedores obtuvieron tanta atención en los medios?» Dado que somos ciudadanos de la nación más poderosa de la tierra, deberíamos habernos «reído todos a mandíbula batiente de la ridiculez e incompetencia de aquellos “ataques” y seguido con nuestro trabajo». Por el contrario, continuó, se utilizaron como una excusa más para engordar la «red de empresas de amiguets, grupos de cabilderos, politicastos y militares retirados que cruzan la puerta giratoria de Washington [...] atiborrados de incontables billones que se invierten en el complejo de seguridad nacional e información que domina Washington».⁷

La verdad es que desde el 11 de septiembre el Pentágono y la CIA vienen recibiendo financiación a manos llenas, sobre todo para sus drones. Una financiación para investigación y adquisiciones de drones que aumentó incluso durante la crisis presupuestaria que siguió a la recesión. Cuando el secretario de Defensa Leon Panetta habló de recortes en el presupuesto para 2013, refiriéndose a reducciones del personal de las fuerzas armadas, de armas y de subsidios militares, dejó claro que se daría prioridad a los «sistemas no tripulados».

En cambio, el Departamento de Estado ha seguido acusando el impacto de los recortes. Una de las pocas áreas de su presupuesto que no se ha visto afectada es la financiación de sus operaciones en Irak, donde este departamento, desde la retirada de tropas de diciembre de 2011, es ahora responsable de «actividades

diplomáticas» como supervisar a millares de guardias armados, entrenar a la policía iraquí y operar una flota de drones.

En Pakistán, el mismo Departamento de Estado está obligado a colaborar con la CIA en las ejecuciones aéreas. El embajador estadounidense, Cameron Munter, fue puesto en la muy antidiplomática posición de tener que autorizar o negar cada uno de los ataques. «¿Se imaginan ustedes a la embajadora de Pakistán en Washington, D.C., Sherry Rehman, obligada a decir sí o no para matar gente en Texas cada dos días?», preguntaba Clive Stafford Smith, abogado de Reprieve. «Seguro que le pegaban un tiro, si antes no la condenaban a muerte en la propia Texas. Lo que están haciendo es volver imposible el trabajo del Departamento de Estado.»

En el curso del último decenio, el Departamento de Estado se ha debilitado de manera creciente y sus anémicas tentativas diplomáticas se han reducido a humo. Para empeorar las cosas, los verdaderos agentes de relaciones exteriores de Estados Unidos son hoy por hoy los Predator y los Reaper. Con los drones como nuevos burros de carga, se ha puesto a la diplomacia –el olvidado arte de dialogar– de patitas en la calle, sin el menor miramiento.

«Hace cuarenta años se enseñaba el arte de la diplomacia en las universidades estadounidenses; hoy enseñan seguridad nacional y operaciones estratégicas, sólo formas militarizadas de pensar en asuntos internacionales», se lamentaba Ann Wright, ex diplomática y coronel retirado del ejército de tierra. «Pensemos en las políticas beligerantes del Departamento de Estado durante el mandato de los últimos titulares: Madeleine Albright, Colin Powell, Condoleezza Rice y Hillary Clinton. No han sido diplomáticos que representaran soluciones no violentas para problemas internacionales, sino prolongaciones del Departamento de Defensa que llevaban a cabo la política militar de Estados Unidos para el presidente a cuyo servicio estaban.»

No obstante, cuando echamos un vistazo a cuarenta años de historia de ciertos grupos calificados antaño de terroristas, vemos, según un estudio de RAND, que el principal factor de su desaparición no fue la derrota militar, sino la negociación. De los 268 grupos

estudiados, el cuarenta y tres por ciento se disolvió participando en el proceso político, el cuarenta por ciento por una vigilancia efectiva y el siete por ciento restante mediante el uso de la fuerza militar.⁸

En esta lucha nacional contra el terrorismo que se ha orientado tan tendenciosamente hacia las soluciones militares, no sólo tenemos una desesperada necesidad de crear más diplomacia, sino también una desesperada necesidad de más compromiso ciudadano. En la política exterior estadounidense sólo ha habido aportación democrática en rarísimas ocasiones y, previsiblemente, sólo cuando hemos visto en las noticias bolsas de plástico con cadáveres de soldados. Gracias a los drones, el presidente puede optar ahora por meter al país en guerra sin arriesgar la vida de ningún ciudadano estadounidense. Esto, sin embargo, en un mundo más perfecto, no debería pesar en las decisiones relativas al uso de una fuerza mortal; a fin de cuentas, la justicia de una guerra no depende de la posibilidad de tener más o menos bajas en el propio bando.

Pero en el mundo real en que vivimos, el nacionalismo y los prejuicios que nos hacen preferir lo conocido inclinan a las personas a compadecerse más de los compatriotas que de un «Otro» sin cara ni nombre.

Y en las guerras en que Estados Unidos está hoy implicado, ese Otro no sólo carece de nombre y de rostro, sino también de visibilidad. ¿Ha visto alguien alguna vez en las noticias una sola víctima de los drones? ¿Ha visto alguien imágenes de brazos y piernas colgando de los árboles, casas reducidas a escombros, madres gimiendo de dolor? Los medios mayoritarios, después de aclamar la guerra y de informar con entusiasmo de las primeras y terroríficas lluvias de misiles, no tardaron en aburrirse de las hazañas imperialistas de Estados Unidos. Y con la intensificación de las guerras de drones, que ya no ponen en peligro a ningún estadounidense, no van a perder el tiempo informando sobre extranjeros con las tripas fuera, sobre todo si en ese mismo momento hay que informar también de algo tan importante como la crisis de pareja de algún famoso.

Imaginemos que se da la vuelta a la tortilla. Imaginemos que

Cuba estuviera lanzando drones sobre el sur de Florida, vigilando a los cubano-estadounidenses y ejecutando a terroristas declarados como Luis Posada Carriles.

Dentro de muy poco no habrá necesidad de imaginar. No cabe duda de que otros países van a aprovechar el precedente establecido por el gobierno estadounidense, el que dice que es aceptable saltarse las formalidades de la ley y matar tranquilamente a ciudadanos de otro país –o del propio– mientras un funcionario anónimo susurra la palabra «terrorista» al oído de los periodistas. Israel lo está haciendo ya. China, Rusia, Irán –y puestos a ello, el resto del mundo– están a la expectativa.

En vez de promover el riguroso debate público que sería de esperar en una sociedad democrática que se enfrente a estos complejos problemas éticos relacionados con las ejecuciones por control remoto, los medios guardan silencio, casi todos los dirigentes religiosos guardan silencio y los funcionarios elegidos en las urnas guardan silencio. Y el movimiento antibelicista, tan ruidoso y vibrante durante los mandatos de Bush, se quedó mudo cuando Barack Obama fue nombrado presidente.

Esto ha dado al presidente Obama espacio de sobra para proseguir las guerras de su antecesor y lanzar más misiles Hellfire en el extranjero con menos debate público que si a un entrenador deportivo se le ocurriera hacer un cambio en la alineación de un equipo. Bueno, es que ha habido guerras con muchas más bajas. Sí, pero ningún presidente ha perpetrado tantas ejecuciones secretas.

Es realmente asombroso que la administración Obama haya matado a millares de presuntos combatientes y civiles por igual, entre ellos ciudadanos estadounidenses, en unas guerras ilegales y sin declarar, sin que nadie haya susurrado hasta ahora aquello del *impeachment* en Capitol Hill.

Aun en el caso de que tengan tendencia a ello, no está claro que los congresistas estén en condiciones de airear los intrínquilos de unas guerras que se libran en su nombre a muchos kilómetros de distancia. Entre la CIA, los contratistas privados y el ultrasecreto Mando Conjunto para Operaciones Especiales (JSOC) del Pentágono, la administración Obama se las ha arreglado para librar guerras no

declaradas a espaldas del escrutinio público. La convergencia de recursos militares y de espionaje ha creado puntos ciegos en la vigilancia del Congreso, aunque la CIA da explicaciones a comisiones de información de seguridad y el JSOC informa a comisiones de las fuerzas armadas. Como los informes son secretos, las comisiones no pueden cotejar notas para tener una imagen de conjunto. Y como sólo se informa a las comisiones pertinentes –y a veces sólo a los presidentes–, los demás funcionarios se quedan a dos velas.

Pero no supongamos que los congresistas exigen saber más. Cuando hay un demócrata en la Casa Blanca, otros demócratas con altos cargos –incluso los que públicamente son antibelicistas– no muestran ninguna disposición real a investigar las guerras que elige su presidente, sobre todo cuando no hay ningún peligro para los ciudadanos estadounidenses que pilotan los drones. Y los republicanos, que constituyen el partido de Washington que menos oculta su belicismo, suelen estar a favor de los bombardeos donde sea y preferirían investigar a grupos civiles como ACORN (organización de asociaciones de vecinos que promueve las ayudas sociales) a investigar algo tan trivial como una guerra ilegal que sólo se reconoce con un guiño de complicidad.

Sin embargo, en el hemiciclo hay una voz que habla de los drones. Es, según sus propias palabras, la «voz de la industria en Capitol Hill»: nos referimos al Congressional Unmanned Systems Caucus. Este grupo de cincuenta congresistas, que hasta 2012 representaba aproximadamente a la octava parte de la Cámara de Representantes y un poco menos que a la mitad de la subcomisión permanente para gastos de la Defensa, sirve para garantizar que los drones asesinos tengan voz y voto en Washington.

Parece que, al igual que las empresas, los robots también son personas.

Un mapa de la cofradía, aportado por el propio grupo, revela que su bipartidismo abarca el ámbito de la opinión aceptable en la capital de la nación, desde los halcones republicanos hasta los demócratas militaristas. Desde el conservador californiano Buck McKeon hasta el liberal neoyorquino Maurice Hinchey, los miembros, esparcidos por

todo el país, reflejan el amplio apoyo geográfico y político que tiene la industria de los drones.

La declaración de intenciones del grupo dice que los miembros reconocen «la urgente necesidad de desarrollar y desplegar rápidamente más Sistemas No Tripulados en apoyo de las operaciones civiles, militares y policiales en curso». Estos congresistas, muchos de los cuales son conservadores fiscales encargados de recortar programas sociales en nombre de los contribuyentes, también prometen apoyar «políticas y presupuestos que promuevan una actividad amplia y más vigorosa en los sistemas no tripulados de seguridad nacional».

A pesar de sus críticos más vocingleros, Estados Unidos tiene una democracia representativa que funciona. Lo que pasa es que los representados no somos «nosotros, el pueblo» que enseñan a los niños en los colegios.

Peter Singer, autor de *Wired for War*, dice que estamos en la etapa «Hermanos Wright» de los aparatos voladores no tripulados y que discutir sobre drones es como discutir los méritos de los ordenadores en 1978: «Están aquí para quedarse y el boom no ha hecho más que empezar.»⁹

Sin embargo, asistimos casi diariamente a fuertes polémicas en torno a los ordenadores. En enero de 2012, por ejemplo, cuando el Congreso quiso aprobar una ley que habría cerrado páginas de Internet acusadas de infringir leyes relativas a los derechos de autor, los congresistas fueron bombardeados con tantos millones de demandas y peticiones que tuvieron que posponer la votación.

En cambio, no vemos esas fuertes polémicas ni ese activismo en torno a una tecnología como los drones que tan profundo impacto ha tenido en nuestra reputación, en las bases éticas de nuestra sociedad, en la vida de personas inocentes y, últimamente, en nuestra seguridad como nación.

Con los militares utilizando ya miles de drones y la FAA abriendo cielos interiores a estos aparatos, el intercambio de opiniones lleva mucho retraso.

No son malos todos los fines con que se usan los aparatos no tripulados. En Japón se emplearon después del terremoto para observar los niveles de radiación en la planta nuclear de Fukushima. Se utilizaron igualmente en Australia para comprobar el estado de la flora y la fauna después de unas catastróficas inundaciones. Y tienen un potencial extraordinario para ayudar a los bomberos sobrevolando las zonas incendiadas de un bosque.

Los grupos ecologistas, de derechos humanos e incluso de protesta empiezan a utilizar drones. La Sea Shepherd Conservation Society pone en el aire drones pequeños que vigilan el océano para detectar la pesca ilegal de ballenas. Los grupos pro derechos humanos defienden que los drones se utilicen para espiar a los regímenes que tiranizan a la población, como es el caso de Siria.¹⁰ Ciertos grupos de manifestantes polacos lanzaron drones para que sobrevolaran a la policía y vigilaran su comportamiento, una táctica que Occupy Wall Street de Nueva York imitó con minidrones de juguete que vendían por 300 dólares en los grandes almacenes Brookstone.

Pero los actos que alimentan el boom del dron no son ni las misiones científicas ni el activismo creativo, sino las guerras medio secretas y los atentados financiados por el Estado. Y por desgracia es a esto último –no a encontrar una cura para el cáncer, por ejemplo, ni a buscar sustitutos para los combustibles fósiles– a lo que algunos de los mejores cerebros científicos del mundo dedican actualmente su tiempo.

Los drones que se preparan actualmente en los centros de investigación de todo el país tienen por objetivo ser más mortales, gozar de mayor autonomía, permanecer más tiempo en el aire y contar con una visión más exacta y amplia del campo de batalla. Una tecnología que está en desarrollo se denomina «enjambre». A semejanza de un enjambre de abejas enfadadas, un batallón de vehículos autónomos no tripulados de tierra, mar y aire caería sobre los soldados, los aviones y las naves del enemigo. Ellos mismos decidirían conjuntamente el plan de ataque, la entrada en contacto

con el enemigo y, evidentemente, su destrucción, y todo sin que intervenga directamente la mano humana.

La vigilancia con drones se volverá más omnímoda. La descripción que hace la fuerza aérea de Estados Unidos del actual proyecto de drones habla de nuevos «sistemas aéreos no tripulados (Vulture) y dirigibles (ISIS) que podrán permanecer en el aire durante años [...] dirigibles gigantescos que contendrán radares del tamaño de un campo de fútbol, capaces de resolución/persistencia extremas». Ya imaginamos regiones o países enteros sometidos a una especie de «dronosfera» en que toda actividad pública es vigilada sin el menor respeto por las fronteras nacionales ni por la intimidad personal, a una escala que supera todo lo que ha sido tecnológicamente posible hasta ahora.

Naturalmente, estos sistemas nuevos no serán sólo para usarlos en el extranjero. La capacidad vigilante de los drones y su creciente uso por los organismos policiales internos en Estados Unidos y otros lugares amenaza con eliminar lo que queda de nuestros derechos a la intimidad. Los sensores de los drones están diseñados para inspeccionar kilómetros de terreno. Al margen de cómo se oriente una investigación, siempre estamos en peligro de que el ojo curioso del Estado husmee en nuestros asuntos. ¿Quién necesita vivir en una casa de cristal cuando el gobierno, pertrechado con drones y sensores térmicos de un millón de dólares, puede ver ya lo que quiera?

Los drones no son un mal excepcional, pero ésa es precisamente la cuestión. Los drones no revolucionan la vigilancia; son el resultado de una evolución que hace el espionaje más omnipresente, en el país y en el extranjero. Los drones no revolucionan la guerra; son más bien el resultado de una evolución que hace que el asesinato sea limpio y fácil. Por eso no debe elogiarse la creciente confianza en los drones para matar y espiar; al contrario, hay que rechazarla. Y cuestionarla.

Nosotros, el pueblo, cargamos ahora con la responsabilidad de reivindicar nuestros derechos y luchar contra la normalización de los drones como instrumento militar y policial. Es necesario que el uso de los drones se limite, que sea transparente y, como mínimo,

reconocido; no porque opere a mucha distancia el avión que dispara el misil, deja la guerra de ser guerra. Nuestra capacidad para frenar el uso de los UAV –rescatar a víctimas de huracanes sí, llevar a cabo ejecuciones extrajudiciales no– determinará no sólo el futuro de la guerra y de la intimidad individual, sino también nuestra forma de vivir juntos como comunidad humana global.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, permítaseme dar las gracias a Charles David por la maravillosa ayuda que me ha prestado investigando y escribiendo; a Allison McCracken por ser una ayudante magnífica; a Rafia Zakaria por su trabajo con las víctimas pakistaníes; a Nadira Sheralam por la esmerada corrección a que ha sometido este texto; a Kindra Wyatt por su minuciosa documentación; y a Nancy Mancias por su orientación investigadora y práctica.

Quisiera asimismo enviar un saludo a mis hermanas del equipo nacional de CODEPINK, por haber hecho este trabajo tan gratificante: a mis codirectoras Jodie Evans y Rae Abileah, y a Joan Stallard, Sasha Gelzin, Farida Sheralam, Janet Weil, Nancy Kricorian, Melanie Butler, Kristin Ess Schurr, Gayle Brandeis y Lisa Savage; y a mis colegas de Global Exchange, sobre todo a Kirsten Moller.

Mi oposición a las guerras de los drones se ha acentuado por haber visto personalmente la abnegación de los olvidados activistas de todo el país que han estado protestando durante años en las bases de la fuerza aérea y en las oficinas de los constructores de drones. Me refiero a Kathy Kelly, Nick Mottern, Brian Terrell, Jim Haber, Ann Wright, Ray McGovern, Ed Kinane, Mary Anne Grady, Judy Bello, Vicki Ross, Debra Sweet, el padre Louis Vitale, el padre Jerry Zawada, los Catholic Workers, los 14 de Creech y los 38 de Hancock, World Can't Wait y los War Resisters.

Me sentí muy estimulada por mis hermanas de CODEPINK cuando se manifestaron tan vehementemente en favor de víctimas de los drones a quienes no conocían en persona. Muchas gracias a Toby Blome por su trabajo precursor, así como a Nancy Mancias, Martha Hubert, Leslie Angeline, Eleanor Levine, Liz Hourican, Cynthia Papermaster, Marie Bravo, Zanne Joi, Chris Nelson, Caroline Kittrell, Shirley y Pamela Osgood, Zohreh Whitaker, Beverly McGain, Susan Witka, Renay Davis y Dianne Budd. Vaya también un especial agradecimiento para Candace Ross, sacerdotisa del Templo de la

Diosa, por la extraordinaria generosidad con que acogió a los manifestantes en la casa de huéspedes cercana a la base aérea Creech. Quiero dar las gracias asimismo a Jean Aguerre por su firme y efectiva campaña Not 1 More Acre.

He recibido información valiosa de multitud de colegas, entre ellos Pratap Chatterjee, Clive Stafford Smith, Jody Williams, Peter Ansaro, Noel Sharkey, Mark Gubrud, Fran Quigley, Tom Barry y Polly Miller, así como de las activistas en prácticas Rosie Platzner y Viannka Lopez. Mi especial agradecimiento a Tara Murray de Reprieve y a Mizra Shahzad Akbar por su trabajo con las víctimas pakistaníes, a Chris Cole de Drone Wars UK y a los grandes activistas del Reino Unido con quienes ardo en deseos de trabajar.

Gracias a un encuentro casual con John Oakes, propietario de la editorial OR Books, tuve la oportunidad de escribir este libro y desde aquí le doy las gracias a él y al fabuloso personal de OR por su apoyo.

Por último, tengo una deuda de gratitud con mi compañero Tighe Barry por haberme apoyado en todo momento, y con mis hijas Arlen y Maya por motivarme para legarles un mundo mejor.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES RECOMENDADAS

LIBROS/INFORMES

Philip Alston, «Report of the Special Rapporteur on extrajudicial, summary or arbitrary executions», United Nations General Assembly, Human Rights Council, Fourteenth Session, 23 de mayo de 2010.

Chris Cole, *Convenient Killing: Armed Drones and the «Playstation» Mentality*, The Fellowship of Reconciliation, Oxford, 2010.

Congressional Budget Office, «Policy options for Unmanned Aircraft Systems», Publication 4083, Washington, D.C., junio de 2011.

Matt J. Martin y Charles W. Sasser, *Predator: The RemoteControl Air War over Iraq and Afghanistan: A pilot's Story*, Zenith Press, Mineápolis, 2010.

Ministry of Defence (United Kingdom), «The UK approach to Unmanned Aircraft Systems», Joint Doctrine, 2011.

Mary Ellen O'Connell, «Lawful use of combat dronesHearing: rise of the drones II: Examining the legality of unmanned targeting», Subcommittee on National Security and Foreign Affairs, Congress of the United States, 28 de abril de 2010.

Pax Christi, «Does unmanned make unacceptable? Exploring the debate on using drones and robots in warfare», IKV Pax Christi, mayo de 2011.

Chris Rogers, «REPORT: Pakistan 2010», CIVIC: Campaign for Innocent Victims in Conflict.

P. W. Singer, *Wired for War: The Robotics Revolution and Conflict in the Twenty-first Century*, Penguin Press, Nueva York, 2009.

ORGANIZACIONES

American Civil Liberties Union (ACLU): www.aclu.org

Amnistía Internacional: www.amnesty.org [para AI-España: www.es.amnesty.org]

Bureau of Investigative Journalism:
www.thebureauinvestigates.com

CIVIC: Campaign for Innocent Victims in Conflict: www.civicworldwide.org

CODEPINK: www.codepink.org

Catholic Worker Movement: www.catholicworker.org

Center for Constitutional Rights: www.ccrjustice.org

Drone Campaign Network: www.dronecampaignnetwork.org.uk

Drone Wars UK: www.dronewarsuk.wordpress.com

Fellowship of Reconciliation, England: www.for.org.uk

Global Network Against Weapons and Nuclear Power in Space:
www.space4peace.org

Human Rights Watch: www.hrw.org

International Committee for Robot Arms Control: www.icrac.co.uk

Know Drones: www.knowdrones.org

Nevada County Peace Center: www.ncpeace.org

Nuclear Resister: www.nuclearresister.org

Reprieve: www.reprieve.org.uk

The Nevada Desert Experience: www.nevadadesertexperience.org

United Against the Drones: www.unitedagainstthedrones.wordpress.org

Upstate NY Coalition End the Drones: www.upstatedroneaction.org

Voices for Creative Nonviolence: www.vcnv.org

Women in Black: www.womeninblack.org

World Can't Wait: www.worldcantwait.net

PÁGINAS WEB

Antiwar.com

Association for Unmanned Vehicle Systems International (AUVSI):
www.auvsi.org

Congressional Unmanned Systems Caucus:
www.unmannedsystemscaucus.mckee.house.gov

Lobbying Spending Database: OpenSecrets.org.

Smithsonian Air and Space Museum, exposición de drones:
www.nasm.si.edu/exhibitions/gal104/auv.cfm

TomDispatch, en particular Nick Turse y Tom Engelhardt

Wired: www.wired.com/category/dangerroom (en particular Noah Shachtman y Spencer Ackerman)

PELÍCULAS/VÍDEOS

«America's use for domestic drones», Al Jazeera English, 7 de diciembre de 2011, www.youtube.com/watch?v=QTLtNgSRXyc

CODEPINK en conferencia de prensa de AUVSI, www.youtube.com/watch?v=wOcF6g2YlcQ

Manifestación en calles de Londres (con canciones): www.youtube.com/watch?v=DQF0XOMqcDc

Remote Control War, disponible en DVD y Netflix: www.amazon.com/Remote-Control-Narrated-Anne-Marie-MacDonald/dp/B004RV70JW

Robot Wars. Faultlines, Al Jazeera, www.youtube.com/watch?v=TyJoJUs14bc

Stop the Arms Fair 2011 – UK Anti Drones Action: www.youtube.com/watch?v=n8NaCgAl27o

«The real casualties of the drone war», RT TV, 14-12-2011: www.youtube.com/watch?v=x0aw4ym616c

BIBLIOGRAFÍA EN ESPAÑOL

Javier Jordán, «El empleo de aviones de combate no tripulados contra al-Qaeda en Pakistán, ¿una estrategia eficaz?» (2010), disponible en la página web del Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari152-2010.

Javier Jordán, «Innovaciones en el empleo del poder aéreo: los ataques con drones contra Al Qaeda en Pakistán», *Revista de Aeronáutica y Astronáutica*, 828 (noviembre de 2013), pp. 856-861, disponible en <http://www.ugr.es/~gesi/drones-pakistan-alqaeda.pdf>.

Javier Jordán, «Drones contra Al Qaeda», *El Confidencial*, 24 de mayo de 2013, disponible en: <http://blogs.elconfidencial.com/espana/tribuna/2013/05/24/drones-contra-al-qaeda-11341>.

Javier Jordán, «The Effectiveness of the Drone Campaign against

Al Qaeda Central: A Case Study», *Journal of Strategic Studies*, vol. 37, n.º 1 (2014), disponible en: <http://www.ugr.es/~jjordan/AlQaedaDronesPakistan.pdf>.

Javier Jordán, «La campaña de ataques con drones en Yemen», *Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*, n.º 1 (2013), disponible en: <http://www.ugr.es/~jjordan/dronesyemen.pdf>.

Javier Jordán y Josep Baqués, *Guerra de drones. Política, tecnología y cambio social en los nuevos conflictos*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Carl Conetta, «Operation enduring freedom: why a higher rate of civilian bombing casualties», *Project on Defense Alternatives*, Commonwealth Institute of Cambridge, MA USA, s.l., s.f.
2. P. W. Singer, *Wired for War: Robotics Revolution and Conflict in the Twenty-first Century*, Penguin Press, Nueva York, 2009, p. 61.
3. Christopher Rogers, «Civilians in armed conflict: civilian harm and conflict in Northwest Pakistan», CIVIC, 2010, p. 20.
4. Scott Shane, «U.S. said to target rescuers at drone strike sites», *The New York Times*, 5 de febrero de 2012.
5. «Between a drone and Al-Qaeda: the civilian cost of US targeted killings in Yemen», Human Rights Watch, octubre de 2013.
6. «Will I be next?: US drone strikes in Pakistan», Amnistía Internacional, octubre de 2013.
7. «Extrajudicial, summary or arbitrary executions», General Assembly of the United Nations, A/68/382, 13 de septiembre de 2013.
8. «Promotion and protection of human rights and fundamental freedoms while countering terrorism», General Assembly of the United Nations, A/68/389, 18 de septiembre de 2013.
9. Pew Research Center, «Global opinion of Obama slips, international policies faulted», 13 de junio de 2012.

UNA SÓRDIDA HISTORIA DE AMOR CON DRONES EXTERMINADORES

1. Khawar Rizvi, entrevista personal con la autora, Washington, D.C., 3 de mayo de 2010.
2. «Politics is funny», A Tiny Revolution, 2 de mayo de 2010.
3. Rod Powers, «Military word/phrase origins», United States Military Information.
4. Jeremiah Gertler, «U.S. unmanned aerial systems», *Congressional Research Service*, p. 1.
5. Peter Finn, «Rise of the drone: from Calif. garage to multibilliondollar defense industry», *The Washington Post*, 24 de diciembre de 2011.
6. Chris Cole, *Convenient Killing: Armed Drones and the «Playstation» Mentality*, The Fellowship of Reconciliation, Oxford, 2010.

7. Elizabeth Bone, «Unmanned aerial vehicles: background and issues for Congress», *Congressional Research Service*, 25 de abril de 2003.
8. Nic Robertson, «How robot drones revolutionized the face of warfare», CNN, 23 de julio de 2009.
9. Jeremiah Gertler, «U.S. unmanned aerial systems», *Congressional Research Service*, resumen, 3 de enero de 2012.
10. «Program acquisition costs by weapon system», Office of the Under Secretary of Defense, febrero de 2011, p. 1-1.
11. «General atomics MQ-9 Reaper», Wikipedia.
12. Jeremiah Gertler, «US unmanned aerial systems», *Congressional Research Service*, 3 de enero de 2012, p. 22.
13. David S. Cloud, «Contractors' role grows in drone missions, worrying some in the military», *MacClatchy News*, 29 de diciembre de 2011.
14. Elisabeth Bumiller y Thom Shanker, «Microdrones, some as small as bugs, are poised to alter war», *The New York Times*, 20 de junio de 2011.
15. Ibídem.
16. Cloud, art. cit.
17. «Policy options for unmanned aircraft systems», Congressional Budget Office, Washington, D.C., Publication 4083, junio de 2010, p. 31.
18. Ibídem.
19. Christopher Drew, «Drones are US weapons choice in fighting Qaeda», *The New York Times*, 16 de marzo de 2009.
20. Associated Press, «U.S. deploys drones against Somali pirates», CBS News, 24 de octubre de 2009.
21. David Zucchino, «Military drone aircraft: losses in Afghanistan, Iraq», *Los Angeles Times*, 6 de julio de 2010.
22. «Oops! Keystroke goof sets navy drone to self-destruct», FOX News, 19 de julio de 2011.
23. Joshua Stewart, «Fire Scout report outlines tech glitches», *Navy Times*, julio de 2011.
24. Noah Shachtman, «Insurgents intercept drone video in king-size security breach», *Wired.com*, 17 de diciembre de 2009.
25. Noah Shachtman, «Exclusive: computer virus hits US drone fleet», *Wired.com*, 7 de octubre de 2011.
26. Nic Robertson, «How robot drones revolutionized the face of warfare», CNN.com International, 23 de julio de 2009.
27. Chris Woods y Christina Lamb, «Obama terror drones: CIA tactics in Pakistan include targeting rescuers and funerals», *Bureau of Investigative Journalism*, 4 de febrero de 2012.
28. Jane Mayer, «The risks of the CIA's Predator drones», *The New Yorker*, 26 de octubre de 2009.
29. «UK faults self and US for plane shootdown», *Space War*, 14 de mayo de 2004.

30. David Zucchino y David S. Cloud, «US deaths in drone strike due to miscommunication, report says», *Los Angeles Times*, 14 de octubre de 2011.
31. Medea Benjamin, «Did you hear the joke about the Predator drone that bombed?», CommonDreams, 5 de mayo de 2010.

UN MERCADO EN EXPANSIÓN

1. Saeed Shah y Peter Beaumont, «US drone strikes in Pakistan claiming many civilian victims, says campaigner», *The Guardian*, 17 de julio de 2011.
2. Elisabeth Bumiller y Thom Shanker, «Microdrones, some as small as bugs, are poised to alter war», *The New York Times*, 20 de junio de 2011.
3. «2010 top 100 contractors - General Atomics», Washington Technology, Eagle Eye Publisher.
4. W. J. Hennigan, «General Atomics: drones create a buzz in southern California aerospace industry», *Los Angeles Times*, 11 de septiembre de 2010.
5. Zach Rosenburg, «US Air Force orders General Atomics Avenger», Aviation and Aerospace News, Flightglobal.com, 12 de diciembre de 2011.
6. Jen Dimascio, «New drones net rosy skies for makers», Politico. com, 23 de noviembre de 2009.
7. Steve Henn y Robert Brodsky, «"Top Gun" of travel», iWatch News, 5 de junio de 2006.
8. Gopal Ratnam, «General Atomics wins approval to sell first Predator drones in Middle East», Bloomberg, 20 de julio de 2010.
9. «Lobbying spending database - General Atomics», OpenSecrets, 2011.
10. Scott Shane, «Coming soon - The drone arms race», *The New York Times*, 9 de octubre de 2011.
11. «AeroVironment receives \$16 million order for Raven unmanned aircraft systems contractor logistics support», Business Wire, 8 de septiembre de 2011.
12. «AeroVironment receives \$7.3 million orden for Puma unmanned aircraft system support services», Business Wire, 20 de octubre de 2011.
13. David Wichner, «Distributed common ground system», Raytheon Company.
14. David Wichner, «Raytheon's new Griffin fit for drone», *Arizona Daily Star*, 22 de agosto de 2010.
15. David Wichner, «Raytheon developing drone-fired weapon», StarNet, 25 de abril de 2011.
16. Spencer Ackerman, «Mini-missile promises to shrink the drone war», Wired.com, 1 de diciembre de 2011.
17. Rikki Mitchell, «Drones that stay airborne forever», StarNet, 27 de febrero de 2011.
18. W. J. Hennigan, «Phantom Ray test flight: Boeing's robotic jet Phantom Ray takes maiden test flight», *Los Angeles Times*, 4 de mayo de 2011.
19. Brian Wingfield, «Drone wars», Forbes.com, 1 de junio de 2009.

20. Tte. Jason Sweeney, «Armed and dangerous: the Gray Eagle goes lethal», General Atomics, 9 de abril de 2011.
21. «Factsheets: RQ-4 Global Hawk», Official Site of the US Air Force.
22. Christopher Drew, «Costly drone is poised to replace U-2 spy plane», *The New York Times*, 3 de agosto de 2011.
23. Steve Zaloga y David Rockwell, «UAV market set for 10 years of growth», *EIJ - Earth Imaging Journal*.
24. Christopher Drew, «Costly drone is poised to replace U-2 spy plane», *The New York Times*, 3 de agosto de 2011.
25. W. J. Hennigan, «U.S. may rely on aging U-2 spy planes longer than expected», *Los Angeles Times*, 28 de enero de 2012.
26. «Lobbying spending database - General Atomics», OpenSecrets, 2011.
27. «Lockheed Martin announces fourth quarter 2010 results», LockheedMartin.com.
28. «Lobbying spending database», OpenSecrets.org.
29. «Lockheed Martin», Wikipedia.
30. «HELLFIRE II Missile», LockheedMartin.com.
31. «US to deploy deadlier "Hellfire Romeo" precision-strike missiles in war against terrorism», Yahoo! India News, 16 de octubre de 2011.
32. Amir Khan, «Lockheed Martin test tiny Samarai UAV», *Popular Mechanics*, 18 de agosto de 2011.
33. Stephen Trimble, «REPORT: RQ-170 spied over Osama bin Laden's bed last night», The DEW Line, mayo de 2011.
34. Entrevista con Mark Gubrud, 3 de febrero de 2012.
35. «U.S. military drones that are so small they even look like insects», *Daily Mail Reporter*, 12 de julio de 2011.
36. «AFRL's new lab focused on micro air vehicles», AviationDayton, 27 de mayo de 2010.
37. «U.S. military drones that are so small they even look like insects», *Daily Mail Reporter*, 12 de julio de 2011.
38. «Our work», Defense Advanced Research Projects Agency.
39. Tina Casey, «DARPA looks to the crowd to build miniature drones», TPM Idea Lab, octubre de 2011.
40. Eric Hagerman, «Coming soon: an unblinking "Gorgon Stare" for Air Force drones», *Popular Science*, agosto de 2009.
41. David Axe y Noah Shachtman, «Air Force's "All-Seeing Eye" flops vision test», Wired.com, enero de 2011.
42. Steve Zaloga y David Rockwell, «UAV market set for 10 years of growth», *EIJ - Earth Imaging Journal*, 2011.
43. Charles Levinson, «Israeli robots remake battlefield», *The Wall Street Journal*, 13 de enero de 2010.
44. «Israel and the rise of drone warfare», *Neged Neshek* נגד נשק, s.f.
45. BBC World News, «Russia "will buy Israel drones"», BBC News, 10 de abril

de 2009.

46. Reuters, «Rusia in talks to buy Israel-made spy drones for \$100m», *Haaretz Israeli News*, 12 de julio de 2009.

47. «IAI delivers 12 UAVs to Russia in key deal», *SpaceDaily.com*, 17 de enero de 2011.

48. AFP y Dawn.com, «Israel is leader in drone exports», *CN Publications*, 2 de julio de 2010.

49. Rajat Pandit, «India lines up Israeli drones in race with Pak», *The Times of India*, 26 de marzo de 2010.

50. «Say hello to Pakistan's first domestically produced armed drone: The Burraq UCAV», *TechLahore*, 4 de diciembre de 2011.

51. Jeremy Page, «China's drones raise eyebrows at Air Show», *The Wall Street Journal*, 18 de noviembre de 2010.

52. Nathan Hodge, «U.S. military confirms it shot down Iranian drone», *Wired.com*, 16 de marzo de 2009.

53. P. W. Singer, «Will foreign drones one day attack the U.S.?», *The Daily Beast*, 25 de febrero de 2010.

54. W. J. Hennigan, David S. Cloud y Ken Dilanian, «Drone that crashed in Iran may give away U.S. secrets», *Los Angeles Times*, 6 de diciembre de 2011.

55. Brad Knickerbocker, «US considered missions to destroy RQ-170 Sentinel drone lost in Iran», *The Christian Science Monitor*, 7 de diciembre de 2011.

56. Patrick McGroarty, «Two South African defense firms take aim at niche aircraft market», *The Wall Street Journal*, 27 de septiembre de 2011.

DRONES POR AQUÍ, DRONES POR ALLÁ, DRONES POR DOQUIER

1. William Booth, «More Predator drones fly U.S.-Mexico border», *Washington Post*, 21 de diciembre de 2011.

2. «Iraqi drones not for WMD», *CBS News*, 11 de febrero de 2009.

3. Tom Vanden Brook, «Drones reshaping Iraq's battlefields», *USA Today*, 6 de julio de 2006.

4. Associated Press, «Use of unmanned drones soars in Iraq», *MSNBC*, 1 de enero de 2008.

5. Christopher Drew, «Drones are playing a growing role in Afghanistan», *The New York Times*, 19 de febrero de 2010.

6. Gordon Lubold, «As drones multiply in Iraq and Afghanistan, so do their uses», *The Christian Science Monitor*, 2 de marzo de 2010.

7. *Ibíd.*

8. Tom Vanden Brook, «Drone attacks hit high in Iraq», *USA Today*, 29 de abril de 2008.

9. Eric Schmitt y Michale S. Schmidt, «Iraq is angered by U.S. drones patrolling its skies», *The New York Times*, 29 de enero de 2012.

10. Nick Turse, «America's secret empire of drone bases», *The Nation*, 17 de octubre de 2011.
11. Greg Miller, «Under Obama, an emerging global apparatus for drone killing», *The Washington Post*, 27 de diciembre de 2011.
12. Lolita C. Baldor, «Panetta spills a little on secret CIA drones», Yahoo! News, 7 de octubre de 2011.
13. Daniel Benjamin y Steven Simon, *The Age of Sacred Terror*, Random House, 2002.
14. Jane Mayer, «The Predator war», *The New Yorker*, 26 de octubre de 2009.
15. Marc Ambinder, «The secret team that killed bin Laden», *National Journal*, 3 de mayo de 2011.
16. Gretchen Gavett, «What is the secretiv U.S. "Kill/Capture" campaign?», PBS: Public Broadcasting Service.
17. Ibídem.
18. James Risen y Mark Mazzetti, «C.I.A. said to use outsiders to put bombs on drones», *The New York Times*, 20 de agosto de 2009.
19. Karen DeYoung, «US increases Yemen drone strikes», *The Washington Post*, 17 de septiembre de 2011.
20. «Air raid kills yemeni mediator», Al Jazeera English, 25 de mayo de 2010.
21. Bill Roggio, «Yemeni airstrike kills deputy governor, Al Qaeda operative», *The Long War Journal*, 25 de mayo de 2010.
22. CBS/AP, «Al Qaeda's Anwar al-Awlaki killed in Yemen», CBS News, 30 de septiembre de 2011.
23. Peter Finn y Greg Miller, «Anwar al-Awlaki's family speaks out against his son's death in airstrike», *The Washington Post*, 17 de octubre de 2011.
24. «Wikileaks cable corroborates evidence of US airstrikes in Yemen», Amnistía Internacional, 1 de diciembre de 2010.
25. Spencer Ackerman, «CIA's drone join shadow war over Yemen», Wired.com, 14 de junio de 2011.
26. Jim Lobe, «US: expanding network of drone bases to hit Somalia, Yemen», IPS Inter Press Service, 21 de septiembre de 2011.
27. Department of Defense, «News transcript: deputy secretary Wolfowitz interview with Sam Tannenhau, Vanity Fair», The Official Home of the Department of Defense, 9 de mayo de 2003.
28. Nick Turse, «The forty-year drone war», TomDispatch, 24 de enero de 2010.
29. «Al Dhafra Air Base», GlobalSecurity.org, 7 de mayo de 2011.
30. Greg Miller y Craig Whitlock, «U.S. building secret drone bases in Africa, arabian peninsula, official say», *The Washington Post*, 20 de septiembre de 2011.
31. «Press briefing by Press Secretary Jay Carney», The White House, 28 de octubre de 2011.
32. Jim Lobe, «US: expanding network of drone bases to hit Somalia, Yemen», IPS Inter Press Service, 21 de septiembre de 2011.
33. «Seychelles: ocean look tops agenda during presidential meeting», *The*

Washington Post, s.f.

34. Greg Miller y Craig Whitlock, «U.S. building secret drone bases in Africa, arabian peninsula, official say», *The Washington Post*, 20 de septiembre de 2011.

35. «Uganda and Burundi to get US drones to fight islamists», BBC News, 28 de junio de 2011.

36. Spencer Ackerman, «Libya: the real U.S. drone war», Wired.com, 20 de octubre de 2011.

37. Greg Jaffe, «Fleet of U.S. drones now based in Turkey», *The Washington Post*, 14 de noviembre de 2011.

38. «The future of war: keynote address at the CSIS Global Security Forum 2011», United States Department of Defense, 8 de junio de 2011.

39. Anshel Pfeffer, «WikiLeaks: IDF uses drones to assassinate Gaza militants», *Haaretz Israeli News*, 9 de febrero de 2011.

40. Scott Wilson, «In Gaza, lives shaped by drones», *The Washington Post*, 3 de diciembre de 2011.

41. Chris Cole, «Drone wars briefing», enero de 2012, p. 6.

42. Robert Wall, «Watchkeeper misses key schedule milestone», *Aviation Week*, 11 de enero de 2012.

43. Nick Hopkins, «Afghan civilians killed by RAF drone», *The Guardian*, 5 de julio de 2011.

44. Ibídem.

45. «Iraq insurgents hack into video feeds from US drones», BBC News, 17 de diciembre de 2009.

46. «Syrian downing of israeli drone raises specter of syrians Scuds», *DEBKAFfile Exclusive*, 2006.

47. «Iranian drone "shot down in Iraq"», BBC News, 16 de marzo de 2009.

48. Dr. Mark T. Maybury, «Remotely piloted aircraft», US Air Force, 27 de septiembre de 2011.

49. William Booth, «More Predator drones fly U.S.-Mexico border», *Washington Post*, 21 de diciembre de 2011.

50. Charlie Savage, «U.S. Drug Enforcement Agency expands war on drugs», *The New York Times*, 6 de noviembre de 2011.

51. «Membership», Congressional Unmanned Systems Caucus Committee.

52. Alan Levin, «Commercial drones: a dogfight at the FAA», *Business Week*, 9 de febrero de 2012.

53. Brian Bennett, «Police employ Predator drone spy planes on home front», *Los Angeles Times*, 10 de diciembre de 2011.

54. «Drone may be coming to Miami-Dade», WSVN 7NEWS Miami/Ft. Lauderdale, 6 de enero de 2011.

55. Tim Elfrink, «MDPD is first force to get FAA clearance to fly drones at crime scenes», *The Miami New Times' Blogs*, 15 de noviembre de 2011.

56. «Miami police could become first to use drones in a U.S. city», *TPMMuckraker*, 7 de enero de 2011.

57. Stephen Dean, «New police drone near Houston could carry weapons», Click 2 Houston | KPRC Local 2, 10 de noviembre de 2011.

58. Jay Stanley y Catherine Crump, «Protecting privacy from aerial surveillance», ACLU, diciembre de 2011, p. 1.

59. Ibídem, p. 11.

60. Glenn Greenwald, «NPR's domestic drone commercial», Salon. com, 6 de diciembre de 2011.

61. «As the drone flies...», The Nader Page, Nader.org, 26 de septiembre de 2011.

62. CBS/AP, «Mass. musician accused of D.C. terrorist plot», CBS News, 28 de septiembre de 2011.

63. Business Wire, «AeroVironment, Inc. - U.S. Army awards AeroVironment \$4.9 million contract for Switchblade agile munition systems and services», AeroVironment, In., 1 de septiembre de 2011.

PILOTOS SIN CABINA

1. David Zucchino, «Drone pilot fights Afghan war from Nevada base», AZ Central, 24 de febrero de 2010.

2. Nick Turse, «America's secret empire of drone bases», *The Nation*, 17 de octubre de 2011.

3. Thom Shanker y Matt Rittel, «Military struggles to harness a flood of data», *The New York Times*, 17 de enero de 2011.

4. Ibídem.

5. Gareth Porter, «CIA's push for drone war driven by internal needs, IPS Inter Press Service, 5 de septiembre de 2011.

6. United Nations General Assembly - Human Rights Council, «Report of the Special Rapporteur on extrajudicial, summary or arbitrary executions, Philip Alston, Fourteenth Session, 23 de mayo de 2010.

7. Christian Caryl, «Predator and robots at war», *The New York Review of Books*, 29 de septiembre de 2011.

8. P. W. Singer, *Wired for War: Robotics Revolution and Conflict in the Twenty-first Century*, Penguin Press, Nueva York, 2009, p. 68.

9. Ibídem, p. 332.

10. Greg Jaffe, «Combat generation: drone operators climb on winds of change in the Air Force», *The Washington Post*, 27 de febrero de 2010.

11. Ibídem.

12. Elisabeth Bumiller, «Air Force drone operators show high levels of stress», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2011.

13. «Report on operating next-generation remotely piloted aircraft in irregular warfare», United States Airforce Scientific Advisory Board, abril de 2011.

14. Elisabeth Bumiller, «Air Force drone operators show high levels of stress»,

The New York Times, 19 de diciembre de 2011.

15. Associated Press, «Air Force makes push for drone operators», CBS News, 23 de octubre de 2008.

16. David S. Cloud, «Contractors' role grows in drone missions, worrying some in the military», McClatchy D.C., 29 de diciembre de 2011.

17. Mark Thompson, «Flying Air Force drones: pilots no longer required», TIME.com, 18 de septiembre de 2008.

18. Associated Press, «Remote-control warriors suffer war stress», MSNBC, 7 de agosto de 2008.

19. Al Jazeera English, «America's use for domestic drones», YouTube, 7 de diciembre de 2011.

20. Matt J. Martin y Charles W. Sasser, *Predator: the remote-control air war over Iraq and Afghanistan: a pilot's story*, Zenith Press, Mineápolis, 2010, p. 211.

21. «Interview with a drone pilot: "It is not a video game"», Spiegel Online, Nachrichten, 12 de marzo de 2010.

22. David S. Cloud, «Afghanistan Predator drones: despite high-tech tools, a fatal error», *Los Angeles Times*, 10 de abril de 2011.

23. «Drone pilot kills Afghani militants from Nevada control centre», YouTube, 23 de octubre de 2009.

24. Tom Bowman, «Predator pilots engage in remote control combat», NPR, 4 de septiembre de 2007.

25. Rachel Martin, «Report: high levels of "burnout" in US drone pilots», NPR, 19 de diciembre de 2011.

26. Elisabeth Bumiller, «Air Force drone operators show high levels of stress», *The New York Times*, 19 de diciembre de 2011.

27. Sally B. Donnelly, «Long-distance warriors», TIME.com, 4 de diciembre de 2005.

28. Megan McCloskey, «Two worlds of a drone pilot», Military.com, 27 de octubre de 2009.

29. «Interview with a drone pilot: "It is not a video game"», Spiegel Online, Nachrichten, 12 de marzo de 2010.

30. Sally B. Donnelly, «Long-distance warriors», TIME.com, 4 de diciembre de 2005.

31. Matt J. Martin y Charles W. Sasser, *Predator: the remote-control air war over Iraq and Afghanistan: a pilot's story*, Zenith Press, Mineápolis, 2010, p. 112.

32. Thom Shanker y Matt Ritchel, «Military struggles to harness a flood of data», *The New York Times*, 17 de enero de 2011.

33. Joe Pappalardo, «The future for UAV's in the U.S. Air Force», *Popular Mechanics*, 26 de febrero de 2010.

34. P. W. Singer, *Wired for War: Robotics Revolution and Conflict in the Twenty-first Century*, Penguin Press, Nueva York, 2009, consultado a través de Google Books.

35. Peter Finn, «U.S. moves towards robotic warfare», *The Fiscal Times*, 20 de

septiembre de 2011.

VÍCTIMAS POR CONTROL REMOTO

1. Alex Rodriguez y David Zucchini, «U.S. drone attacks in Pakistan get mixed response», *Los Angeles Times*, 2 de mayo de 2010.
2. «Drones are successful tool in war on terror», *The Wall Street Journal*, 9 de enero de 2010.
3. Chris Woods, «Number of CIA drone strikes in Pakistan hits 300», TBIJ, 14 de octubre de 2011.
4. Scott Shane, «C.I.A. claim of no civilian deaths from drone is disputed», *The New York Times*, 11 de agosto de 2011.
5. «The year of the drone», Counterterrorism Strategy Initiative, NewAmerica.net.
6. Chris Woods, «Number of CIA drone strikes in Pakistan hits 300», TBIJ, 14 de octubre de 2011.
7. Saeed Shah y Peter Beaumont, «US drone strikes in Pakistan claiming many civilian victims, says campaigner», *The Guardian*, 17 de julio de 2011.
8. Pir Zubair Shah, Sabrina Tavernise y Mark Mazzetti, «Taliban leader in Pakistan is reportedly killed», *The New York Times*, 8 de agosto de 2009.
9. Jane Mayer, «The risks of the C.I.A.'s Predator drones», *The New Yorker*, 26 de octubre de 2009.
10. Carlotta Gall, «Pakistani militant chief is reported dead», *The New York Times*, 4 de junio de 2011.
11. Salman Masood y David E. Sanger, «Standoff on Pakistan naval base ends», *The New York Times*, 24 de mayo de 2011.
12. Datos aportados por el abogado Shahzad Abkar, 29 de enero de 2012.
13. Nota pública entregada por Mirza and Associates en nombre de Karim Khan en el Consulado de Estados Unidos en Islamabad, aportada por el abogado de Karim Khan.
14. Declan Walsh, «Pakistani journalist sues CIA for drone strike that killed relatives», *The Guardian*, 13 de diciembre de 2010.
15. Ibídem.
16. Ansar Abbasi, «Local CIA chief may face case against drone attacks», *News International*, 1 de diciembre de 2010.
17. Pratap Chatterjee, «Bureau reporter meets 16-year-old three days before US drone kills him», TBIJ, 4 de noviembre de 2011.
18. Ibídem.
19. Clive Stafford Smith, «In Pakistan, drones kill our innocent allies», *The New York Times*, 4 de noviembre de 2011.
20. Nick Schiffrin, «Tariq Khan killed by CIA drone», ABC News, 30 de diciembre de 2011.

21. Entrevista con Pratap Chatterjee, 16 de enero de 2012.
22. Adam Entous, Siobhan Gorman y Julian E. Barnes, «U.S. tightens drone rules for its Pakistan attacks», *The Wall Street Journal*, 4 de noviembre de 2011.
23. Alex Rodriguez, «Pakistan death squads go after informants to U.S. drone program», *Los Angeles Times*, 28 de diciembre de 2011.
24. Ibídem.
25. Jane Perlez, «Karachi turns deadly amid Pakistan's rivalries», *The New York Times*, 19 de noviembre de 2010.
26. Greg Miller, «Al Qaeda targets dwindle as group shrinks», *The Washington Post*, 22 de noviembre de 2011.
27. Shatha Al-Harazi, «Yemenis question the killing of 16-year-old AlAwlaki's son», *Yemen Times*, 19 de octubre de 2011.
28. «Drones shape life in Gaza», *The Washington Post*, 3 de diciembre de 2011.
29. «Precisely wrong: Gaza civilians killed by israeli drone-launched missiles», Human Rights Watch, junio de 2009.

¿ES LEGAL MATAR CON DRONES?

1. Yotam Feldman y Uri Blau, «Consent and advise», *Haaretz*, 29 de enero de 2009.
2. Tara Mckelevy, «Inside the killing machine», *The Daily Beast*, 13 de febrero de 2011.
3. Jane Mayer, «The Predator war», *The New Yorker*, 26 de febrero de 2009.
4. Harold Hongju Koh, «The Obama administration and international law», U.S. Department of State, 25 de marzo de 2010.
5. Hunter Miller, «British-american diplomacy: the Caroline case», Avalon Project - Yale Law School.
6. Oliver Burkeman y Julian Borger, «War critics astonished as US hawk admits invasion was illegal», *The Guardian*, 20 de noviembre de 2003.
7. Declan Walsh, «US extends drone strikes to Somalia», *The Guardian*, 30 de junio de 2011.
8. Greg Miller, «Under Obama, an emerging global apparatus for drone killing», *The Washington Post*, 27 de diciembre de 2011.
9. «The laws of war», Human Rights Investigations, última actualización: 30 de abril de 2011.
10. «Court dismisses targeted killing case on procedural grounds without adressing merits», comunicado de prensa de la ACLU, 7 de diciembre de 2010.
11. Daphne Eviatar, «Pressure mounts on Obama administration to release legal justification for al-Awlaki killing», *The Huffington Post*, 6 de octubre de 2011.
12. Noah Feldman, «Obama team's Al-Awlaki memo furthered Bush legacy», Bloomberg, 17 de octubre de 2011.
13. Megan Mitchell, «Osama Bin Laden won't be brought in alive», U.S.

Congressman John Culberson, 7th District of Texas, 16 de marzo de 2010.

14. Josh Gerstein, «Osama Bin Laden won't be brought in alive», POLITICO.com, 16 de marzo de 2010.

15. Yochi J. Dreazen, Aamer Madhani y Marc Ambinder, «For Obama, killing - not capturing - bin Laden was goal», NationalJournal.com, 4 de mayo de 2011.

16. Human Rights Council, «Report of the Special Rapporteur on extrajudicial, summary or arbitrary executions, Philip Alston», United Nations General Assembly, Fourteenth Session, 23 de mayo de 2010.

17. Mary Ellen O'Connell, «Lawful use of combat drones - Hearing: rise of the drones II: Examining the legality of unmanned targeting», Subcommittee on National Security and Foreign Affairs, Congress of the United States, House of Representatives, 28 de abril de 2010.

18. «ACLU letter to president Obama», American Civil Liberties Union, 28 de abril de 2010.

19. Scott Shane, «Leaked cables offer raw look at U.S. diplomacy», *The New York Times*, 28 de diciembre de 2011.

20. Delcan Walsh, «WikiLeaks cables: US and Pakistan play down impact of "mischief"», *The Guardian*, 1 de diciembre de 2010.

21. «Pakistan says U.S. drones in its air space will be shot down», MSNBC, 10 de diciembre de 2011.

22. Gary Solis, «CIA drone attacks produce America's own unlawful combatants», *The Washington Post*, 11 de marzo de 2011.

23. James Risen y Mark Mazzetti, «NY Times advertisement», NY Times Advertisement, 21 de agosto de 2009.

24. David S. Cloud, «Contractors' role grows in drone missions, worrying some in the military», *The New York Times*, 29 de diciembre de 2011.

25. Ibídem.

26. «UN human rights expert challenges "targeted killing" policies», Office of the High Commissioner for Human Rights, 20 de octubre de 2011.

27. «Q & A: US targeted killings and international law», Human Rights Watch, 19 de diciembre de 2011.

28. Charles Davis, «U.S./Cuba: justice not so blind in politically charged cases», IPS Inter Press Service, 29 de enero de 2008.

29. «Collateral damage», Wikipedia.

LA MORALIDAD MUERDE EL POLVO

1. David Rohde, «The drone war», *Reuters Magazine*, 17 de enero de 2012.

2. Sondeo *Washington Post*-ABC News, *The Washington Post*, 8 de febrero de 2012.

3. P. W. Singer, «Wired for war», *Wilson Quarterly*, invierno de 2009.

4. Teri Schultz, «Meet the pilots who fly America's drones», *GlobalPost*, 16 de

diciembre de 2011.

5. «No-fly zone», Wikipedia.
6. Barack Obama, «Letter from the president on the War Powers Resolution», The White House, 15 de junio de 2011.
7. «United States activities in Libya», Foreign Policy Files, 15 de junio de 2011.
8. C. J. Chivers y Eric Schmitt, «Scores of unintended casualties in NATO war in Libya», *The New York Times*, 18 de diciembre de 2011.
9. Joshua Foust, «Unaccountable killing machines: the true cost of U.S. drones», *The Atlantic*, 30 de diciembre de 2011.
10. United Kingdom Ministry of Defence, «The UK approach to Unmanned Aircraft Systems», Joint Doctrine Note 2/11, Section 5-9.
11. Jane Mayer, «The Predator war», *The New Yorker*, 26 de octubre de 2009.
12. Subsecretario de Asuntos Exteriores Ahmed Yusef, entrevistado por la autora, Gaza, 2 de junio de 2009.
13. «Remote-control warfare», *The Christian Century*, mayo de 2005.
14. Paul F. M. Zahl, Daniel M. Bell Jr. y Brian Siltner, «Drones: is it wrong to kill by remote control?», ChristianityToday.com, agosto de 2011.
15. Ben Austen, «The Terminator scenario: are we giving our military machines too much power?», *Popular Science*, diciembre de 2010.
16. Peter Finn, «A future for drones: automated killing», *The Washington Post*, 15 de septiembre de 2011.
17. Noel Sharkey, «Automated warfare: lessons learned from the drones», *Journal of Law, Information and Science*, 11 de agosto de 2011.
18. Tte. Cnel. Dave Grossman, «Hope of the battlefield», Greater Good, verano de 2007.

LOS ACTIVISTAS CONTRAATACAN

1. Rev. John Dear, «A peace movement victory in court», Common Dreams, 18 de septiembre de 2010.
2. Ibídem.
3. Kathy Kelly, «The Predators: where is your democracy?», Voices for Creative Nonviolence, 9 de mayo de 2011.
4. Rachel Stern, «Ithaca group walking to Syracuse to protest US drone missiles», Voices for Creative Nonviolence, abril de 2011.
5. Andy Beckett, «Protest and survive: the Greenham veteran who refuses to go away», *The Guardian*, 17 de noviembre de 2011.
6. «Piñon Canyon expansion parcel map», Grassland Trust y Not 1 More Acre.
7. Chris Hellman, «Press room», National Priorities Project, 14 de febrero de 2011.
8. «Integrated Solutions News», *The Sacramento Bee*.
9. «James Hill News», *The Sacramento Bee*.

10. CCR and the ACLU v. OFAC & Al-Aulaqui v. Obama, Center for Constitutional Rights.

11. Michael Ratner, «The extrajudicial drone murder of US citizen Anwar al-Awlaki», AlterNet, 2 de octubre de 2011.

12. «Who is flying unmanned aircraft in the U.S.?», Electronic Frontier Foundation, 10 de enero de 2010.

13. «Q & A: US targeted killings and international law», Human Rights Watch, 19 de diciembre de 2011.

14. Mary Ellen O'Connell, «Lawful use of combat drones», Hearing: Rise of the Drones II: Examining the legality of unmanned targeting from Subcommittee on National Security and Foreign Affairs, Washington, D.C., 28 de abril de 2010.

15. «Defense Department does not compile total number of civilians killed in drone attacks», American Civil Liberties Union, 22 de marzo de 2011.

16. Chris Rogers, «REPORT: Pakistan 2010», CIVIC: Campaign for Innocent Victims in Conflict, octubre de 2010.

17. Maria Keenan, «PAKISTAN: Compensation promised to civilian drone victims», CIVIC: Campaign for Innocent Victims in Conflict, 28 de marzo de 2011.

LA OPOSICIÓN A LOS DRONES SE GLOBALIZA

1. David Hookes, «Armed drones: how remote-controlled, high-tech weapons are used against the poor», Scientists for Global Responsibility, invierno de 2011.

2. Chris Cole, *Covenant Killing: Armed Drones and the «Playstation» Mentality*, The Fellowship of Reconciliation, Oxford, 2010.

3. «Current campaign - Drone wars», Fellowship of Reconciliation England.

4. Paul McGowan, entrevistado por Alli McCracken en Internet, 7 de diciembre de 2011.

5. Jim Wright, entrevistado por Alli McCracken en Internet, 5 de diciembre de 2011.

6. «ICRAC», ICRAC - International Committee for Robot Arms Control.

7. «ICBL - International Campaign to Ban Landmines», ICBL.

8. Ibídem.

9. Ibídem.

10. Ibídem.

11. Jeff Hawkins, entrevistado en persona por la autora, Washington, D.C., 15 de noviembre de 2011.

12. Peter Asaro, página web personal.

13. Nick Mottern, entrevistado en persona por la autora, Washington, D.C., 4 de enero de 2012.

CONCLUSIÓN

1. Tara Mckelvery, «Inside the killing machine», *Newsweek*, 13 de febrero de 2011.

2. Ibídem.

3. Noah Shachtman, «CIA Chief: drones "only game in town" for stopping Al Qaeda», *Wired*, 19 de mayo de 2009.

4. David Kilcullen y Andrew McDonald Exum, «Op-ed contributors - death from above, outrage down below», *The New York Times*, 17 de mayo de 2009.

5. David Rohde, «Held by the Taliban - A Times reporter's account. A five-part series», *The New York Times*, 18 de octubre de 2009.

6. Karen DeYoung y Karin Brulliard, «U.S. breach with Pakistan shows imbalance between diplomatic security goals», *The Washington Post*, 4 de diciembre de 2011.

7. William Astore, «Fighting 1 percent wars», TomDispatch.com, 8 de diciembre de 2011.

8. Seth Jones y Martin Libicki, *How terrorist groups end: lessons for countering Al Qaeda*, Rand Publishing, 2008.

9. *The New York Times*, 6 de junio de 2011.

10. Andrew Stobo Sniderman y Mark Harris, «Drones for human rights», *The New York Times*, 30 de enero de 2012.

* Dado el contexto, hay que entender *predator drones* como «moscones». (*N. del T.*)

* La autora se refiere al peso total con carga y lanzamisiles; cf. [http:// defense-update.com/products/s/switchblade_31122010.html](http://defense-update.com/products/s/switchblade_31122010.html). El peso del aparato sin carga era de un kilo. Véase <http://www.strategypage.com/dls/articles/ Switchblade-Enters-Service-9-24-2011.asp>. (*N. del T.*)

* *Kill chain* en el original. Es jerga militar estadounidense. Se trata de una serie de cuatro pasos: identificación del objetivo, envío de fuerza hacia el objetivo, decisión y orden de ataque y destrucción del objetivo. (*N. del T.*)

* En la prensa y otros contextos en que se describe la muerte violenta de musulmanes es frecuente hablar de su reunión con «las vírgenes», por referencia a las huríes que esperan en el paraíso a los creyentes, según el Corán. (*N. del T.*)

* Hay en la frase original un doble sentido de traducción imposible: «para nosotros» se dice en inglés *for us*, y US son las iniciales de Estados Unidos. (*N. del T.*)

* Según datos del «Informe Anual 2013», disponible en la página web de la entidad (<http://www.auvsi.org>), ésta cuenta ya con 7.500 miembros. (*N. del T.*)

* Según informó BBC News a fines de febrero de 2014, un Watchkeeper estaba ya listo para entrar en funcionamiento, aunque *Defense Update* (revista digital editada en Israel) notificó el 5 de marzo que el aparato seguía realizando vuelos de prueba. (*N. del T.*)

* Las fuentes consultadas en Internet no hablan de destitución, sino de dimisión. (*N. del T.*)

Título de la edición original:
Drone Warfare

Edición en formato digital: septiembre de 2014

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2014

© Medea Benjamin, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3522-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es